

se

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

**LA NOCHE
DE LOS
ESPIRITUS
INFERNALES**

**Clark
Carrados**

Las tres mujeres se arrojaron sobre el cadáver como bestias hambrientas y empezaron a sorber la sangre que salía a borbotones de la espantosa herida causada por el machete. Wilkins, horrorizado, vio una vez levantar el rostro de una de las mujeres y emitir una sonrisa infernal, con la cara manchada de rojo, mientras sus ojos despedían destellos de satisfacción producida por aquel macabro banquete. Wilkins se sentía asqueado y también aterrado. ¿Cómo era posible que se produjeran casos de vampirismo en pleno siglo XX y, con toda seguridad, a poca distancia de un centro habitado? ¿Vivían aquellas horribles arpías en la casa que se veía al otro lado? Wilkins no pudo seguir haciéndose preguntas. La cabeza le dolió repentinamente. Era un dolor intensísimo, que le hizo ver millares de chispitas luminosas delante de sus ojos. Pero muy pronto se hizo todo oscuridad y silencio a su alrededor...



Clark Carrados

La noche de los espíritus infernales

Bolsilibros: Selección Terror Extra - 24

ePub r1.0

Titivillus 14-07-2019

Clark Carrados, 1983

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Selección

TERROR *extra*



BOLSILIBROS BRUGUERA

SE había dormido, estaba distraído o algo había fallado en los mecanismos de dirección de su automóvil. No sabía a ciencia cierta lo que le había pasado, pero, de repente, se encontró fuera de la carretera, descendiendo a sesenta kilómetros por hora sobre una pendiente cubierta de hierba que parecía no iba a tener fin jamás.

El instinto le hizo pisar el freno a fondo. Las ruedas resbalaron en la hierba húmeda y el coche siguió su descenso inconteniblemente, aunque sin saltos ni rebotes, debido a la lisura de la pendiente. Atravesó estrepitosamente un grupo de arbustos, esquivó de milagro el tronco de un centenario roble y, finalmente, cuando ya creía haber salido con bien de la aventura, el coche hundió el morro en una pequeña zanja y se quedó quieto.

Ralph Wilkins respiró largamente. Peor había podido resultar la cosa, se dijo con filosófica resignación. Él no había sufrido el menor daño, pero el coche había quedado inutilizado en aquella posición, con la cola un tanto levantada y el morro hundido en el pequeño talud del lado opuesto de la zanja.

Satisfecho, en medio de todo, se quitó el cinturón de seguridad, abrió la portezuela y saltó fuera, a fin de examinar los daños del vehículo.

El sol se había ocultado ya y pronto sería de noche. Wilkins se rascó la cabeza con aire dubitativo, pensando en lo que debía hacer en aquella poco agradable situación. No *tardó* mucho, sin embargo, en tomar una decisión.

Estaba en un país desconocido, a bastantes millas del centro habitado más próximo. No sentía el menor deseo de echar a andar de noche por la carretera en busca de un mecánico que, con toda seguridad, le diría que no haría nada hasta el día siguiente. Y, por

otra parte, no sólo no le asustaba pasar una noche al raso, sino que estaba preparado para ello.

Cuando hacia un viaje en el buen tiempo, siempre preveía para acampar al aire libre. Le gustaba dormir bajo las estrellas, sintiendo en el rostro el fresco soplo de la brisa y los perfumes silvestres. No lo hacía a menudo, pero tampoco era algo que le resultase extraño ni mucho menos incómodo.

Lo primero que hizo, aprovechando los pocos minutos que aún quedaban de luz diurna, fue buscar leña. Era ya de noche cerrada cuando contempló satisfecho las primeras llamas de su fuego de campamento.

Después sacó del maletero del coche el saco de dormir y una bolsa en la que siempre llevaba conservas. Tenía también galletas y un poco de whisky, así como algunas bolsitas de té y el recipiente apropiado para calentar el agua. Pocos minutos después, consumía con excelente apetito una cena a base de fiambres, que acompañó con algunos sorbos de té. Al terminar, encendió un cigarrillo y se tomó el equivalente a una copita de licor.

Estuvo un rato tendido sobre el saco de dormir, contemplando abstraído las llamas de la hoguera. Al fin, cuando notó que le entraba el sueño, apagó la linterna eléctrica que también formaba parte de lo que él llamaba humorísticamente su equipo de supervivencia, se metió en el saco y, a los pocos momentos, dormía como un leño.

El sueño resultó muy profundo, pero, de repente, cuando menos lo esperaba, algo le despertó.

Era un ruido extraño que penetró en su cerebro a través de las brumas del sueño, volviéndole a la vida casi con brusquedad.

Se preguntó quién cantaba aquella extraña canción, una melodía de notas que jamás había escuchado antes de ahora, una música salvaje y amenazadora, siniestramente atractiva, a pesar de todo. Se preguntó si era aquella la canción que cantaban las sirenas mitológicas para atraer a los navegantes a su perdición.

La curiosidad hizo presa en su ánimo y salió del saco de dormir. Hacia un buen tiempo excepcional y la luna brillaba en todo su esplendor. La hoguera se había apagado hacía rato y apenas si brillaban unas pocas brasas.

Lentamente, sin hacer ruido, avanzó paso a paso hacia el otro

lado de un pequeño bosquecillo, que era el lugar, estimó, de donde procedía aquella extraña música. Segundos después, presenció un espectáculo que le hizo dudar de la integridad de su mente.

«No estoy loco, luego estoy soñando», pensó.

Había una explanada, en ligera pendiente ascendente, en el centro de la cual bailaba una hermosa joven, completamente desnuda, siguiendo las melodías que emanaban de una flauta invisible, pero que casi parecía propia de un encantador de serpientes. Ella tenía el pelo largo hasta la cintura y se agitaba y retorció con lentos y voluptuosos movimientos, como si quisiera atraer a algún macho para entregarse a él en una salvaje y desenfrenada cópula.

El artista que tocaba la flauta resultaba invisible, por el momento. Ella seguía bailando, ajena a cuanto sucedía a su alrededor, con los ojos entrecerrados, como sumida en un éxtasis del que no quería salir bajo ningún concepto, disfrutando obscenamente de sus propios movimientos.

La luz de un foco invisible, muy potente, caía concentradamente sobre ella, dejando el resto del lugar en tinieblas.

Estupefacto por lo que veía, Wilkins se movió lateralmente, ya que el resplandor del foco le daba casi de frente y se sentía deslumbrado. Caminó una veintena de pasos y así obtuvo una mejor posición.

Entonces divisó la silueta de una casa situada a unos cuarenta o cincuenta metros, un edificio construido tal vez a mediados del siglo anterior, no demasiado grande y de aspecto muy atractivo. Tenía tejado a dos aguas, de pizarra, con salientes abuhardillados, primer piso y planta baja, y se veían las estructuras de algunas chimeneas, que debían de corresponder a otros tantos hogares situados en distintas habitaciones del edificio.

Algunas ventanas de la planta baja estaban iluminadas. Wilkins se preguntó quién era aquella hermosa joven que bailaba desnuda a la luz de la luna. Tal vez la sacerdotisa de alguna extraña religión, que buscaba en la danza benevolencia y la protección de alguna fantástica deidad.

Repentinamente sucedió algo horrible.

Dos mujeres más, también desnudas, aparecieron sujetando por

los brazos a un hombre que se debatía furiosamente.

El sujeto, evidentemente, estaba aterrorizado. Las dos jóvenes lo detuvieron frente a la bailarina, quien suspendió su danza en el acto.

—Piedad... —rogó el sujeto—. Dejadme vivir...

Wilkins oyó algo que le hizo dudar de sí mismo. La bailarina contestó:

—Jonah Reutle, tú nos mataste a las tres, tú nos hiciste padecer una muerte horripilante. Hoy, en el aniversario de nuestra muerte, nuestros espíritus han vuelto a la tierra, tomando de nuevo la forma que tuvimos cuando estábamos en vida. Y hemos vuelto para vengarnos de todos aquellos que nos hicieron padecer cruel muerte, sin tener compasión ni piedad de nuestras súplicas. Vas a morir, aunque quizá nos apiademos de ti si dices...

—No, no... yo no sé nada...

—Entonces, ¡muere!

Inesperadamente, la bailarina sacó un enorme puñal que había tenido escondido hasta entonces y, sujetándolo con ambas manos, lo alzó sobre su cabeza un instante, para asestar luego un terrible golpe en el pecho del cautivo.

Se oyó un grito desgarrador. Reutle cayó al suelo, debatiéndose con horribles espasmos que, sin embargo, cesaron bien pronto. Entonces, Wilkins presenció una escena horripilante.

Las tres mujeres se arrojaron sobre el cadáver como bestias hambrientas y empezaron a sorber la sangre que salía a borbotones de la espantosa herida causada por el machete. Wilkins, horrorizado, vio una vez levantar el rostro de una de las mujeres y emitir una sonrisa infernal, con la cara manchada de rojo, mientras sus ojos despedían destellos de satisfacción producida por aquel macabro banquete.

Wilkins se sentía asqueado y también aterrado. ¿Cómo era posible que se produjeran casos de vampirismo en pleno siglo XX y, con toda seguridad, a poca distancia de un centro habitado?

¿Vivían aquellas horribles arpías en la casa que se veía al otro lado?

Wilkins no pudo seguir haciéndose preguntas. La cabeza le dolió repentinamente.

Era un dolor intensísimo, que le hizo ver millares de chispitas

luminosas delante de sus ojos. Pero muy pronto se hizo toda oscuridad y silencio a su alrededor.

Una mano le sacudió por el hombro, zarandeándole con cierta violencia.

—Eh, señor... Despierte, hombre... Es ya de día y... ¿Está usted acaso malherido?

Wilkins abrió los ojos torpemente y captó el resplandor de un día lleno de luz. El sol brillaba con fuerza en las alturas y la hierba parecía esmeralda pura, todavía con algunas gotas de rocío en sus tallos.

Le dolía la cabeza y no recordaba los motivos. El hombre le puso algo junto a los labios.

—Tome, beba un poco, esto le entonará... No parece estar herido, aunque sí debió recibir un golpe al chocar contra el talud...

Casi por instinto, Wilkins bebió del gollete del recipiente que le entregaba el desconocido. Luego trató de enderezarse, ya que se dio cuenta de que estaba medio tumbado en el asiento del coche.

Sacudió la cabeza. La frente le dolía también y comprobó que tenía un fuerte chichón. Al cabo de unos momentos, consiguió enderezarse y miró con pupilas todavía desenfocadas a su alrededor.

El hombre le sonreía comprensivamente.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, muchas gracias...

—Debió de perder el control de su coche y vino a parar aquí —dijo el sujeto—. Sin duda, recibió un golpe en la frente y se desmayó. Luego le sobrevino el sueño por naturaleza y ha estado durmiendo hasta ahora.

Wilkins hizo un esfuerzo y consiguió salir del coche.

—¿Puede decirme dónde estoy? —preguntó.

—Oh, en lugar seguro —rio el hombre—. Rawhile está a tres millas solamente y allí encontrará un médico que le mire el golpe y un mecánico que se ocupe de su automóvil. Por cierto, me llamo Barry Cheering...

Ralph Wilkins —dijo el joven, sin dejar de mirar a su alrededor, como si explorase visualmente el lugar en que se encontraba—. ¿Ha

dicho que hay un pueblo a tres millas, señor Cheering?

—Sí, Rawhile —respiró el sujeto—. Yo cuido de mis ovejas y, modestia aparte, dan la mejor lana de toda la comarca. Oiga, ¿por qué no va al arroyo que hay allá bajo y se refresca un poco la cara? Se sentirá mejor, puedo garantizárselo. Luego ya le indicaré el camino para llegar al pueblo, aunque es muy probable que antes encuentre un coche que le evite la caminata.

—Sí, iré al arroyo, es una buena idea —convino Wilkins. Echó a andar, pero, de pronto, se detuvo—. Oiga, ¿no hay una casa por aquí cerca? —inquirió.

—¿Una casa? —Cheering meneó la cabeza rotundamente—. No, no hay ninguna. La más próxima es la de la granja de los MacBride, a milla y media, pero está en dirección Este, de modo que no llegaría al pueblo si quisiera verlos...

—No conozco a los MacBride y me refiero a una casa que tiene que haber mucho más cerca, seguramente, a menos de doscientos pasos.

Cheering volvió a mover la cabeza en sentido negativo.

—Está muy equivocado, señor Wilkins. Tal vez la vio en su sueño, pero no, no hay ninguna casa a doscientos metros.

Wilkins frunció el ceño. Quizá sí, quizá había soñado aquellas extrañas visiones... Se había salido de la carretera, golpeándose la frente contra el parabrisas, aunque, por fortuna, sin romperlo, y luego había tenido pesadillas que le habían hecho ver cosas que sólo eran producto de su imaginación.

Pero recordaba muy bien haber acampado junto a una hoguera que él mismo había encendido. Había cenado conservas y se había hecho té y bebido un poco de whisky.

Luego había usado su saco de dormir...

Lleno de asombro, comprobó que no había el menor rastro de una hoguera. Todo su equipaje se hallaba en el maletero, en un perfecto orden. ¿Qué había pasado allí?

¿Era cierto que había soñado aquellas extrañas visiones?

Cheering le contemplaba expectante, en silencio. Wilkins llegó a sentirse un tanto incómodo.

«Piensa que estoy chiflado», se dijo.

De pronto, vio algo que le hizo reaccionar.

—La casa estaba allí —exclamó—. Le digo que la vi y había

luces en las ventanas del piso bajo...

—Imposible —contestó el pastor—. Allí no hay ninguna casa.

—¿Me toma por embustero?

Cheering pareció irritarse.

—Y usted, ¿cree también que le estoy mintiendo? Ande, vaya a verlo, compruébelo por sí mismo. Tal vez el accidente se produjo porque usted tenía unas copas de más en el cuerpo y, entre el golpe y el licor, ha visto cosas que sólo existen en su imaginación.

Wilkins miró unos instantes al pastor y luego, de pronto, echó a andar con paso firme hacia el bosquecillo que había visto durante la noche. Pasó al otro lado y se detuvo en seco, con la boca estúpidamente abierta, porque, como acababa de decir Cheering, allí no había ninguna casa.

Estuvo quieto unos momentos. Luego decidió hacer algunas preguntas al pastor, pero, cuando regresó, Cheering había desaparecido con su rebaño.

Capítulo II

ENTRÓ en el bar, se sentó en un alto taburete y pidió una jarra de cerveza. Una mujer todavía joven, de formas ampulosas, pero de rostro adusto y poco acogedor, le sirvió la bebida con cierto aire displicente, casi con hostilidad.

Wilkins tomó unos sorbos en silencio. Luego agitó una mano y la *barmaid* se le acercó sin prisas.

—¿Señor?

—Desearía hacerle unas preguntas, si no le importa...

—¿Es usted de la policía?

—No, pero...

—Entonces, perdone, pero no quiero contestarle —declaró la mujer con acento carente de amabilidad.

—Lo siento, señora; no quise ofenderla. Discúlpeme.

Wilkins se sentía asombrado ante aquella poco acogedora mujer.

«Si no se porta mejor con otros clientes, se arruinará muy pronto», pensó.

Estaba terminando la cerveza, cuando entró un hombre y se acercó a él.

—Señor Wilkins...

El joven se volvió.

—Ah, hola, señor MacTraugh —sonrió—. ¿Qué le pasa por fin a mi automóvil?

—No tiene grandes daños, pero me gustaría comprobar la dirección y la suspensión y eso puede llevar todo el día de hoy. Hay también algunas abolladuras en el morro, pero, en resumen, ninguna avería de gravedad.

—Eso son buenas noticias —sonrió Wilkins—, Aunque debo pensar que he de pernoctar en Rawhile.

—A menos que quiera alquilar un coche y volverse inmediatamente a Londres...

—No, en absoluto, no tengo ninguna prisa. Me quedaré en el pueblo.

—Muy bien, a su gusto. Creo que el coche estará listo por la mañana. De todos modos, antes de entregárselo, haré algunas pruebas yo mismo.

—Como guste, amigo MacTraugh. ¿Quiere tomar una cerveza conmigo?

—Gracias, pero aún no es mi hora. A propósito, la factura... Supongo que la cargará al seguro...

—No se preocupe, se la abonaré yo mismo. Usted me entrega una factura y yo me entenderé con la compañía.

—A su gusto. Hasta luego, Henrietta —saludó el mecánico a la *barmaid*.

Ella sonrió por primera vez.

—Hasta luego, Ben.

MacTraugh se marchó. La mujer se acercó a Wilkins.

—No sabía que tuviera el coche reparando en el taller de Ben —manifestó.

—Anoche me salí de la carretera y recibí un pequeño golpe en la frente, que me hizo dormir hasta que era de día —sonrió Wilkins—. No fue nada grave, por fortuna.

—Ben es mi hermano. Yo me llamo Henrietta Morven.

—Mucho gusto, señora Morven. El apellido, sin embargo...

—Es el de mi esposo. Soy divorciada.

—Ah, lo siento.

—No, no lo sienta. Me sentí muy aliviada cuando pude librarme de un estúpido. Señor Wilkins, he oído a Ben que tendrá que quedarse en Rawhile.

—Sí, quiero volver a Londres con mi coche.

—Hay una buena posada en Rawhile, pero en ocasiones, yo alquilo habitaciones. Si quiere tomar una, se la ofrezco de muy buena gana.

Wilkins se preguntó qué había motivado aquel inesperado cambio de actitud en la mujer, tan arisca hasta aquel momento, aunque quizá era porque había dado trabajo a su hermano el mecánico. Como fuese, era preferible pernoctar en casa de Henrietta

antes que en una impersonal posada. Además, tenía ciertos proyectos...

—En tal caso, si no le importa, vendré más tarde con el equipaje —sonrió.

—Yo cedo habitaciones en ocasiones, pero no hago comidas. Si quiere disfrutar de una buena pierna de cordero, vaya al restaurante de Lem Colphax —aconsejó la mujer.

—Seguiré su recomendación. ¿Qué le debo, señora Morven?

Henrietta alzó una mano.

—Lo incluiré en la factura del alojamiento —repuso.

Al atardecer. Wilkins fue al taller de MacTraugh y adquirió consoladoras noticias sobre la reparación de su coche. Luego se dispuso a sacar el equipaje, pero, en aquel instante, recordó ciertos detalles y se propuso practicar una pequeña investigación.

A los pocos momentos, había descubierto algo preocupante. Faltaba una lata de fiambre, el paquete de galletas estaba empezado y, lo recordaba muy bien, había tenido que abrir por primera vez la cajita con los sobres de té. Todo estaba en perfecto orden, pero la falta de aquellos artículos le hizo saber que no todo lo que había visto la víspera era producto de un sueño causado por el golpe recibido durante el accidente.

Además, había chocado de frente contra el talud. Si era así, ¿por qué tenía otro bulto en la nuca?

¿Quien le había atacado por detrás, en el momento culminante del drama que se había desarrollado ante sus ojos?

—Esta es su habitación, señor Wilkins —señaló Henrietta por la noche.

Era una estancia amplia, capaz, con un enorme lecho de estilo antiguo y un lavabo en una pieza contigua. Wilkins hizo un gesto de complacencia.

—Estoy seguro de que dormiré como nunca —sonrió.

—Sin duda alguna —respondió ella.

Henrietta se alejó. Wilkins entró en el dormitorio, deshizo el exiguo equipaje y, después de desvestirse, tomó una novela policiaca que había comprado, a fin de entretenerse durante un rato antes de apagar la luz.

Una hora más tarde, oyó un ligero ruido en la puerta.

Dejó el libro a un lado y apagó la luz. Un chorro de resplandor lunar entró por la ventana.

La puerta se abrió. Una blanca silueta se recortó en el umbral.

—Estaba aguardándote —dijo Wilkins.

Henrietta rio suavemente.

—Te lo habías oído —contestó.

Cerró la puerta y avanzó hacia el lecho. Una vez junto a la cama, se quitó el peinador. La luz de la luna permitió a Wilkins apreciar la espléndida desnudez de la dueña del bar.

Debía tener unos treinta y cinco años. Dentro de diez o quince más, sería una mujer gorda, rebosante de grasa, con papada y senos vacunos, pero ahora estaba terriblemente apetitosa y cayó sobre ella con furia que sorprendió a Henrietta, a pesar de que había ido preparada para la aventura.

Pasó un buen rato antes de que Henrietta resoplase con fuerza, jadeante todavía y con el cabello en desorden. Al cabo de unos momentos, soltó una risita.

—¿Eres marinero? —preguntó.

—Piensas que acabo de llegar a puerto, después de una larga travesía, ¿verdad?

—El mar está relativamente cerca de Rawhile, pero aquí no vienen los marinos —contestó ella.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que mi... acometividad ha sido debido precisamente a lo apetitoso del manjar que se me ofrecía?

—¿De veras lo piensas así? —preguntó ella mimosamente.

Wilkins paseó sus manos por los senos de Henrietta, redondos, macizos. Ella se estremeció.

—Tú me aconsejaste el restaurante de Colphax —dijo él—. Me sirvieron una enorme pierna de cordero. Envidié a los fierros.

—¿Por qué?

—Tuve que dejar los huesos.

Ella rio estridentemente.

—Te explicas muy bien —dijo.

Y, de pronto, se le arrojó encima con furia devoradora y ambos volvieron a sumirse en el vértigo de la pasión, hasta quedar momentáneamente agotados.

Transcurrieron unos minutos. Wilkins encendió la luz y buscó

cigarrillos.

—¿Quieres fumar? —invitó.

—No, gracias. Siento que tengas que marcharte mañana...

—Las cosas son así —contestó él—. Aunque quizá vuelva algún día a Rawhile.

—¿Si?

—Es probable. Me gusta el lugar y lo considero ideal para unas vacaciones.

—Lo mismo piensan muchos, Ralph. Si te gusta la pesca, hay un arroyo muy truchero.

—Allí, cerca del bosque de olmos donde tuve el accidente, ¿verdad?

—Bueno, también hay otros sitios, pero aquél es un buen sitio.

—¿No había allí una casa?

—Sí, pero ardió hasta los cimientos.

«¿Cómo le digo yo a esta mujer que he visto la casa?», pensó Wilkins.

—¿Qué pasó, Henrietta?

Ella se puso seria de pronto.

—No me gusta recordar aquel horrible suceso —contestó—. En realidad, las gentes de Rawhile prefieren no mencionarlo.

—Bueno, pero tú podrías decirme algo...

—¿Te interesa?

—Mera curiosidad. Ya te he dicho que no soy de la policía.

Ella se incorporó sobre un codo y le miró fijamente.

—¿Qué eres? —inquirió.

Wilkins titubeó un instante.

—Abogado de la compañía de seguros que me pagará la factura de tu hermano —respondió al cabo—. ¿Quieres que te enseñe la documentación?

—No hace falta, creo en tu palabra. Pero esa compañía, supongo, hará seguros de incendio también.

—Nunca oí nombrar Rawhile, lo cual significa que no tenemos una sola póliza en este pueblo.

Podía ser cierto o no, pero no arriesgaba nada con aquella pequeña mentira.

—Había cuatro personas, un hombre y tres mujeres. Todos murieron en el incendio —dijo ella.

—Horrible, ¿no?

—Sobre todo... si se piensa que fue un cuádruple asesinato.

—Demonios...

—Ellos sí eran unos demonios. Por eso los mataron.

—Henrietta, ¿cómo puedes...?

—Por favor, no me hagas más preguntas sobre el particular —
rogó ella, muy alterada.

—Lo siento, no quise causarte problemas.

—No hablemos más y se acabarán los problemas, Ralph.

—Como tú digas, encanto.

Henrietta se mordió los labios un instante. Luego agregó:

—Algunos aseguran que él, antes de morir, lanzó una horrible maldición y dijo que sus espíritus volverían para vengarse de los que les asesinaron. Yo no lo creo, pero...

Capítulo III

BEN MACTRAUGH se limpió las manos con una bola de borra y miró al joven sonriendo.

—En perfectas condiciones, señor Wilkins —informó.

—Gracias, Ben. Ahora, dígame el importe de su trabajo; le extenderé un cheque inmediatamente.

—Sí, señor.

MacTraugh fue a un cuartito que le servía de escritorio y volvió al poco con la factura. Wilkins la examinó, encontrándola conforme, y sacó el talonario de cheques.

Cuando se disponía a subir al coche, se oyeron unos fuertes gritos en la calle.

Wilkins y el mecánico volvieron la cabeza. MacTraugh se asomó a la puerta del taller.

—¿Qué diablos le pasará a la señora Reutle? Chilla como una condenada...

Wilkins se puso rígido.

—¿Ha dicho Reutle, Ben?

—Sí, es ella. Agnes Reutle... Algo debe haberle ocurrido; la acompañan un par de vecinas y parece como si se fuese a desmayar de un momento a otro...

El joven corrió hacia la puerta. A cien pasos de distancia, divisó un grupo de gentes que se movía rápidamente en dirección al centro del pueblo. Un hombre de uniforme azul se acercó presurosamente al grupo.

—Algo grave debe haber pasado —dijo MacTraugh.

Por un instante, Wilkins tuvo la respuesta en la punta de la lengua. Él había visto chillar despiadadamente a Jonah Reutle y luego a tres hermosas mujeres arrojarse sobre su cuerpo aún

caliente y realizar una repugnante ceremonia, estimuladas por un demoníaco individuo. Pero por nada del mundo quería dar a entender que había sido testigo presencial de aquel aberrante crimen.

MacTraugh echó a correr. Wilkins decidió que podía aguardar un poco; no sería prudente marcharse sin conocer de una manera oficial algo de lo que ya estaba enterado.

El mecánico volvió a los pocos minutos. Wilkins le vio sin rastro de color en la cara.

—Jonah Reutle ha aparecido muerto, acuchillado bárbaramente —dijo.

—No conocía a ese hombre —manifestó Wilkins.

MacTraugh se pasó una mano por el rostro, cubierto de minúsculas gotas de sudor.

—Había desaparecido hacia un par de días... Sin embargo, nunca creímos que pudiera morir de una manera tan horrible... Algún vagabundo, quizá, le atracó para...

MacTraugh dejó de hablar repentinamente. Wilkins observó que le temblaban las manos.

De pronto, el mecánico corrió hacia su escritorio. A través de la mampara de cristal, Wilkins le vio sacar un frasco de uno de los cajones de la mesa y llevárselo a los labios.

El pulso de MacTraugh era inseguro y parte de licor le resbaló sobre la barbilla. Wilkins se preguntó si aquel hombre tenía alguna relación con la muerte de las cuatro personas que habían vivido en Keyton Hall durante algún tiempo y que habían aparecido abrasadas en un espantoso incendio, que había reducido la casa a cenizas.

Al cabo de unos momentos, MacTraugh volvió a salir y miró al joven con expresión afligida.

—Dispénsame, señor; no he podido remediarlo. Jonah y yo éramos muy buenos amigos y la noticia de su muerte me ha impresionado profundamente.

—Claro, se comprende —dijo el joven con aire compasivo—. Siento mucho lo ocurrido, Ben. Si puedo hacer algo por usted...

Alguien se asomó a la puerta del taller en aquel momento.

—¡Eh, Ben! ¿Conoces la noticia?

MacTraugh se volvió.

—Sí, lo sé —respondió.

El recién llegado era un hombre de mediana edad, todavía muy fuerte, de pelo pajizo y ojos extrañamente claros. Debía tener unos cincuenta años, aunque parecía mucho más joven.

—Le han dado su merecido, ¿eh? El inquilino de Keyton Hall no mentía cuando dijo que un día volvería del otro mundo para vengarse.

—Será mejor que te largues de aquí, Peter Drake —contestó MacTraugh malhumoradamente—. No me gustan ciertas bromas, ¿me oyes?

Drake soltó una risita maliciosa.

—El pobre Jonah no se esperaba que aquel individuo cumpliera su palabra —añadió—. Pero ya me marchó; veo que tienes compañía...

—Yo también me iba —se apresuró a decir el joven—. Ben, repito que lamento lo ocurrido. He tenido mucho gusto en conocerle y le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho en mi favor.

—Perdona, Ben —exclamó Drake—. No era mi intención molestarte. Además, no sabía que estuvieras ocupado...

MacTraugh agarró una enorme llave inglesa y levantó el brazo.

—Si no te vas ahora mismo, te abriré la cabeza —gritó.

Riendo desaforadamente, Drake se retiró de la entrada. Wilkins pensó que lo más prudente era desaparecer de un lugar donde la gente tenía los nervios desatados y, sentándose tras el volante, dio el contacto y arrancó sin más.

Minutos más tarde, pasaba por delante del lugar donde había estado emplazada Keyton Hall. La casa debería verse por encima de las copas de los árboles, pero allí no había nada. Y, sin embargo, él la había visto...

El aquellos momentos no estaba bebido ni había tomado tampoco ningún sedante que hubiera podido causar extrañas visiones en su mente. Además tenía pruebas de que alguien le había golpeado por detrás y eso no era ninguna invención suya. ¿Qué había sucedido allí realmente?

Repentinamente, oyó el rugido de una poderosa motocicleta que se le acercaba a toda velocidad. Antes de que pudiera tomar alguna decisión, el motorista se puso delante de él, y le hizo señales de que

se detuviese.

En el primer momento, Wilkins pensó que se trataba de algún agente de policía de tráfico, ya que el sujeto vestía cazadora de cuero y casco con gafas oscuras. Muy pronto, sin embargo, salió de su error.

Al detener su vehículo, el motorista se quitó el casco. Wilkins pudo ver el rostro cínico de Peter Drake, que le sonreía de un modo extraño.

—Perdone que le haya detenido, señor Wilkins —dijo, después de haberse apeado—. Deseaba hablar con usted y no quería que nos viesen los vecinos de Rawhile.

—Sin duda, debe ser algo muy importante —contestó el joven desde la ventanilla de su coche.

—Así es, en efecto.

—Disculpe, pero yo no le conozco a usted... Todavía no sé quién es —dijo el joven con una pequeña mentira, dispuesto a simular su ignorancia mientras le fuese posible.

—Peter Drake. Me vio en el taller de Ben...

—Ah, sí, ahora recuerdo. ¿En qué puedo serle útil, señor Drake?

—Sin duda, está enterado de la muerte de Jonah Reutle.

—Lo he oído, desde luego. Un suceso verdaderamente lamentable.

—Ocurrió hace dos noches, precisamente en la fecha que usted sufrió su accidente.

Wilkins se puso rígido.

—¿Va a acusarme usted de ese crimen? —preguntó.

Drake manoteó aparatosamente.

—¡No, por Dios! —contestó casi a gritos—. Sólo..., sólo pretendía averiguar si vio algo...

—¿Por qué tenía que haber visto nada? Sufrí el accidente y pasé la noche durmiendo después de haber recibido un golpe en la frente. Si no me cree, pregúntele a Barry Cheering, el pastor.

—Hablaré con él, desde luego. Pero insisto en saber si vio...

—Ya le he dado mi respuesta —cortó el joven secamente—. Y ahora si tiene la bondad de retirar su motocicleta, continuaré mi

camino. No es usted policía, que yo sepa.

La expresión de Drake se endureció repentinamente.

—Será mejor que olvide lo que ha visto, si es que ha visto algo realmente. Pienso que sí, que pudo ver algo y que lo niega por motivos que a usted sólo le conciernen. Pero no me importa; lo interesante del caso es que se marcha de Rawhile.

—De modo que, según usted, debo olvidar lo que haya podido ver. Y, ¿con qué autoridad se atreve usted a darme ciertas órdenes? —se picó Wilkins.

—No le doy órdenes, sino consejos...

—Señor Drake, si no aparta usted esa motocicleta inmediatamente, la empujaré con mi coche hasta ese barranco cercano —señaló Wilkins con una mano la vaguada que había a un lado de la carretera—. Apártela, por todos los diablos, ¿me ha oído?

Drake pareció ser repentinamente presa de un ataque de furor y, abriendo la portezuela bruscamente, agarró al joven por un brazo y le hizo salir a la fuerza del coche. Wilkins, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar.

Drake parecía casi al borde de un acceso de demencia. Sus ojos brillaban coléricamente.

—Usted pasó la noche en casa de Henrietta Morven. ¿Qué le dijo esa mujer? —aulló.

Wilkins se quedó estupefacto, no sólo por la actitud de Drake, sino por la pregunta, totalmente inesperada. En realidad, no había hecho ningún secreto de su hospedaje en casa de Henrietta, pero aquel individuo daba la sensación de estar encolerizado por algo que él estimaba completamente lógico, dada la invitación de la dueña de la taberna.

¿Acaso eran los celos el motivo de las acciones de Drake?

Drake le tenía sujeto por las solapas de su traje y le zarandeaba con violencia. Wilkins decidió que ya tenía bastante.

Súbitamente, metió los brazos justo entre los de Drake y los separó a ambos lados con fuerza. Luego, antes de que el sujeto tuviera tiempo de reaccionar, le disparó un terrible puñetazo al plexo solar, dejándole sin respiración.

Inmediatamente, asestó un segundo golpe, esta vez dirigido al mentón de su oponente. Drake cayó como un fardo.

Wilkins se chupó los nudillos pensativamente. Inclínandose

sobre el caído, comprobó que su corazón latía con toda normalidad.

—El no esperaba esto —murmuró—. Sólo me faltaría haberle matado...

Por fortuna, era sólo un golpe que le había privado del sentido y no por mucho tiempo. Wilkins aguardó hasta comprobar que Drake volvía a recobrar el conocimiento.

Sin embargo, no permaneció allí mucho tiempo más. Antes de que Drake volviese a su plena consciencia, subió al coche, dio nuevamente el contacto, retrocedió un poco, maniobró para evitar al sujeto y su motocicleta y pisó el acelerador a fondo.

Había una curva a doscientos metros. Pronto perdió de vista a Drake y también a Rawhile.

Durante los intervalos de los momentos de pasión, Henrietta había hablado algo, aunque no tanto como Wilkins habría deseado. Una de las cosas que le había mencionado era el nombre del propietario del Keyton Hall.

Era una mujer que residía en Londres, aunque ella no conocía su dirección. Wilkins recurrió al elemental procedimiento de consultar la guía de teléfonos.

Había muchos Grayson, lógicamente, pero no demasiadas mujeres que se llamasen Hebe. El nombre le pareció poético, aunque poco corriente. En total, eran cinco las que llevaban dicho nombre y tuvo que realizar cuatro llamadas antes de que una de ellas contestara que si conocía un pequeño pueblo llamado Rawhile.

—En tal caso, usted, sin duda, debe ser la propietaria de Keyton Hall —dijo Wilkins.

Aunque estaba hablando con ella por teléfono y no podía verle la cara, adivinó en el acto la sorpresa que le causaban sus palabras.

—¿Por qué me lo pregunta? —quiso saber ella.

—Le daría mi respuesta personalmente, si usted accediese a recibirme. Mi nombre es Wilkins, Ralph Bickerford Wilkins. Puede solicitar informes míos a la Mutual & World Insurance. Allí me conocen bien, señora Grayson.

Ella dudó unos momentos.

—Está bien. Llámeme dentro de veinticuatro horas. Tendrá mi

respuesta en un sentido u otro.

—Gracias, señora Grayson.

Wilkins colgó el teléfono, preguntándose cómo sería ella. Pero no tuvo tiempo de hacer demasiadas especulaciones, porque, casi en el mismo instante, alguien le llamó a su vez y descolgó el aparato.

—¿Sí?

Era Brian Handstone, su inmediato superior.

—Ralph, ¿está en casa?

—Sí, señor, desde luego. ¿Sucedó algo?

—Verá... Tengo entendido, usted comentó algo al respecto, que había sufrido un pequeño accidente en Rawhile.

—Bueno, ocurrió a un par de millas... pero no fue gran cosa. Sólo tuve que permanecer algo más de veinticuatro horas en ese pueblo...

—Sí, lo sé. Bien, el caso es que yo, a mi vez, lo he comentado con un amigo... Tom Rosten. Ahora le llamaré e irá a verle personalmente a su casa. Quiere hacerle algunas preguntas sobre su estancia en Rawhile.

—Perdón, señor —dijo el joven—. Ese amigo suyo... ¿es de la policía?

Handstone se echó a reír.

—Caliente, pero no mucho —contestó—. Desde luego, ocupa un cargo oficial... pero ya le explicará él cuando le vea personalmente. Gracias por atender mi petición, Ralph.

—Estoy a su disposición, señor.

Wilkins colgó el teléfono, sumamente perplejo, preguntándose quién podría ser aquel Rosten, que ocupaba un cargo oficial, pero que, sin embargo, no pertenecía a la policía.

Sentíase un tanto preocupado, porque había sido testigo presencial de un crimen y no había informado de ello. Pero, en último caso, siempre tenía la excusa de achacarlo a una visión, causada por el «golpe» recibido en el accidente.

Se preguntó qué diablos podía querer Rosten de él y qué contarle de su presencia en Rawhile. Era inútil esforzarse en hacer suposiciones, se dijo; a fin de cuentas, era una incógnita que se iba a resolver en un plazo muy breve.

Y así fue, porque no habían pasado aún treinta minutos del aviso de Handstone, cuando Tom Rosten estaba ya llamando a la puerta

de su apartamento.

Capítulo IV

ERA un hombre de unos treinta y cinco años, vestido descuidadamente, aunque con ropas de buena calidad. Parecía más bien un intelectual, pintor o escritor, que alguien que ocupaba un cargo oficial. Sin embargo, resultaba atractivo y simpático desde el primer momento.

—Soy Tom Roste —se presentó—. Puede llamarme Tom, señor Wilkins.

—En tal caso, llámeme Ralph —contestó el joven cordialmente—. Pase y dígame si le apetece algo de beber, que no sea el brebaje nacional, denominado té. A menos que sea «teadicto»...

—El whisky es también la bebida nacional —dijo Rosten con no menos buen humor.

—Entonces, beberemos juntos.

Wilkins preparó dos vasos altos y entregó uno a su visitante. Luego le ofreció tabaco de una cigarrera de plata.

—Usted no es policía, pero tiene un cargo oficial —dijo a los pocos momentos.

—Como lo que vamos a comentar es absolutamente confidencial, puedo mencionarle mi cargo. MI6, Ralph.

—Ah, contraespionaje...

—Exacto. Sé que ha estado en Rawhile y me he enterado de ello de un modo casual. Quizá usted no diga nada que pueda ayudarme en mis investigaciones, pero usted sabe por experiencia, ya que también hace algo semejante para la Mutual, que no se puede desear nunca el más mínimo detalle, un dato insignificante puede resultar de vital importancia en algunos casos, ¿comprende?

—Lo sé perfectamente. Continúe, por favor.

—Está bien. Entonces, le contaré una historia que le va a parecer

inverosímil pero que, no obstante, es rigurosamente cierta. Se trata de algo así como un millón de libras esterlinas en buenos billetes del banco de Inglaterra.

Wilkins dio un salto en su asiento.

—¡Mil diablos! —exclamó, sin poder contenerse.

—Un millón de diablos, Ralph —sonrió Rosten.

—¿Es cierto eso, Tom?

—Absolutamente verídico. En pocas palabras, le diré que los agentes nazis, previendo un día la posible invasión de Gran Bretaña, situaron en algún lugar del país diferentes sumas de dinero, diez millones, en total, destinados a los agentes que llegarían antes que las tropas de desembarco y que actuarían subrepticamente en misiones que usted se puede imaginar fácilmente: sabotajes, destrucciones, interferencias de comunicaciones, actos para confusión de la población civil... Ese dinero, repartido, como digo, en diez puntos, estaba muy bien escondido. Hasta ahora, hemos encontrado nueve paquetes. Falta el décimo.

—Y usted sospecha que puede estar en Rawhile.

Rosten hizo un gesto afirmativo.

—Tenemos la certeza digamos moral, pero nos faltan las pruebas que nos permitan poner el pueblo patas arriba para encontrar los billetes —contestó.

—Bueno, temo que yo no voy a poder ayudarle demasiado...

—Aguarde un momento, Ralph, por favor —Rosten levantó su mano—. No espero que me indique dónde está el dinero. Sólo quiero algunos datos de lo que haya podido observar en Rawhile y si termino de contarle toda la historia, quizá sepa usted obtener deducciones que me ayuden en mi labor. A fin de cuentas, es su profesión.

—Muy bien, Tom. Prosiga, se lo ruego.

—Los agentes desembarcados previamente consiguieron ser capturados, excepto uno que desapareció como tragado por la tierra. Nunca hemos conseguido saber su nombre ni su aspecto, pero ciertos indicios nos hacen suponer que vive en Rawhile, bajo un nombre supuesto, adoptado hábilmente con tanta astucia que no ha conseguido ser desenmascarado todavía.

—Ha pasado mucho tiempo desde la guerra. Ese agente tenía que saber dónde estaba el dinero. ¿Por qué no lo sacó y escapó del

país? No digo inmediatamente después del fin de la guerra, sino al cabo de unos años, cuando todo volvió a la normalidad. ¿Cómo explica eso, Tom?

—Es muy sencillo. El agente era, digamos, una especie de segundo o tercero en el mando de su grupo y sólo el jefe conocía exactamente el emplazamiento del dinero. El, por supuesto, sabía que estaba en Rawhile, pero ignoraba más datos. No sabemos qué fue del jefe de ese grupo ni de los restantes miembros; quizá se perdieron o no llegaron a desembarcar... pero él sí está en el país y busca el millón de libras.

—Usted dice que vive en Rawhile como un vecino más —recordó Wilkins.

—Exacto, pero el caso es que, con la máxima discreción, hemos investigado a todos los vecinos y no hemos conseguido la menor pista que pueda señalarnos el alemán. Debe de ser un individuo de una astucia diabólica, cuando ha conseguido pasar desapercibido durante más de treinta años.

—Ya es paciencia, esperar tanto para conseguir un millón —sonrió el joven.

—No sabemos qué habrá ocurrido. Nos enteraremos cuando lo hayamos localizado.

—Mi ayuda no les resultará de demasiada utilidad. He estado poco más de veinticuatro horas... ¿Qué quiere que le diga, Tom?

Rosten pareció meditar unos momentos. Luego respondió:

—Me gustaría saber si ha oído hablar de los Szárodny.

—¿Quiénes son éstos? —se asombró el joven.

Murieron horriblemente hace unos pocos años, abrasados en el incendio de la casa en que vivían. La gente del pueblo decían que eran unos brujos, vampiros o algo por el estilo. Alguien pegó fuego a la casa y el hombre y las tres mujeres que vivían con él perecieron carbonizados.

—Conozco algo de la historia, aunque no conocía los nombres. Los vecinos de Rawhile se muestran muy reticentes al respecto.

—Sí, hemos tenido ocasión de comprobarlo, Ralph.

—Szárdony parece húngaro.

—Refugiados después de la guerra, aunque luego adquirieron la ciudadanía británica. Pero sospechamos que quizá él supiera algo sobre el millón de libras.

—Ya no se lo podrán preguntar, Tom —sonrió Wilkins.

—La policía hizo investigaciones, pero nunca consiguió encontrar al autor del incendio. Nosotros pensamos que los hicieron varios vecinos, pero todos callan, por temor a las consecuencias.

Wilkins pensó inmediatamente en Jonah Reutle y en Ben MacTraugh. ¿Habían tenido algo que ver con la muerte de los Szárodny?

En cuanto a Reutle, parecía fuera de toda duda. MacTraugh también sabía algo, ya que le había visto aterrado por la noticia de la muerte de su amigo.

—De todas formas —dijo al cabo de unos segundos—, ustedes piensan que el agente nazi sigue vivo y habitando en Rawhile.

—Sí, es una certidumbre moral, pero no tenemos medio de comprobarlo.

Wilkins enseñó las palmas de sus manos.

—Lo siento, Tora —contestó—. No he visto nada que pueda interesarle.

Rosten hizo una mueca de disgusto.

—A veces pienso que nos encontramos frente a un muro de piedra, absolutamente indestructible.

—Los muros de piedra pueden ser destruidos por la acción del tiempo, Tom.

—No podemos esperar a la acción de los agentes de la naturaleza —contestó Rosten jovialmente—. En fin, si no puede darme más detalles...

—¿Cómo podría hacerlo, si no conocía a nadie en Rawhile?

—Eso sí es cierto. De todos modos...

Súbitamente, y sin conocer exactamente los motivos, Wilkins pensó en el belicoso Peter Drake.

—Tom, ¿tienen ustedes alguna descripción del agente alemán? ¿Sabían qué aspecto tenía?

Rosten negó con la cabeza.

—Si lo supiéramos, ya le habríamos echado el guante —respondió.

—Espere... Yo hablé con un tipo... Su acento era perfecto, quizá demasiado; posiblemente, el agente se esfuerza en hablar como un inglés más. Mí sospechoso se llama Peter Drake...

—No es el agente nazi. Ya le investigamos a fondo, Ralph. Drake

es un viejo soldado... bueno, ahora es un hombre maduro, aunque fue llamado a filas por su edad apenas un año antes de que acabase la guerra. Cuando vino la paz, regresó a Rawhile, pero se marchó al arto, en busca de mejores perspectivas. Regresó hará cosa de seis meses, retirado, según dijo, de su trabajo, cosa que también hemos investigado y es cierto. No, Drake no es el agente nazi, Ralph.

Wilkins emitió una sonrisa de circunstancias.

—Entonces, no sé qué decirle... excepto que debieran investigar a la dueña de Keyton Hall...

—Ya lo hemos hecho y ella no sabe nada, excepto que el incendio la dejó sin casa.

Rosten se puso en pie.

—Ralph, lamento haberle hecho perder el tiempo —se disculpó, a la vez que le tendía la mano francamente.

—Por favor, Tom...

El agente del contraespionaje se marchó. Wilkins quedó a solas, meditando sobre la extraña historia que acababa de conocer y de la que, en sus últimas recomendaciones. Rosten le había aconsejado guardase el más absoluto secreto.

Drake no era el agente alemán, pero, en tal caso, ¿quién era en realidad?

Y, sobre todo, ¿dónde estaba el millón de libras?

Eran preguntas a las que, por el momento, se sentía incapaz de hallar la menor respuesta.

Al anochecer, recibió una llamada telefónica:

—Señor Wilkins, si no tiene inconveniente, le recibiré mañana a las once en mi casa —dijo Hebe Grayson.

Una atildada doncella, de blanco y negro, abrió la puerta de una residencia que parecía de aspecto corriente, pero que, en realidad, denotaba claramente el buen gusto de la dueña, al vivir en un sitio decorado con sencillez, aunque con muebles y elementos caros. La doncella le condujo a un saloncito íntimo y le rogó esperase unos momentos.

—La señorita Hebe vendrá enseguida —manifestó—. Está despachando con su abogado...

Wilkins se sorprendió al oír aquellas palabras, así pues, Hebe

Grayson era soltera. «O quizá divorciada y prefiere que la llamen señorita en lugar de señora», especuló consigo mismo.

Minutos más tarde, oyó ruido de tacones y vio que se abría la puerta. Inmediatamente, se puso en pie.

Hebe Grayson apareció en el umbral, Wilkins volvió a recibir la segunda sorpresa del día, al ver a una atractiva mu chacha de poco más de veinte años, ataviada sin grandes pretensiones, pero con un modelo que ponía de relieve las finas líneas de un cuerpo realmente suave y hermoso, digno complemento, pensó, de un rostro que parecía modelado según los cánones de la escultura griega de la antigüedad.

—Señor Wilkins...

El joven hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señorita Grayson, permítame que le dé las gracias por haber accedido a recibirme...

Ella movió la mano.

—Por favor, tome asiento —indicó.

—Gracias.

Wilkins, cortés, aguardó a que Hebe se hubiera sentado frente a él. Luego dijo:

—Señorita Grayson, la verdad es que no sé cómo empezar mi historia. A veces pienso si he hecho bien en venir a visitarla... pero el caso es que me siento terriblemente curioso...

—Sin duda, a causa de la historia de Keyton Hall, una historia realmente trágica.

—Sí, es cierto. Por favor, ¿puedo preguntarle si se ha informado sobre mi personalidad?

—En efecto. Hablé con mi abogado. Tiene algunas relaciones en su compañía de seguros.

—Espero que le hayan hablado bien de mí —sonrió el joven.

—Unos informes excelentes, señor Wilkins. Pero ¿por qué estos preliminares...?

—Verá, es que tengo que contarle una historia... Me cuesta mucho empezar... pero tengo que decírselo, de todas formas, ya que es usted la propietaria de Keyton Hall...

—De las ruinas y de unas cuantas hectáreas de tierra a su alrededor —puntualizó Hebe sonriendo.

—Sí, claro... Oiga —exclamó él de pronto—, por casualidad, ¿no

tendría una fotografía de la casa hecha antes del incendio?

—Creo que hay una en alguna parte... ¿Por qué quiere verla, señor Wilkins?

El joven respiró profundamente.

—Le ruego no me tome por loco ni adicto al alcohol ni menos a las drogas. Señorita Grayson, juro por lo más sagrado que lo que voy a contarle es absolutamente verídico, aunque parezca increíble. Tanto es así, que no me he atrevido a ir a la policía.

—Empiezo a sentirme aprensiva —confesó la muchacha— ¿Es algo desagradable?

—Usted misma juzgará dentro de unos minutos —contestó Wilkins.

Transcurrió casi un cuarto de hora. Al terminar, Hebe se sentía estupefacta.

—No me lo puedo creer —manifestó.

Wilkins sonrió tristemente.

—Esperaba que dijese algo parecido —declaró.

Hubo una pequeña pausa. De pronto, Hebe se puso en pie. —No le he invitado a tomar nada. ¿Un poco de jerez? —Sí, por favor...

Hebe destapó un frasco de cristal tallado y vertió vino en dos copas, una de las cuales puso en manos de su visitante. —De modo que usted vio la casa...

—Yo no sé si aquella casa era igual que la que había antes del incendio —respondió Wilkins—, Lo que sí estoy dispuesto a jurar es que allí había una casa que, incluso, vi luces en las ventanas de la planta baja.

—Resulta fantástico, pero me siento inclinada a creerle... aunque, al día siguiente, usted estuvo allí y ya no había restos de la casa.

—Nada Incluso los hierbajos han crecido entre las ruinas del incendio. Pero sí puedo decirle una cosa, señorita Grayson. Salí absolutamente indemne del accidente y acampé a menos de quinientos metros del lugar donde había estado Keyton Hall. Cuando me desperté, oí aquella extraña canción... o bien me desperté porque alguien cantaba, y no estaba bebido ni mucho menos. Tampoco había cenado nada de difícil digestión que pudiera

causarme pesadillas. Lo vi con toda claridad, se lo aseguro.

—Pero luego le encontraron en el coche accidentado...

—El que me atacó, borró todas las huellas de mi campamento, pero olvidó algo muy importante: no repuso los víveres que yo había consumido durante la cena.

—Es muy extraño, en efecto. ¿Qué piensa usted de todo esto, señor Wilkins?

—Precisamente por eso mismo he venido a verla a usted —sonrió él.

—La verdad, me siento completamente desconcertada. Cuando usted me llamó, yo no tenía la menor idea de los motivos de su petición. Todo esto me ha sorprendido enormemente y, aunque me siento inclinada a creerle, también pienso que es algo demasiado fantástico...

—La muerte de Jonah Reutle no tuvo nada de fantástico —adujo Wilkins.

—Lo sé, pero tal vez se debió a la agresión de un convecino que le odiaba... En los pueblos se producen a veces rencillas personales que degeneran en tragedias...

—A Reutle lo mató una mujer que parecía adorar al demonio, señorita Grayson.

—¿Informó usted a la policía?

—¿Me creerían? —repuso Wilkins.

—Y yo, ¿debo creerle?

El joven se puso en pie.

—Le ruego me disculpe, señorita Grayson —dijo rígidamente—. Si he venido a verla, no ha sido por satisfacer mi curiosidad, sino solamente por poner en su conocimiento unos hechos sucedidos en su propiedad. Puede que yo tenga problemas por no haber informado a la policía, pero a usted puede sucederle también algo parecido, ya que ese suceso se produjo en un lugar que le pertenece.

Wilkins echó a andar hacia la puerta. Ella parecía sorprendida por su actitud.

Desde la entrada. Wilkins se volvió y dijo:

—Le debo infinita gratitud por haber accedido a recibirme y escuchar mi relato. Puede tener la seguridad de que no volveré a molestarla más. Adiós, señorita Grayson.

El joven regresó a su casa de muy mal humor.

—La culpa es mía por meterme en asuntos que no me importan —rezongó, mientras se servía una generosa dosis de whisky—. A fin de cuentas, si había unos vampiros que ahora quieren vengarse, después de muertos, los conflictos serán para sus asesinos y no para mí.

Había terminado un trabajo muy importante para su compañía y disfrutaba de una semana de merecido descanso. Para olvidar aquel desdichado asunto, decidió hacerlo en compañía de una antigua amistad, a la que hacía tiempo no veía.

—Bonnie, hermosa —llamó por teléfono momentos más tarde—, ¿qué ocupaciones tienes ahora entre manos?

Ella rio estridentemente.

—¿Ocupaciones? Estoy haciendo de odalisca, hombre.

—¿Odalisca? —se sorprendió él.

—Sí, ya sabes, esas damas que se pasan el día tumbadas sobre cojines en el harén, aguardando a que las llame el sultán...

—¿Debo pensar que me consideras un sultán?

—Bueno, algo así pareces, aunque no tengas nada de oriental.

—Los orientales y los occidentales tenemos algo en común.

—¿Qué, Ralph?

—Adivínalo, preciosa, puesto que me refiero al género masculino.

Hubo una ligera pausa. Luego, ella dijo:

—¿En mi casa o en la tuya, Ralph?

—¿Por qué no lo echamos a cara o cruz? ¿Qué pides tú?

—Cara.

—Yo, cruz. Has ganado tú, será en tu casa, reina mía.

—Maldito sinvergüenza...

Pero Wilkins no pudo oír el resto de los apóstrofes, porque ya había colgado el teléfono.

Capítulo V

APENAS había salido del baño, cuarenta y ocho horas más tarde, alguien llamó a la puerta.

Wilkins se anudó el cordón de la bata y acudió a abrir. Parpadeó al ver a Hebe en el umbral.

—Usted...

—¿Puedo pasar? —solicitó la muchacha.

Wilkins se echó a un lado.

—Perdone que la reciba con esta indumentaria, pero acabo de salir del baño —se disculpó.

—No se preocupe, no es la primera vez que veo a un hombre en bata. Me refiero a mi padre, naturalmente.

—Por supuesto, señorita Grayson. ¿Puedo invitarla a tomar algo? ¿Té, café o...?

—Nada, gracias.

—Por favor, siéntese; estoy incómodo viéndola en pie. Y, si me lo permite, iré a vestirme...

Hebe movió una mano.

—No se moleste, voy a ser muy breve —declaró— He pensado mucho en lo que usted me contó.

—Y sigue creyendo que es una fantasía.

—Pues...

—Señorita Grayson, usted tomó informes míos. ¿Me cree un hombre dado a visitar a una desconocida sólo para contarle una fantasía?

—No, no es eso lo que yo quería decir...

—Si se piensa que lo que yo vi puede ser tomado como una broma, en todo caso se lo habría dicho a alguien conocido y no a una joven a la que no había visto en mi vida y de la que no había

oído hablar hasta que llegué a Rawhile. Sentado esto y resignado a su incredulidad, prosiga, se lo suplico.

—Está bien, señor Wilkins —dijo ella envaradamente—. Voy a decirle una cosa: tal vez presencié el asesinato de Reutle y el golpe que le dieron después, casi en el mismo instante, le hizo ver algo que ahora confunde con la realidad. La muerte de Reutle es auténtica y yo admito que usted lo presencié. En cuanto a lo otro... permítame, pero Stephen Szárodny y sus sobrinas murieron abrasados en el incendio que destruyó Keyton Hall.

—Ah, eran sus sobrinas...

—Eso decía él, hijas de un hermano, muerto en la guerra. Szárodny cuidó de sacarlas de Europa, cuando apenas tenían unos pocos meses.

—¿Las tres?

—Eran trillizas.

—¡Atiza! —exclamó él sin poder contenerse—. Tres hermanas idénticas...

—Como tres gotas de agua, señor Wilkins.

—Eso también parece fantasía, señorita Grayson.

—Los nacimientos triples son poco comunes, pero no extraños.

—Completamente de acuerdo. ¿Qué más?

—Szárodny y las chicas murieron. Por tanto, usted vio visiones.

—¿Ha venido aquí solamente para decirme algo que casi es un insulto a mi capacidad mental? —se asombró Wilkins.

—Usted sostiene unas teorías y yo otras. Está probado que los cuatro Szárodny murieron...

—¿Seguro?

—Lo vieron muchas personas de Rawhile.

—Pero, tengo entendido que no se encontraron luego sus cadáveres.

—La casa se consumió absolutamente. Todo quedó en cenizas.

—Permítame, señorita. Soy investigador de seguros y bien considerado además, dicho sea sin falsa modestia. ¿Sabe usted la cantidad de calor que se necesita para destruir completamente una dentadura, posiblemente la parte más resistente al fuego del cuerpo humano?

—Algo he oído sobre el particular, pero usted debe saber también algo que creo ignora. Después del incendio y cuando

apenas se habían extinguido las llamas, que nadie pudo apagar, cayó una tormenta, un verdadero diluvio, que causó estragos e inundaciones de cierta importancia. La casa, es decir, el lugar donde había estado situada, quedó completamente lavada, por decirlo de algún modo. Todas las cenizas, excepto algún objeto de metal, perteneciente a la estructura del edificio, fueron arrastradas por lo que realmente fue una tromba de agua y que, además duró varias horas. Incluso si los Szárodny, como parece lógico suponer, poseían objetos metálicos, como joyas, relojes o cosas por el estilo, fueron asimismo arrastradas por las aguas, dada la pequeñez de su tamaño. Y si ha estado allí, se habrá fijado, que al otro lado, es decir, en la parte opuesta a la fachada principal, hay una fuerte pendiente, que acaba en el arroyo que pasa por allí.

—Es decir, sólo quedaron los cimientos —dijo Wilkins.

—Jamás una frase ha resultado tan exacta —confirmó Hebe.

—Muy bien. Y todo eso viene a cuento de que yo no he podido ver a cuatro personas que murieron carbonizadas hace varios años y cuyas cenizas, lógicamente, del arroyo pasarían a un río mayor y de éste al mar.

—No se puede pensar de otro modo.

—De acuerdo. Fue una ilusión de mis sentidos. ¿Tenía algo más que decirme?

Hebe vaciló un momento.

—Sí, dos cosas —respondió al cabo.

—La escucho —dijo él.

—Esta es la primera, señor Wilkins.

Hebe abrió su bolso y extrajo una fotografía que puso en manos del joven.

—¿Esta es la casa que usted vio aquella noche? —preguntó.

Wilkins contempló la fotografía durante unos instantes. Luego alzó la mirada.

—Sí, sin ningún género de dudas —contestó rotundamente.

—Perfecto. En tal caso, le diré la segunda cosa que deseo expresar. Puesto que nuestras opiniones, en algunos puntos, son relativamente dispares, ¿por qué no vamos a comprobar sobre el terreno cuál de los dos tiene razón?

—¿Quiere decir... viajar a Rawhile?

—Exacto —contestó Hebe sin pestañear.

Wilkins consideró la cuestión durante unos instantes.

—Acepto —dijo al cabo—. Tendré que hablar con la compañía, para pedir un permiso de algunos días, pero no será un obstáculo insalvable.

—Entonces, sólo nos queda fijar la fecha de la partida.

—Cuando usted guste —indicó él con amplio ademán.

—¿Pasado mañana? Mañana tengo que hacer algunas cosas inaplazables y me desagradaría mucho marcharme sin cumplir un compromiso que tengo desde hace mucho tiempo.

—¿Su... novio?

Ella sonrió, a la vez que hacia un gesto negativo.

—Sólo pretendiente. Algo maduro y quiero desengañarle definitivamente. Además, tengo pendientes otros asuntos... En fin, pasado mañana, a las nueve, para llegar a Rawhile poco después del mediodía. Podemos almorzar en el camino, si le parece.

—Le dejo a usted la dirección del «safari», señorita Grayson.

—No vamos a cazar fieras...

—Pero si unos fantasmas.

—En Rawhile no hay fantasmas, pudo asegurárselo. —Hebe tendió su mano—. Espero solucionar este misterio de una vez por todas —añadió.

—A mí también me interesa, créame. A propósito, una pregunta más.

—¿Si?

—Usted me ha enseñado una fotografía de Keyton Hall. ¿No tendrá por casualidad una fotografía de los Szárodny?

—No se me había ocurrido... Sí, tengo una en casa...

—Póngala en su bolso cuando salga de viaje —pidió él.

—De acuerdo.

La muchacha se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió sonriente hacia Wilkins.

—Usted se llama Ralph, creo.

—Si...

—Mi nombre es Hebe, recuérdelo.

—Uno de los varios nombres que los poetas aplicaron a nuestro satélite la Luna —dijo Wilkins—, Me gusta mucho..., Hebe.

—Gracias. Hasta la vista, Ralph.

Wilkins se quedó solo y más satisfecho de lo que había pensado

en un principio. Sentía curiosidad por iniciar aquella nueva aventura. Además, y fue algo que recordó de pronto, tal vez podía localizar al espía alemán que ahora residía en Rawhile como un nativo más.

Una persona podría ayudarle, tal vez: Henrietta Morven.

Rawhile yacía sumida en un profundo silencio. Sólo algunos faroles disipaban parte de la oscuridad que reinaba en el ambiente.

No se veía un alma en la calle. En Rawhile, todo el mundo dormía.

Repentinamente, bien entrada la madrugada, se oyó un estentóreo alarido.

Era un grito horripilante, un sonido que no tenía nada de humano y que, con distintas variaciones de tono y volumen, se mantuvo casi durante un minuto. Luego se extinguió tan bruscamente como había empezado.

La gente se despertó sobresaltada. En el interior de las casas se formularon diversos comentarios. Algunos se asomaron a las ventanas, pero no vieron nada.

Volvió el silencio, sin que nadie pudiera comprender lo que había sucedido. No se veía a una persona extraña por la calle y a ningún vecino se le alcanzaba quién había podido proferir aquel grito escalofriante.

Poco a poco, volvió la tranquilidad. Cuando todos creían que ya no sucedería nada, se oyó un terrible chillido, esta vez salido de la garganta de una mujer.

Los vecinos que se asomaron a las ventanas de sus casas vieron, estupefactos, a una joven que corría frenéticamente por el centro de la calle, con una antorcha encendida en la mano. Los cabellos, sueltos, largos, ondeaban por el viento de la carrera.

—Vosotros me quemasteis en mi casa... Mi espíritu ha vuelto a la tierra para tomar venganza de los que me asesinaron...

La joven desapareció en pocos momentos, antes de que nadie tuviese la suficiente presencia de ánimo para salir a su encuentro. Sin embargo, los que contemplaron aquella singular escena, se dijeron que tardarían mucho tiempo en olvidar aquella mujer que corría desolada, vestida con unos ropajes rojos y amarillos, que

parecían llamas vivas al moverse durante su frenética carrera.

El suceso había causado una notable inquietud entre los habitantes de Rawhile. Algunos se vistieron y salieron de sus casas para averiguar lo ocurrido con más detalles. En pocos minutos, se formó un grupo de gente que comentaba excitadamente aquel extraño suceso.

—Era una broma de mal gusto —dijo uno.

—Alguien quiere burlarse de nosotros —añadió otro.

—Una asquerosa tomadura de pelo —calificó un tercero.

—Tendríamos que encontrar a la bromista y darle un escarmiento, para que no vuelva a molestar a las personas decentes...

—Algunas no son tan decentes —criticó Henrietta Morven desde la ventana de su casa.

—Será mejor que cierre el pico, señora... —rezongó alguien.

—¿Tiene miedo? —se burló ella—. Algunos si tienen motivos más que suficientes para sentir miedo, ¿no es cierto? ¿Doy nombres?

Un individuo se inclinó, agarró una piedra y, furioso, se dispuso a lanzarla contra la ventana, pero otro le sujetó por el brazo.

—Quieto, Evin Dougal —exclamó—. Puede que lo que dice Henrietta no sea agradable, pero tiene derecho a decirlo.

Dougal se desasíó con gesto brusco y lanzó la piedra a un lado.

—Son calumnias; yo nunca tomé parte en...

Henrietta soltó una risita burlona.

—Eran tres muchachas. ¿Cuál de las tres ha vuelto a hacerse visible?

Sherland Drummond, alcalde de Rawhile, trató de quitar dramatismo a la situación.

—Algún bromista ha querido divertirse a costa de algunos de los habitantes del pueblo —dijo—. No tomen la cosa demasiado a pecho; lo mejor será que todos se vayan a la cama y olviden lo sucedido.

—Pero esa mujer no era un fantasma... Muchos la hemos visto...

—Cuando corría, parecía que ardía viva —dijo otro, recordando el traje que llevaba puesto la joven.

—Ahora corría, porque su espíritu puede hacerlo. Entonces, no pudo correr —exclamó Henrietta.

—Será mejor que te calles —rezongó Drummond—. Henrietta, por favor, no atices el fuego... —El alcalde soltó una maldición; la frase era enteramente inoportuna en aquellas circunstancias—. Quiero decir que...

—Oiga, alcalde —intervino uno de los vecinos—, ¿y por qué no intentamos buscar a esa chiflada?

—Es de noche y hay poca luz...

—Aquí tenemos a un hombre acostumbrado a pelear en esas circunstancias, ¿no es cierto, Peter Drake?

El aludido se encogió de hombros.

—Han pasado ya muchos años. Si lo que pretenden es que salga a buscar un rastro, lo haré, pero no conciban demasiadas ilusiones. No soy un rastreador como los del Lejano Oeste y, además, si se trata de un espíritu, no pondrá los pies en la tierra.

Sonaron algunas risitas. Drummond puso una mono sobre el hombro de Drake.

—Peter, de todos nosotros, usted es el que tiene alguna experiencia, aunque hayan pasado tantos años. Haga lo que pueda, se lo suplico.

—Está bien, alcalde.

—Y los demás, todos a sus casas —ordenó Drummond imperativamente.

El grupo se disolvió lentamente, entre diversos comentarios de sus oponentes. Uno de ellos, Evin Dougal, se metió por una calleja, para llegar a su casa, situada al otro lado.

Caminó con prisas, volviendo la cabeza frecuentemente, como si temiera ser seguido por alguien. Allí sólo llegaba un débil resplandor procedente de la calle principal y las sombras eran negras y alargadas.

La puerta de su casa daba directamente al campo. Cuando doblaba la esquina, vio alzarse ante él súbitamente varias siluetas.

El miedo puso un nudo en la garganta. Quiso hablar, pero no pudo emitir el menor sonido.

Un hombre se le acercó. Sus ojos parecían despedir llamas de un fuego frío, diabólico. Dougal extendió las manos suplicantemente.

—Dejadme..., dejadme... —consiguió decir al fin, haciendo un gran esfuerzo—. Yo... no tuve nada que ver...

—Fuiste uno de los que pegaron fuego a la casa donde nos

abrasamos vivos. Ahora hemos vuelto para vengarnos de nuestros asesinos. Eras uno de los que más gritabas, ¿lo recuerdas?

—No..., no... Yo... quizá... aquella noche estaba bebido... No sabía lo que me hacía...

—Tienes que pagar tu crimen —dijo el hombre, a la vez que ponía una mano sobre la boca del aterrado individuo.

Dougal se sintió empujado hacia la pared. Las tres mujeres le rodeaban, mirándole con perversa expresión.

De pronto, Dougal vio brillar algo en la mano del individuo. Un objeto puntiagudo se apoyó en su pecho.

El cuchillo entró lentamente en la carne hasta el mango. Durante unos segundos, Dougal debatió frenéticamente en las convulsiones de la agonía, pero estaba firmemente sujeto y no pudo evitar su horrible final.

Momentos más tarde, el hombre y las tres mujeres desaparecían de aquel lugar. Nadie se enteró de lo sucedido, ni siquiera la señora Dougal que dormía en el primer piso de la casa.

La señora Dougal tenía el vicio de la bebida y se había acostado prácticamente embriagada; por ello no oyó nada ni se enteró de lo ocurrido. A la mañana siguiente, cuando despertó, sintió la boca reseca, como de costumbre, pero solucionó el problema arreándole un buen tiento a la botella.

Luego se levantó, rascándose los costados con ambas manos. Fue al lavabo y salió al poco, atusándose las greñas maquinalmente.

Su esposo no estaba en la cama. Se habría levantado antes que ella, supuso. Maldijo entre dientes; aquella mañana. Evin no había puesto a calentar el agua para el té.

—¿Adónde se habrá ido ese bastardo? —masculló.

Era todavía temprano relativamente y decidió asomarse a la ventana para ver si estaba por alguna parte de las inmediaciones. A lo mejor, pensó, se había ido de «caza» al gallinero de un vecino, como hacía en ocasiones...

Junto a la puerta de la casa, había encastrada en la pared una anilla de hierro, que antiguamente se utilizó para atar las caballerías. Ahora había servido para sujetar el cuerpo del hombre que estaba de pie, con la cabeza hacia adelante y los brazos colgando laciamente a lo largo del cuerpo.

La cuerda le pasaba por debajo de los sobacos y le mantenía casi

completamente erguido. Silma Dougal vio el enorme charco de sangre que había a los pies de su marido y empezó a gritar.

WILKINS se relajó en su asiento y encendió un cigarrillo. A su lado, Hebe conducía con tranquila pericia un cómodo Ford Granada, en el que ella había decidido viajarían a Rawhile. Wilkins se sentía encantado, porque ello le permitiría disfrutar del paisaje, sin estar sujeto a la tensión de atender al manejo del coche.

—¿Cuántos días le han concedido de permiso? —preguntó ella repentinamente.

—Oh, no tengo plazo límite... aunque se supone que soy hombre prudente y no me tomaré cinco a seis años de vacaciones.

—No vamos a una isla desierta, precisamente.

—Esa es la lástima.

—Ah, le gustaría pasar una temporada en una isla desierta...

—No me importaría, Hebe.

—Pero con todas las comodidades posibles.

—No vaya a creerse... Con tal de tener lo suficiente para comer y un techo como abrigo, me consideraría más que satisfecho.

—Envidia a Robinson, sin duda.

—Desde luego que no. Catorce artos son muchos, Hebe, y eso de tener como compañía solamente a un loro y a un negro, no es demasiado atractivo.

—Si le dijeran de ir a una isla desierta, ¿qué se llevaría consigo?

—Como no me lo van a decir, no lo he pensado...

—¿Libros, tal vez?

—Antes pensaría en otra cosa.

—¿Por ejemplo?

—Usted.

Ella lanzó una ligera risita.

—Ah, le gustaría estar conmigo...

—O con otra parecida; no haría demasiados distinguos.

—Es decir, sin una mujer a su lado, no se iría a una isla desierta.

—En caso de naufragio, me resignaría. Si me lo ofrecieran, dándome un buen premio, pediría, naturalmente, agradable compañía.

—Sexo, siempre sexo... Los hombres no saben pensar en otra cosa —dijo Hebe desdeñosamente.

—Quizá somos en esto más sinceros que las mujeres. ¿No ha pensado usted nunca en ese tema?

Hebe fue a dar una respuesta inmediata y hasta abrió la boca, pero se contuvo rápidamente. No obstante, al cabo de unos segundos, dijo:

—Entiendo que ese... tema es necesario para la... propagación de la especie, pero nada más.

—En tal caso, cuando me manden a una isla desierta, si tengo que elegir pareja, no la invitaré a usted.

—No aceptaría tampoco, Ralph.

Wilkins soltó de pronto una carcajada. Ella volvió la mirada un instante, muy sorprendida.

—¿De qué se ríe? —preguntó.

—Tiene gracia... Empezamos hablando del viaje a Rawhile, usted dijo que no íbamos a una isla desierta y hemos terminado haciendo comentarios sobre el sexo.

—Una bonita colección de despropósitos —dijo ella secamente.

—Es un tema tan viejo como la humanidad y que sólo dejará de ser actual el día del Juicio Final, no le dé más vueltas. Pero podemos hablar también de otras cosas.

—Estoy deseándolo —confesó Hebe.

—Usted dijo que tenía una fotografía de los habitantes de Keyton Hall. ¿Se acordó de traerla?

—Ahí, en el asiento de atrás, está mi bolso. Ábralo y saque el sobre que verá en su interior —indicó la muchacha.

Wilkins hizo lo que le decían. Sacó la fotografía del sobre y estuvo contemplándola largamente, en silencio, sin pronunciar una sola palabra.

—Y bien —exclamó ella, impaciente—, ¿No tiene nada que decir?

—Sí. Yo diría que esta fotografía se la hicieron más bien a usted

que a las otras chicas.

—Es cierto —admitió Hebe—. Szárodny dijo aquel día que quería tener un recuerdo mío. Estaba muy agradecido a mi familia, por haber consentido en alquilarle Keyton Hall, un lugar tranquilo que, en algunos aspectos, le recordaba a la casa de su Hungría natal. Yo no vi inconveniente y acepté posar para él. Más tarde, me envió la fotografía...

—Sus sobrinas se situaron en grupo detrás de usted, un poco a su derecha.

—Así aparecen en la fotografía, desde luego. Supongo que estaban allí contemplando la escena, como suele ocurrir en casos semejantes.

—A usted la tomó de medio cuerpo para arriba, casi un primer plano. Ellas aparecen enteramente, a pocos metros de distancia.

—Sus rostros se ven perfectamente. ¿No parecen, como le dije, tres gotas de agua?

Profundamente preocupado, Wilkins hizo un gesto de asentimiento.

—Sí... Son ellas, son ellas —añadió a media voz.

—¿Cómo dice?

—Hebe, no hay duda alguna. Muchos podrán decir que los cuatro Szárodny murieron la noche en que se quemó Keyton Hall, pero, mientras viva, yo sostendré siempre que fueron ellas las que vi la noche en que Reutle fue asesinado —dijo el joven con firme acento.

Los edificios de Rawhile se divisaban ya entre los árboles. Al salir de una curva. Hebe divisó a un hombre que se disponía a cruzar la carretera. La distancia era muy corta y ella tuvo que pisar el freno a fondo, para evitar el atropello.

El coche se detuvo a pocos pasos del individuo, quien se volvió para mirar coléricamente a la conductora.

—Podía tener un poco más de cuidado, señora —dijo malhumoradamente—. Ha estado a punto de enviarme al infierno...

—Lo siento, señor —se disculpó Hebe, asomando la cabeza por la ventanilla—. Estamos demasiado cerca de la curva... De todos modos, no iba a mucha velocidad; en caso contrario, si se habría

producido el atropello.

Hebe apreció que el sujeto llevaba colgado del hombro un viejo fusil de guerra. Wilkins se asomó por la ventanilla de su lado.

—¿Va a empezar a tiros con nosotros, señor Drake?

El sujeto dio un respingo al sentirse reconocido. Alargó el cuello y vio al joven.

—Ah, es usted —dijo.

—Volvemos a encontrarnos, señor Drake —sonrió Wilkins—. ¿Ha salido de caza?

—Sí, voy a ver si encuentro a un peligroso asesino.

—¿Le han encomendado encontrar al asesino de Reutle?

—Esta vez se trata de otra víctima: Evin Dougal —contestó Drake.

Wilkins se quedó parado. Luego, reaccionando, abrió la portezuela del coche y se apeó.

—¿Puedo saber lo que ha sucedido?

—Ya lo ha oído. Hace dos noches, se produjo otro asesinato. El alcalde me ha encomendado que dé batidas por los alrededores, para ver si encuentro algunos rastros, cosa que dudo mucho, pero, en fin, tampoco puedo negarme a colaborar con mis vecinos.

—No tenía la menor noticia...

Drake soltó una amarga carcajada.

—Estos sucesos no merecen la atención de los periódicos importantes —respondió—. ¿A quién le importa que muera un lugareño, aunque sea, como dicen algunos, asesinado por los espíritus de unas personas que murieron abrasadas hace algunos años?

—¿Eso es lo que piensa la gente de Rawhile? —sonó de pronto la voz de Hebe.

Drake se volvió hacia la muchacha, que acababa de apearse del automóvil, atraída por la curiosidad. Wilkins se creyó en el deber de hacer las presentaciones.

—La señorita Grayson, propietaria de Keyton Hall. Peter Drake...

El hombre se descubrió, cortés.

—Tanto gusto, señorita —saludó.

—Es un placer —respondió ella.

—La dueña de Keyton Hall... —dijo Drake pensativamente—.

No esperaba verla por aquí, lo digo con sinceridad.

—Tengo algunos asuntos que resolver con respecto a mi propiedad. El señor Wilkins me acompaña...

—Soy su asesor legal —intervino el joven rápidamente, a fin de no delatar el verdadero objeto de su viaje a Rawhile. Esperaba que Hebe colaborase en aquella pequeña mentira; a fin de cuentas, ella tampoco había dicho la verdad sobre el tema.

—Entiendo. Bien, yo poca cosa puedo decirles... salvo que el asesino tuvo un detalle verdaderamente siniestro: dejó en pie al cadáver del pobre Dougal, atado por los sobacos a una anilla de hierro que había en la pared de su casa.

—¿Eso hizo? —se horrorizó la muchacha.

—Lo vimos bastantes, señorita. No estoy contando una fábula.

—Hombre, a propósito de fábulas... ¿Fue alguno de los espíritus de Keyton Hall? —preguntó Wilkins incisivamente.

Drake le dirigió una larga mirada.

—Los espíritus pueden matar de miedo, pero nunca usan cuchillos —repuso.

Hebe sintió un escalofrío.

—Entonces, usted no cree...

—Yo sólo creo en las cosas naturales, señorita. —Sin descolgar el rifle, Drake dio una palmada en la culata—. Esto, por ejemplo —añadió.

—Habrà una investigación oficial, supongo —dijo Wilkins.

—Si quiere saber más detalles, hable con Sherlan Drummond, el alcalde.

Drake se disponía a reanudar la marcha, cuando, de pronto, se detuvo y volvió a mirar al joven belicosamente.

—¿Piensa ver de nuevo a Henrietta? —preguntó.

Wilkins se puso rígido.

—No creo que eso sea cuenta suya, señor Drake —respondió—. Y, si tiene buena memoria, recordará que ya le di mí respuesta adecuadamente hace algunos días.

Drake apretó los labios, pero no dijo nada, limitándose a tocar el ala del sombrero con dos dedos, a modo de saludo. Echó a andar y desapareció entre la espesura del bosque cercano.

Volvieron al coche. Hebe lo puso otra vez en marcha.

—¿Quién es esa tal Henrietta, Ralph? —preguntó con aire

intrascendente.

—La dueña de una taberna, que también alquila habitaciones —explicó él—. Me hospedé en su casa la noche que tuve que quedarme en Rawhile. Drake, al parecer, es su pretendiente.

—Y siente celos —sonrió Hebe.

—Eso parece.

—Pues no es un jovencito precisamente, aunque se conserva muy bien. Ya debe de tener más de cincuenta años... ¿Qué edad tiene esa Henrietta?

—Oh, algunos más que yo, dos o tres.

—¿Treinta y...?

—No creo que pase de los treinta y cuatro. Pero Drake no tiene motivos para sentirse celoso, al menos, por mí.

Era una mentira descarada, pero si no decía la verdad a Drake, menos iba a contársela a la muchacha. Además, era un asunto solamente propio de Henrietta y él.

—Por cierto —dijo, pasados algunos momentos—, no la he preguntado dónde piensa hospedarse. Ahora que no tiene casa...

—Los dueños de la posada son amigos de mi familia. Ya les avisé por teléfono. También reservé una habitación para usted...

Wilkins hizo una mueca de desagrado.

Era un contratiempo inesperado, ya que había pensado alojarse nuevamente en casa de Henrietta. Pero todo tenía solución, se dijo.

Un minuto después, el coche se detenía ante la posada. Antes de apearse, Wilkins dio un último consejo a la joven.

—Si conoce a los dueños, trate de conseguir el máximo de información posible —dijo.

—Es lo que pensaba hacer —respondió Hebe sencillamente.

La taberna iba a ser cerrada ya y el recién llegado puso una mano en la hoja de la puerta que giraba al impulso que le daban desde dentro.

—Primero, déjame pasar; luego, cierra, Henrietta —dijo Wilkins. Ella alargó un poco el torso y sonrió al reconocerle.

—Sé que estabas en el pueblo, pero, francamente, no creí que vinieras a verme, ya que has llegado en compañía de la dueña del Keyton Hall.

—Las noticias corren aquí rápidamente, ¿eh?

Henrietta pasó detrás del mostrador y destapó una botella.

—No es una gran urbe —contestó irónicamente—. Pude ver a la chica; es muy guapa.

—No pienses mal de nosotros. Yo sólo soy su asesor legal.

—Eso significa que ha venido a Rawhile por asuntos de su propiedad.

—Algo por el estilo.

Wilkins levantó su vaso.

—Salud, Henrietta. ¿No me acompañas?

—Más tarde... es decir, si te quedas.

—A menos que venga Peter Drake con su rifle, me quedaré.

Ella hizo un gesto de desagrado.

—No me gusta ese tipo —manifestó.

—Tiene muy mal genio, ¿verdad?

—Además, me dobla la edad.

—¿Ya tiene setenta años?

—Por ahí anda la cosa —respondió Henrietta—. Y aunque fuese mucho más joven; no tengo ganas de liarme otra vez con un hombre. De un modo definitivo, claro.

—Tu matrimonio no resultó bien.

Henrietta aspiró profundamente el aire, a fin de hacer resaltar las sólidas curvas de su poderoso busto.

—¿No tengo algo que enloquecería a cualquier hombre? —exclamó, orgullosa de sí misma.

—No se hizo la miel para la boca del asno —dijo Wilkins, filósofo.

—Fui una margarita echada a un puerco —rió ella. De pronto, salió del mostrador, se agarró al brazo del joven y le miró ardientemente—. ¿Por qué perdemos el tiempo en una charla estúpida? —agregó, provocativa.

Wilkins dejó el vaso sobre el mostrador.

—Seguiremos hablando más tarde —propuso.

VII

Capítulo

TENDIDO de espaldas en el lecho, Wilkins encendió un cigarrillo y Henrietta se lo quitó suavemente. Tuvo que encender otro y fumaron en silencio durante unos momentos.

—¿Qué se sabe del asesinato de Dougal? —preguntó él de sopetón.

—Ah, ya te has enterado...

—No en la posada de los MacGregor, precisamente. Nos lo dijo el mismo Drake.

—¿Dónde lo viste?

—En la carretera. Se cruzó delante de nuestro coche y estuvimos a punto de atropellarlo. Luego charlamos un poco... y surgió el tema.

—Fue algo horrible. Su mujer se lo encontró por la mañana, atado a la anilla que hay en la puerta de su casa.

—Sí, algo nos contó Peter. ¿Qué se dice sobre el particular?

—Algunos creen realmente en los espíritus de los Szárodny, que han vuelto para vengarse.

—¿Tú también?

Henrietta hizo un gesto negativo.

—No, pero...

—Sigue, no te pares.

—Antes de que muriese Dougal, sucedió algo muy extraño. Unos gritos despertaron a todo el pueblo. Nadie pudo ver nada por el momento, pero más tarde, cuando ya volvía la calma...

Henrietta relató el extraño suceso que había tenido como protagonista a una mujer que vestía unos ropajes que parecían de fuego. Luego añadió:

—Fue una visión muy fugaz, pero creí reconocerla.

—¿De veras? ¿Quién era?

—Una de las tres... Supongo que sabes que eran trillizas.

—Sí, lo sé.

—Era una de ellas... o alguien que se les parecía muchísimo. No había demasiada luz, por otra parte.

—Drake nos dijo que los fantasmas no emplean cuchillos para matar a la gente.

—Eso es lo mismo que pienso yo... pero...

Wilkins advirtió que Henrietta se mostraba dubitativa, irresoluta, como si temiera confesar sus verdaderos pensamientos.

—No estás segura de un modo absoluto de lo que viste —adivinó.

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Tal vez... los fantasmas le hicieron apuñalarse a sí mismo...

—¿Se encontró el arma homicida?

—No, no ha aparecido. Pero el forense dijo que la herida tenía las mismas características que la que causó la muerte a Jonah Reutle.

—Por lo que sé, ambos tuvieron algo que ver con el incendio que destruyó Keyton Hall. ¿Qué opinas tú, Henrietta?

—Fueron muchos. Si los fantasmas de los Szárodny quieren vengarse, tendrían que matar a la mitad de los hombres de Rawhile.

—No hay tantos...

—Cuatrocientos habitantes, la mitad más o menos, hombres. La mitad de doscientos hombres, son cien...

—¿Tantos intervinieron en el suceso? —se extrañó Wilkins.

—Era sólo una cifra estimativa. No fueron tantos, desde luego, pero si bastantes... veinticinco, treinta, no lo sé con seguridad. Una cosa es segura: Reutle y Dougal fueron los que más se distinguieron.

—Y han pagado ese crimen con sus propias vidas.

Wilkins decidió que era hora de cambiar de tema. Henrietta se sentía profundamente inquieta y pensó que tendría tiempo para continuar nuevamente la conversación y obtener más detalles.

—¿Quién es Drake? —preguntó bruscamente.

—Si te refieres a lo que hace, te diré que nada. Cobra una pensión como retirado, no sé de qué organismo.

—Fue soldado, creo.

—Sí, pero de eso hace ya muchos años. Ahora no hace nada,

excepto pasear continuamente por el campo.

—De caza, supongo.

—Unas veces sí y otras veces no. A mí me pretende, desde luego, pero no le acepto en absoluto. Aparte de la edad, es un tipo violento, de genio muy vivo. Vivir con él sería un infierno.

—¿Es de Rawhile?

—Sí. Se fue a la guerra muy joven; luego volvió, pero se marchó antes de un año. Ahora ha regresado hará cosa de seis o siete meses. Desde luego, no trabaja; tampoco es muy bebedor, sin embargo, resulta simpático...

Henrietta dejó el cigarrillo casi consumido en un cenicero próximo y luego se volvió hacia el joven y le abrazó apasionadamente.

—Pero menos que tú —añadió con cálido acento—. En realidad, la comparación resulta odiosa.

Henrietta estaba ahora casi encima de él y le paseó la mano por la espalda. Ella se estremeció fuertemente.

Luego buscó su boca con avidez que no tenía nada de fingida.

Cuando se sentó frente a Hebe, en la mesa donde ambos iban a tomar el desayuno, en el comedor de la posada, ella alargó el cuello para mirarle a la cara.

—Está ojeroso —dijo—. ¿Ha pasado mala noche?

—No, en absoluto.

—Entonces, ha sido una noche muy placentera.

—¿Le importaría, si fuese cierto?

Hebe hizo un gesto displicente.

—Es usted muy dueño...

—No sea puritana, ni tampoco mal pensada —le respondió él—.

A veces uno duerme mal, por falta de sueño, eso es todo.

—He oído comentarios acerca de la señora Marven —manifestó Hebe.

—¿Puedo oírlos o son irreproducibles?

—No le hacen mucho favor, a decir verdad.

—Los comentarios, a mi entender, pueden ser de dos clases: expresión de opiniones o relato de hechos ciertos. Lo primero es discutible: lo segundo se debe probar o entonces ya se llega a la

calumnia y la difamación. ¿A qué clase de comentarios pertenecen los que usted ha oído?

Hebe se quedó cortada, mientras él la miraba maliciosamente. Al cabo de unos segundos, la muchacha reaccionó y dijo:

—Prefiero no repetirlos, aunque no impediré que usted se imagine lo que esté más de acuerdo con su opinión acerca de esa dama.

—Sí, ya dijo alguien que el pensamiento es libre —respondió él con sorna—. En fin, dejemos a un lado a la señora Marven y concentrémonos en nosotros mismos y en lo que hemos venido a hacer a Rawhile. ¿Cuáles son sus planes para esta radiante mañana de finales de junio?

—Me gustaría volver a Keyton Hall, es decir, lo que queda de la casa.

—Es una idea excelente. Iremos en cuanto hayamos terminado de desayunar.

Wilkins demostró tener un apetito excelente y despachó sin remilgos cuanto les sirvió la camarera, una rolliza joven de unos veinticuatro años, llamada Maud y que resultó ser hija de los dueños de la posada. Al terminar, se reclinó satisfecho en la silla y se paseó la mano por el vientre.

—Mi estómago se siente sumamente agradecido a las exquisiteces de la cocina de su casa, señorita MacGregor —dijo.

Maud emitió una risita.

—Se lo diré a mi madre, señor Wilkins —contestó—. ¿Desea algo más?

—No, muchas gracias. Quizá la señorita...

Hebe se puso en pie.

—He desayunado estupendamente —declaró—. Voy a mi habitación a ponerme ropa apropiada; estaré lista dentro de diez minutos.

—Muy bien, aquí le esperaré.

Maud se marchó y volvió al poco para retirar el servicio. La joven vestía una blusa muy ceñida y de gran escote, y se inclinó deliberadamente hacia el huésped, acercándosele de una forma harto provocativa.

—¿Van a estar mucho tiempo en Rawhile, señor Wilkins? —preguntó.

—No puedo responderle, Maud; depende, en todo caso, de la señorita Grayson. Es, digamos... mi jefe.

—Ah, comprendo... Pero sé que ella estuvo anoche hablando mucho rato con mi padre.

—Sería una conversación muy interesante, supongo.

—No lo sé, yo no estaba presente. —Maud se acercó más al joven—. Sin embargo, sé de qué hablaron... y también sé algunas cosas que mi padre ignora.

Maud se había aproximado mucho a Wilkins, simulando estar atenta a la recogida del servicio. Uno de los bamboleantes senos de la joven rozó la mejilla de Wilkins.

—Podría contárselas en otro momento... —añadió Maud.

Wilkins decidió hacer una prueba y metió la mano por debajo de las faldas de Maud. Ella no protestó, ni siquiera cuando Wilkins la pellizcó suavemente por encima de las bragas.

—Buscaremos el lugar y la ocasión propicios, ¿no le parece? —dijo él.

Maud inspiró con fuerza y movió el torso con cierta brusquedad, volviendo a golpear a Wilkins en el rostro con sus senos.

—Lo encontraremos, no le quepa duda —respondió.

Wilkins retiró la mano, Maud se marchó, con gran contoneo de caderas y él quedó en la mesa, con un cigarrillo encendido, contemplando con aire especulativo a aquella provocativa joven, cuyas intenciones eran fáciles de adivinar.

Resultaría una entrevista muy interesante, se dijo, aunque debería tener cuidado. Maud era una chica soltera y vivía con sus padres, en tanto que Henrietta tenía seis o siete años más y era divorciada, lo cual significaba que nadie tenía responsabilidad de sus acciones sino ella misma. Pero, insistió para sí, la entrevista con Maud podría resultar sumamente interesante.

«Por todos los conceptos», añadió mentalmente.

Hebe bajó poco después, ataviada con una blusa liviana, pantalones y zapatos de lona.

—Es lo mejor para caminar por el campo en esta época —dijo.

—Ah, tiene usted toda la razón del mundo...

—Sin embargo, iremos en coche hasta las inmediaciones de mi casa, perdón, de lo que queda de mi casa.

Wilkins hizo un amplio ademán con el brazo.

—Usted da las órdenes y yo obedezco —respondió galantemente.

Ella le miró con recelo, pero no dijo nada. Momentos después, estaban en el coche, que Hebe hizo arrancar de inmediato.

A una milla del pueblo, había un camino que se separaba oblicuamente de la carretera. Hebe se dispuso a tomar aquella ruta, pero Wilkins puso una mano en su brazo.

—Pare, por favor.

Ella frenó en el acto.

—¿Qué sucede, Ralph?

—Este es el camino que lleva directamente a Keyton Hall, supongo.

—Si, en efecto.

—En tal caso, le sugiero que sigamos la ruta que hice yo después del accidente, es decir, desde el punto donde acampé aquella noche antes de que me despertasen los cánticos de la mujer asesina. Puede dejar el coche en la carretera y luego seguiremos a pie. Total, son quinientos metros como máximo...

—No hay inconveniente —accedió Hebe.

Maniobró para situarse de nuevo en la carretera y luego lanzó el coche hacia adelante. Antes de cubrir las dos millas siguientes, Wilkins hizo un gesto con la mano.

—¡Aquí! —exclamó.

Seguido por la muchacha, Wilkins descendió lentamente por la suave cuestecilla por donde había bajado con el coche menos de dos semanas antes, tras salirse de la carretera. No tardó mucho en encontrar el arbusto que había atropellado y en el cual se apreciaban todavía claramente huellas del paso del vehículo.

Un poco más adelante, estaba el roble solitario que había podido esquivar milagrosamente. A quince o veinte pasos más, se veía la zanja en la que el automóvil se había detenido, tras una irrefrenable carrera.

Wilkins encontró bien pronto no sólo rastros del accidente, sino de la grúa que había usado MacTraugh para remolcar el coche. Luego señaló un punto con la mano.

—Acampé ahí, aproximadamente —dijo—. Fíjese en ese

bosquecillo que tenemos a la derecha. Al otro lado es donde ocurrió el crimen.

—Usted dice que acampó aquí y que no encontró ningún rastro a la mañana siguiente. ¿Ni siquiera las cenizas de su hoguera? —preguntó ella críticamente.

—Debieron de limpiar todo muy bien —se justificó él.

—¿Cómo, Ralph?

—No lo sé —contestó Wilkins, un tanto irritado—. Echarían agua primero, luego barrerían minuciosamente el suelo...

—La hierba se quedaría quemada, supongo.

—Repito que no encontré rastros. Mire, hay algunos pequeños calveros. Todos aparecen sin señales de que haya encendido ningún fuego. Cuando yo encendí mi hoguera, no me fijé demasiado en el suelo; sólo procuré no estar cerca de algo que pudiera correr peligro de arder con daño para otras personas o propiedades. Compréndalo, uno acampa en un lugar agradable, aunque no haya sufrido un accidente de coche, pero lo que nunca espera es ser despertado por una mujer desnuda que canta una extraña canción ni ser luego testigo de un asesinato ritual, ni... En fin, usted ya conoce los hechos y puede figurarse cómo me sentía yo a la mañana siguiente.

—Está bien, acepto sus explicaciones —sonrió Hebe—. ¿Y después?

—Voy a tratar de reproducir los movimientos que hice una vez me hube despertado primeramente. Venga conmigo, por favor.

—Era de noche y usted no conocía el terreno...

—Había plenilunio. Se veía casi como si fuese de día. Además, acababa de despertarme y no tenía la vista influenciada por otras luces.

—Comprendo.

Caminaron con paso vivo, Wilkins atravesó el bosquecillo, que no media más de cien metros de anchura, y llegó a la explanada de suave pendiente, en cuya cumbre, a unos ciento cincuenta pasos, había estado Keyton Hall. Entonces, se detuvo y golpeó el suelo con un pie.

—Aquí fue —dijo.

—¿Seguro?

Wilkins señaló un copudo roble que había a muy poca distancia.

—Recuerdo ese árbol perfectamente. Ellas no estaban a más de

diez o doce metros.

—Y usted, aquí...

—Justo en la linde del bosque, pero fuera, de modo que alguien me vio y decidió atacarme por detrás.

—Szárodny no sería; está muerto.

—Si sus sobrinas murieron, ¿quiénes era las tres desconocidas, de rostros tan semejantes, que vi aquella noche?

Hebe hizo un gesto con las manos.

—Reutle apareció muerto, con una horrible herida en el pecho, causada por un arma de grandes dimensiones, la misma, según el forense, que fue empleada en el asesinato de Evin Dougal. Estos son hechos que no admiten discusión. Pero ¿quién fue el autor?

—¿Se ha preguntado también los motivos de esas dos muertes?

—Sí, pero ¿cuáles pueden ser, a su entender, Ralph?

—Los Szárodny murieron carbonizados en el incendio de la casa —respondió él—. Alguien tiene interés en tomarse una venganza personal, y para ocultar su verdadera identidad, hace creer que los espíritus de los Szárodny andan por ahí desquitándose de aquel crimen.

—Una opinión muy aceptable —convino Hebe.

—Cierto, pero las mujeres que yo vi se parecían extraordinariamente a las trillizas Szárodny —alegó el joven.

—Usted las vio durante muy poco tiempo. Ahora «cree» que fueron ellas, pero no estuvo contemplándolas diez o veinte minutos seguidos... y, además y pese a todo, la luz era deficiente. No, sinceramente, no creo que esa familia haya resucitado. Y mucho menos que sus espectros anden por ahí acuchillando salvajemente a las personas. Son otros...

—Usted debe saber algo. Anoche estuvo hablando mucho rato con el señor MacGregor.

—Sí —admitió Hebe—. Me contó muchas cosas interesantes y también me dio algo muy importante.

—¿Puedo saber qué es?

—Una lista de las personas que más se distinguieron en el asalto a Keyton Hall —respondió la muchacha, a la vez que echaba a andar con paso resuelto.

—¿Adónde vamos? —preguntó Wilkins.

—Cuando era niña, y también una adolescente, pasaba muchas

temporadas en una casa que ya no está. Quiero ver lo que queda de un lugar que tiene tantos recuerdos para mí.

—Agradables para usted; amargos para otros muchos.

Hebe hizo un signo de aquiescencia, sin dejar de caminar. Pocos momentos después, llegaban a un lugar absolutamente liso, de forma rectangular, cuyos bordes, se veía con toda claridad, eran los cimientos de piedra de la casa que había pertenecido a la familia de la joven y en la que había perecido de horrible manera un hombre y tres mujeres.

EL suelo, en el lugar que antaño ocupara la casa, estaba completamente liso y ya empezaba a crecer los hierbajos y plantas silvestres. Wilkins se acucilló y, con la mano, rascó la tierra un poco, hasta que vio aparecer algo negruzco. No podían caber dudas del incendio.

—La casa, supongo, sería de madera —dijo al cabo de unos minutos.

—En su mayor parte, aunque tenía el armazón de hierro. Pero las vigas, tirantes y demás, se los llevó un chatarrero. Hizo una oferta a mi padre...

—Es muy curioso —dijo él—. ¿Por qué no reconstruyeron el edificio?

—¿Quiere saber la verdad?

—Si no es indiscreción...

—En aquella época, mi padre pasaba ciertos apuros económicos. Ciertamente, el seguro pagó una indemnización, pero era una póliza muy antigua y el valor de la casa se había depreciado bastante.

—Su padre, sin duda, no se había ocupado de actualizar la póliza.

—No. Hace ya algunos años que no veníamos a Rawhile. Tampoco, por otra parte, esperaba que se produjese una tragedia semejante. En fin, el dinero que le pagó el seguro le sirvió para remontar aquel bache y después, ya no se ha sentido con ánimos para construir de nuevo una casa en un lugar al que ya no hemos de venir a pasar las vacaciones o fines de semana.

—Completamente lógico —admitió Wilkins—. Sin embargo, a mi me gustaría saber cómo pude ver una casa que no existe. Hebe, le juro por la más sagrado que es cierto; yo vi su casa y era idéntica

a la que había aquí antes del incendio.

—Resulta inexplicable —dijo la muchacha—. Si he de darle crédito, ¿de dónde salió aquella casa que ahora no está?

Wilkins emitió un largo suspiro.

—Yo podía haber soñado aquellas escenas, dejando aparte la realidad de la muerte de Reutle. Pude ver una casa en sueños, pero... ¿por qué iba a ser precisamente la misma que se quemó, si nunca la había visto antes?

Hubo unos momentos de silencio. Luego, Wilkins se volvió hacia la muchacha.

—Dijo que MacGregor le había dado una lista de las personas más comprometidas en el incendio —exclamó.

—Sí, es cierto.

Hebe llevaba un bolso de lona colgado del hombro y sacó un papel de su interior, que puso en manos del joven.

—Aquí tiene, Ralph.

El joven paseó su mirada por la serie de nombres escritos en el papel. De pronto, puso el índice sobre uno de ellos.

—Ben MacTraugh —dijo—. Tenía motivos para sentirse aterrado cuando conoció la noticia de la muerte de Reutle.

—¿Cómo lo sabe, Ralph?

—Es el mecánico que reparó mi coche. Estábamos juntos cuando la viuda de Reutle empezó a gritar en medio de la calle. Ben salió a enterarse de lo que pasaba, yo ya lo sabía, claro, aunque no había dicho nada, y volvió temblando como un azogado y sin sangre en la cara. Le vi entrar en su despacho y tomarse un trago. El whisky le resbaló por la barbilla...

—Debía de estar muy asustado —supuso Hebe.

—No puede darse una idea. Lo peor de todo, según se mire, claro, es que no me he atrevido a preguntarle nada a la señora Morven sobre el particular.

—¿Por qué tendría que preguntarle a esa mujer? —se asombró ella.

—Es hermana de Ben. Morven es el apellido de su ex marido.

—Debería hablar con ella y dejarse de remilgos, Ralph.

—Sí, lo haré.

Había otros nombres en la lista, que Wilkins guardó en uno de sus bolsillos, mientras echaba a andar hacia el otro lado de la casa.

Rebasó el borde de los cimientos, dio unos cuantos pasos más y se asomó a la pendiente que finalizaba en el arroyo situado a unos treinta o cuarenta metros de distancia y, aproximadamente, quince más abajo que el nivel de la explanada donde había sido edificada la casa.

Abundaban allí los arbustos y los matorrales y había muchos árboles en las orillas del arroyo, que describía una amplia curva por lo que era la base de la colina de poca altura. Wilkins adivinó que el riachuelo pasaba por las inmediaciones del lugar donde había acampado aquella trágica noche.

Era un arroyo de bastante caudal y, en aquella época, resultaba muy agradable de ver e incluso pasear por sus orillas. Pero, de pronto, se dio cuenta de cierto detalle que le había pasado por alto hasta entonces.

—Hebe —se volvió hacia la joven.

—Dígame, Ralph...

—Usted vivió en Keyton Hall muchas temporadas. Disponían de luz eléctrica, supongo.

—No había problemas en ese sentido. Teníamos un tendido que empalmaba con la línea general, pero después del incendio, la compañía al enterarse de que mi padre no pensaba reconstruir la casa, hizo retirar las instalaciones. Pero eso no tiene nada de anormal, creo.

—No, en absoluto. Sin embargo, disponían de luz. ¿Y agua?

—Teníamos en abundancia. Nunca faltaba...

—¿La subían en cubos desde el arroyo? Porque una tubería desde el pueblo habría resultado carísima no sólo de construir, sino de mantenimiento.

—La verdad es que no sé cómo contestarle —dijo ella—. Creo que había una bomba, una toma de agua en el arroyo... Si le parece, le preguntaré a mi padre por teléfono; él está mucho más enterado del asunto.

—Sí, hágalo —aconsejó Wilkins.

—¿Cree que puede ser un detalle de interés?

—Si tenían agua corriente y llegaba desde el arroyo, se necesitaba una bomba que, seguramente, funcionaría por electricidad. No creo que la bomba estuviese en el ático; más bien se hallaría en un sótano, desde donde la impulsaría a un depósito

superior, del que luego se distribuiría a la cocina y las otras habitaciones por simple gravedad. Pero lo lógico es que esa bomba estuviera en un sótano...

Hebe, desconcertada, miró a su alrededor.

—Había un sótano, lo recuerdo muy bien, aunque yo estuve en él muy pocas veces y apenas recuerdo detalles.

—No se ve la entrada —observó Wilkins.

—Esperemos a la noche. Hablaré con mi padre, es lo mejor.

—Muy bien.

—Ralph, ¿cree que puede ser un detalle interesante?

Wilkins no contestó. De pronto, extendió una mano y agarró el brazo de la muchacha.

—Será mejor que guardemos silencio —dijo—. Ahí abajo veo a un individuo que está durmiendo apaciblemente y no me gustaría despenarlo.

Hebe dirigió la vista en aquella dirección y no tardó mucho en ver los pies de un hombre que salían de unos arbustos, situados a una docena escasa de metros.

—¿Durmiendo, a estas horas? —se extrañó—. Apenas son las diez de la mañana, Ralph.

—Uno duerme cuando tiene sueño —contestó él.

Súbitamente, Hebe echó a andar y empezó a descender por la pendiente a la vez que decía:

—De todos modos, está en mi propiedad, sin permiso, y no me gustan los extraños que invaden terrenos ajenos.

Wilkins la dejó actuar. Hebe dio la vuelta al matorral y se situó frente al durmiente.

—Oiga, amigo, despierte ya...

La voz de la muchacha se transformó inesperadamente en un agudísimo chillido de pavor.

—¡Ralph, está muerto!

Wilkins vio a Hebe retirarse vacilante, tambaleándose como si fuese a caer de un momento a otro, y se lanzó a la carrera cuesta abajo. Alcanzó a la muchacha y la sostuvo por la cintura, procurando que volviese la vista hacia otro lado.

Hebe temblaba convulsivamente. Wilkins contempló unos

instantes el cadáver que hasta entonces había creído durmiente y pudo ver la horrible herida que tenía en el centro del pecho, de la que había manado la sangre a torrentes.

Era un espectáculo horripilante. Las ropas del sujeto estaban completamente empapadas en sangre a partir del lugar de la herida. La muerte, calculó Wilkins, había debido producirse instantáneamente.

—¿Lo conocía, Hebe? —preguntó.

—Yo sí lo conocía —sonó de pronto una voz en las inmediaciones.

Asombrado, Wilkins se volvió, dándose cuenta entonces de la presencia de un hombre que se había acercado sin hacer el menor ruido. Instantáneamente, reconoció al sujeto.

—Señor Cheering...

El pastor, apoyado en un largo cayado, sonrió amargamente.

—Volvemos a vernos y en circunstancias poco agradables —dijo.

—Ese hombre ha muerto asesinado. Usted ha dicho que lo conocía.

—Se llamaba Néstor Hook. Era una buena persona, pero hace años, perdió la chaveta...

Sin dejar de sostener a la muchacha, Wilkins sacó la lista que ella le había entregado momentos antes y agitó el papel para desplegarlo.

—Fue uno de los que incendiaron la casa —dijo.

—Sí —admitió Cheering escuetamente. Miró a la joven—, ¿Quién es, señor Wilkins?

—Hebe Grayson, la propietaria.

—Oh... —Cheering se destocó cortésmente—. Lamento conocerla en estos momentos, señorita Grayson.

Ella se estremeció fuertemente.

—Ralph, quiero volver al pueblo... No me encuentro bien... —gimió.

—Nos iremos ahora mismo —contestó Wilkins—. Barry, más tarde me gustaría hablar con usted.

Cheering hizo un gesto de aquiescencia.

—Cuando quiera —respondió.

Wilkins empujó a la muchacha cuesta arriba. De repente, oyeron una voz que sonaba a la orilla del arroyo:

—Eh, ¿qué sucede ahí?

El joven se volvió. Drake, con su inevitable fusil al hombro, estaba al pie de la ladera, mirando hacia el lugar donde se hallaba Cheering, cuyo cuerpo tapaba el cadáver a los ojos del recién llegado.

—Hook ha sido asesinado —contestó Cheering.

Drake lanzó una maldición y echó a correr inmediatamente.

—Malditos... Otra vez ellos... —rugió.

Wilkins oyó aquellas palabras y se volvió.

—Señor Drake, ¿acaso piensa que son los espíritus de los Szárodny quienes andan por ahí clavando cuchillos a la gente?

El exsoldado se detuvo a pocos pasos del lugar donde se hallaba el muerto.

—Habría mucho que discutir ese tema —respondió.

—¿Si?

—Pero en otro momento. Barry, no se mueva de aquí —ordenó Drake perentoriamente—. Voy a avisar para que vengan a buscar el cuerpo de este infeliz.

Cheering no pudo evitar un comentario sarcástico:

—Te encargaron buscar a un asesino, pero, hasta ahora, no has encontrado sino cadáveres, Peter —dijo.

Drake apretó los labios.

—Encontraré al asesino y, por todos los diablos, en cuanto le tenga en la mira de mi fusil...

—Si dispara contra él, podría verse acusado de homicidio —advirtió Wilkins.

Drake sonrió aviesamente.

—Olvida usted la figura jurídica definida como legítima defensa —contestó—. Bien, Barry, haz lo que te he dicho; volveré lo antes posible.

—No te apresures demasiado; al pobre Néstor ya no tiene urgencias de ninguna clase —dijo Cheering burlonamente.

Drake se detuvo un instante, como si quisiera responder a las sarcásticas palabras del pastor, pero reanudó la marcha de inmediato y no tardó en desaparecer al otro lado de unos árboles. Wilkins dirigió la vista hacia Cheerong.

—Voy a acompañar a la señorita Grayson —dijo—. Hablaremos en otro momento, Barry.

—A su disposición, señor Wilkins.

El joven hizo un ligero apretón en la cintura de Hebe.

—Vamos, procura animarte. Los muertos impresionan, pero no causan daño a los vivos —dijo.

Ella respiró con fuerza.

—Ha sido una impresión horrible... Yo esperaba ver a un hombre dormido y me vi aquel cuerpo lleno de sangre...

—Pronto te sentirás mejor, aunque, desde luego, es un espectáculo que tardarás mucho en olvidar. Pero después de lo ocurrido, podíamos esperar algo por el estilo.

—¿Crees que..., que habrá más asesinatos?

Wilkins se detuvo un instante y miró hacia un punto determinado.

—Hace algunos años, cuatro personas sufrieron una muerte horrible. Yo no creo que sean sus espíritus, pero si hay alguien interesado en vengar aquellas muertes.

—En tal caso, podría decirse que los espíritus se han apoderado de la mente del asesino y le ordenan ejecutar la venganza desde el Más Allá.

—Si admitimos la intervención de lo sobrenatural en algunos hechos físicos, sí, podría decirse algo semejante —contestó él—. Pero, aunque sea así, es preciso encontrar al asesino y evitar que siga cometiendo más crímenes.

Poco después, llegaban al coche. Hebe no estaba en condiciones, por lo que él se encargó de conducir el vehículo. Una vez llegados a la posada, dejó a la muchacha en manos de la señora MacGregor y se dispuso a salir, ya que quería hablar con cierta persona de un tema que había omitido mencionar en su última entrevista.

Capítulo IX

EN RAWHILE reinaba una lógica conmoción. Las gentes iban y venían de un lado para otro, casi alocadamente, sin orden ni concierto. Wilkins hizo caso omiso de la agitación y se encaminó directamente a la taberna de Henrietta.

La puerta estaba abierta, pero el interior se veía desierto. Henrietta no estaba a la vista y él la llamó con un poderoso grito.

Henrietta se hizo visible a los pocos momentos.

—¡Ralph! —exclamó—. ¿Qué haces aquí...?

—Tengo que hablar contigo —manifestó Wilkins.

—¿Más todavía? —sonrió ella.

—Anoche dejamos algunas cosas sin mencionar. Quiero que me respondas a unas cuantas preguntas.

Ella se envaró y dejó de sonreír en el acto.

—¿Qué derecho tienes para hacerme preguntas? —exclamó, enojada.

Wilkins la miró fijamente. De nuevo volvía ella a ser la mujer arisca y desabrida que había conocido primeramente y que sólo cambió al enterarse de que Ben le iba a reparar el coche. Resultaba lógico que nunca hubiera demasiados clientes en el local, se dijo.

—No tengo ningún derecho —dijo al cabo—, pero las haré, de todas formas. Y, a menos que tengas algo que ocultar, las contestarás.

—Suponiendo que conozca las respuestas.

—¿De qué tienes miedo? ¿Te consideras culpable de haber hecho algo dañino o de haber perjudicado gravemente a otras personas?

—No, diablos —contestó ella abruptamente—. Pero no me gustan ciertas cosas...

—¿Por qué tuvieron que ser asesinados los Szárodny? ¿A quién se le ocurrió la insensata idea de pegar fuego a la casa donde vivían?

—Nadie los quería en el pueblo...

—¿Nadie? Tengo entendido que eran unas excelentes personas. Decir nadie es mencionar al total de los habitantes de Rawhile y me cuesta mucho creer que no hubiera una sola persona capaz de decirles una frase amable.

—Pues así era, aunque no quieras creerlo, Ralph.

—Está bien. Supongamos que todos sintiesen hostilidad hacia los Szárodny. Pero ¿era motivo suficiente para desear su muerte?

—No, sólo queríamos que se marchasen. Al incendiar su casa, no tendrían otro remedio que abandonar el pueblo.

—Ah, has dicho «sólo queríamos»... Luego tú también te incluyes entre los que no sentían simpatía hacia ellos.

El pie de Henrietta golpeó fuertemente el suelo.

—Puesto que tanto te empeñas en saberlo, sí, lo admito. No me resultaban simpáticos y, como todos, quería que se fuesen de Rawhile. ¿Qué más quieres saber ahora?

Wilkins se quedó parado al escuchar aquella respuesta.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué te habían hecho aquellos infelices? Porque no me vas a decir que murieron abrasados por brujos...

—Eso no te importa en absoluto y no pienso decírtelo, ¿me has entendido?

Wilkins hizo un gesto de asentimiento.

—Me parece que he visto ahora claramente la clase de persona que eres —dijo—. Está bien, no te molestaré más, pero creo que debes enterarte de algo que ya sabe la mayoría de la gente: Néstor Hook ha muerto asesinado y era uno de los que más se distinguieron en el incendio de Keyton Hall.

Henrietta se quedó con la boca abierta. El color huyó instantáneamente de su rostro.

—¿E... es cierto eso? —tartamudeó.

—Sal a la calle, si no me crees —contestó Wilkins secamente—. Pero todavía hay más. Tu hermano Ben también formaba parte del grupo que cometió aquel horrible crimen...

—¡No, no, eso no es cierto! —chilló Henrietta descompuestamente.

—Sí, lo es, aunque te niegues a admitirlo. Yo mismo vi a Ben el día en que se conoció la noticia de la muerte de Reutle y creí que le daba un síncope. Si sabes algo, ¿por qué no lo declaras? Es horrible vivir con un peso semejante en la conciencia...

—Basta —cortó ella—. Hemos terminado, Ralph; no quiero seguir hablando más del asunto. Te he recibido bien en dos ocasiones y te he dado algo que no he concedido a otro hombre desde hace mucho tiempo. Pero ello no te confiere ningún derecho a penetrar en mi vida privada. Lo mejor que puedes hacer es marcharte y no verme más.

—Como quieras —dijo Wilkins, sorprendido por la inesperada resolución de la mujer—. Sin embargo, te aconsejo pienses a fondo en lo que te he dicho. Te conviene más de lo que te puedes imaginar.

—¡Fuera, fuera! —gritó Henrietta—. ¿Es que no sabes entender las cosas?

Wilkins se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, la miró largamente.

—¿Fuiste tú uno de las personas que incendiaron Keyton Hall?

Henrietta agarró una de las botellas con intenciones bien visibles. Wilkins se apresuró a poner tierra por medio, a fin de evitar daños mayores.

Pero una vez en la calle, no pudo evitar dirigir sus pensamientos hacia la insólita actitud de Henrietta. ¿A qué temía la mujer?

De pronto se le ocurrió la idea de que tal vez el millón de libras del espía alemán tuviera algo que ver con aquellos conflictos.

¿Era un asunto que había llegado a conocimiento de demasiadas personas?

¿Acaso los Szárodny tenían algo que ver con semejante fortuna?

Pero quemar una casa para apoderarse de un millón de libras esterlinas en billetes de banco no parecía una acción lógica.

—¿Entonces...?

De pronto, se acordó de Maud MacGregor.

Una fuente de información se había secado. Encontraría otras, se dijo.

Henrietta le había dado informes, era cierto, pero ahora empezaba a sospechar que sus afectuosas acogidas tenían un interés oculto, que él no había sabido descubrir hasta ahora. Tal vez ella

quería saber qué hacía realmente en Rawhile y sospechaba que era un policía que investigaba aquellas muertes. No era así, aunque se le aproximaba bastante.

De todas formas, no lo lamentaba demasiado. En el fondo, Henrietta no le había resultado nunca demasiado simpática y sólo había sentido hacia ella una mera atracción física.

«Quizá a ella le pasa lo mismo y ya se ha hartado de mí», pensó. Encogiéndose de hombros, continuó su camino.

Maud le sirvió la cena y la chica se mostró incitante y provocativa, aunque con la suficiente astucia para evitar que Hebe se diera cuenta de ello. Aunque sabía que Maud podía darle informes, Wilkins decidió no darse por enterado de las muecas y carantoñas que le dirigía la muchacha, siempre, desde luego, a espaldas de la otra.

«Si quiere algo, que venga a mi habitación», se dijo.

Había bastante movimiento de gente en el pueblo. Ya habían declarado sobre lo que habían visto. Pero en muy poco tiempo se habían producido tres asesinatos y en el pueblo lógicamente, había un ambiente de crispación que podía advertirse sin la menor dificultad.

Cuando estaban terminando, se les acercó un hombre.

—Soy Sherlan Drummond, alcalde —dijo, a la vez que se descubría cortésmente—. ¿Puedo hablar un momento con ustedes?

Hebe consultó al joven con la mirada. Wilkins respondió:

—No hay ningún inconveniente. Supongo que ya nos conoce...

—Sí —dijo Drummond pesadamente, a la vez que casi se desplomaba sobre una silla—. Permitirán que pida algo de beber; realmente, lo necesito...

—Es usted nuestro invitado, alcalde —sonrió Hebe—, Le vemos muy preocupado y suponemos que tiene sus motivos.

—Rawhile es muy pequeño y no da trabajo... en épocas normales.

Maud se acercó. Drummond le pidió una jarra de cerveza.

—Y añade una buena copa de ginebra —indicó.

—Sí, señor.

—Pero no estamos en una época normal —añadió Drummond, a

la vez que sacaba una vieja pipa—. En poco tiempo, tres asesinatos...

—Los tres de personas que, según creo, tuvieron algo que ver con el incendio de mi casa —dijo Hebe.

—Sí, eso es cierto.

—Alcalde, ¿cree usted que son los espíritus de los Szárodny quienes han cometido esos crímenes, para vengarse de su muerte? —preguntó Wilkins.

Drummond le miró fijamente.

—Muchacho, los únicos que matan son los vivos —con testó.

—Por lo menos, con armas tangibles, aunque no haya encontrado el cuchillo asesino —puntualizó Wilkins—. Porque un espíritu, si se aparece a la persona a quien maldijo antes de morir, puede matarla de miedo...

—¡Tonterías! Cuentos de viejas y gentes supersticiosas. Alguien trata de sumir en el pánico a la población...

—Por el momento, no son más que especulaciones, alcalde. Lo cierto es que han muerto tres hombres violentamente y los tres relacionados con el asesinato de un hombre y tres mujeres. Ahora bien, lo que nunca se ha explicado satisfactoriamente es por qué quemaron la casa con sus ocupantes dentro. Usted debe saber algo, supongo, ¿no es así?

Hebe entendió que debía ayudar al joven y añadió:

—Usted estaría presente aquella noche. ¿Qué pasó, exactamente?

—Lo siento, pero yo me hallaba ausente de Rawhile. Hacía ya una semana que estaba fuera y aún tardé otro tanto en volver. Estaba de vacaciones con mi mujer, y no leímos periódicos, ni nos enteramos de nada hasta nuestro regreso.

—Han pasado varios años. Usted ha tenido ocasiones más que sobradas para enterarse de lo que sucedió. Habrá hablado con unos y otros...

—Muy poca cosa. Nadie quiere admitir su parte de culpa —respondió Drummond.

Maud llegó con el pedido y se retiró. Drummond había encendido su pipa y le dio un par de chupadas, para seguir:

—La policía interrogó a la gente, como es lógico, pero todos y cada uno contestaron que no habían ido a Keyton Hall. El vecino

disculpó al vecino; se proporcionaban coartadas mutuamente... No hubo ni una sola detención, aunque les parezca extraño.

—De eso ya estamos enterados —dijo Hebe—. Pero ¿por qué los mataron? O, al menos, ¿cuál fue el pretexto digamos «oficial» que emplearon para justificar su actitud?

—Les acusaron de vampirismo...

—¿En estos tiempos? —se asombró Wilkins, a pesar de que ya había oído algo sobre el particular.

—¿Acaso apareció alguna mujer con marcas de colmillos en los dientes? —preguntó Hebe.

—Sí —contestó Drummond sorprendentemente—. Por extraño que les parezca, así fue.

Wilkins y la muchacha cambiaron una mirada.

—Es la primera noticia que tenemos sobre el particular —dijo él.

—No habíamos oído nada semejante hasta ahora —confesó Hebe.

—De modo que los quemaron por vampiros... Podían haberles clavado estacas de madera en el corazón, como es clásico —sonrió Wilkins.

—No lo sé, yo no estaba allí... pero lo cierto es que murieron abrasados...

—¡Un momento, alcalde! —exclamó Hebe—. Si les acusaron de vampirismo, no lo harían sin alguna prueba...

—Hablen con Sylvia Shull —contestó Drummond—. Oirán cosas muy interesantes.

—¿Quién es esa dama? —inquirió el joven.

—Vive al final de la calle, en dirección Sur. Una casita aislada, muy hermosa. No les digo más.

—Hablabamos con esa mujer, pero, sinceramente, ¿cree usted que los Szárodny eran unos vampiros? —preguntó Hebe.

En aquel instante, Wilkins recordó el horrendo espectáculo de tres hermosas muchachas, arrojándose como fieras sobre el cuerpo todavía palpitante de Reutle, para beberse su sangre. Pero eso no era vampirismo, se dijo, sino una desviación mental, que las llevaba a cometer actos aberrantes, imposibles de realizar por personas normales.

De pronto, levantó una mano.

—Alcalde...

Drummond se volvió hacia él.

—¿Si?

—¿No cree usted que pudieron existir otros motivos para ese crimen cuádruple? El vampirismo, a pesar de que pudo existir, tal vez fue el pretexto «oficial».

—Habría que interrogar uno por uno a todos los complicados en el caso y apretarles las clavijas a fondo para que declarasen «toda» la verdad. Pero eso sería tanto como recurrir a la tortura y no podemos hacerlo. Mucho me temo que jamás lleguemos a conocer los motivos auténticos de algo que enloqueció durante unas horas a toda una población.

—Todos, no, señor Drummond —corrigió Hebe—. Muchos se quedaron en sus casas. Hilando fino, hasta podría decirse que apenas pasaron de una docena los verdaderos autores de aquel horrible crimen.

—Pero la casa estaba rodeada de gente...

—Muchos acudieron cuando ya se había iniciado el fuego y lo hicieron para ver de apagarlo, en lugar de ir con intenciones de asesinar a cuatro personas, pero, naturalmente, llegaron ya demasiado tarde y no pudieron hacer nada en favor de aquellos desdichados. No, alcalde; puede que los Szárodny no fuesen especialmente apreciados en Rawhile, pero no había tanta gente que les odiaba como se quiere dar a entender corrientemente.

Drummond pareció sentirse cortado por las palabras de la muchacha. Wilkins la miró sorprendido.

—Bueno, yo les he contado todo lo que sé...

—O todo lo que quieren que se sepa —le interrumpió Hebe con expresión de crítica.

—No lo creo así, pero, de todas formas, no puedo evitar que piense lo que quiera, señorita Grayson. —Drummond se puso en pie—. Aunque sea por un motivo muy poco agradable, he tenido mucho gusto en conocerles a los dos —se despidió.

Hebe estuvo contemplando al voluminoso individuo, hasta que lo vio desaparecer por la puerta.

—Una actitud poco comprensible —calificó.

—No lo creas. Simplemente, trata de proteger a algunos amigos suyos —supuso Wilkins—. Puede que no apruebe lo que hicieron, pero tampoco le gustaría que les sucediera algo.

—Quizá sea así, pero...

—A propósito, ¿cómo has sabido tantos detalles de lo que sucedió aquella noche? —preguntó Wilkins.

—Me lo contó MacGregor. Él también fue, pero llegó más tarde que ninguno. Sin embargo, sabe quiénes fueron los primeros en acudir a mi casa y provocar el incendio. La lista que me dio es una prueba de ello.

—¿Cómo lo has averiguado?

—MacGregor opinaba de forma muy distinta sobre los Szárodny y les apreciaba muchísimo. Él no puede hacer nada, naturalmente, y aunque señalase a los culpables, no podría ofrecer ninguna prueba a la acción de la justicia. Pero si le gustaría que fuesen castigados.

—Algunos ya lo han sido...

—MacGregor se refiere a castigo legal.

—Detención, proceso, juicio y sentencia, ¿verdad?

—Exactamente.

—Pero si los culpables se defienden mutuamente...

—Esa es su ventaja, aunque no la disfrutan con el asesino que ya ha cobrado tres víctimas.

—Les acusaron de vampirismo y hasta existe una mujer que fue atacada por uno de los Szárodny. Drummond nos ha aconsejado que hablemos con ella. ¿Qué te parece, Hebe?

—No será hoy —respondió la muchacha—. No me siento en absoluto inclinada a discutir el tema con otras personas. Necesito descansar y, sobre todo, dormir para olvidar lo que he visto.

Wilkins no quiso poner aprensiva a la muchacha, diciéndole que lo más probable era que sufriese pesadillas.

—Es muy necesario, en efecto —convino—. En todo caso, tómate un sedante.

Ella sonrió desvaídamente.

—Tal vez lo haga —respondió.

Capítulo X

DORMÍA profundamente cuando, de forma inesperada, notó la presencia ajena de una persona en su cuarto.

Inmediatamente, se agitó. Una mano tanteó su cara y se oyó una voz de tonos muy bajos:

—No haga ruido, por favor.

Wilkins abrió los ojos. Entraba luz por la ventana y reconoció a Maud de inmediato.

—Por todos los... ¿Qué diablos hace en mi habitación?

Ella soltó una risita.

—¿No se lo imagina?

Wilkins pudo apreciar que Maud vestía solamente un camisón, de tejido muy fino que transparentaba de casi total las formas de un cuerpo macizo y opulento. Maud, pensó, tenía a su favor la juventud, pero cuando avanzasen los años, se tornaría una mujer gruesa, rebosante de grasa por todas partes, con triple papada... Ahora, sin embargo, poseía un atractivo puramente animal, difícil de resistir.

—Maud, si sus padres se enteran...

—Duermen como leños.

—Apostaría algo a que no es la primera vez que visitas la habitación de un huésped.

—Sólo cuando él lo merece. Pero... —suspiró ella—, vienen tan pocos que merezcan de veras mi visita...

—Yo, sí, creo.

—¿Aún lo duda?

Desvergonzadamente, Maud se bajó el camisón hasta la cintura y enseñó orgullosa su pecho.

—¿Ha visto alguna vez una cosa parecida?

Wilkins sintió que se le secaba la boca. Instintivamente, alargó las manos, pero las retiró antes de que entrasen en contacto con las turgencias femeninas.

—No, maldición —gruñó—. Aquí y ahora, no. Otro día, en otra parte...

—No habrá otra parte. Me gusta la comodidad. Algunos han pretendido llevarme a un pajar o utilizar el césped... Nunca lo he consentido.

—Eres una sibarita, no cabe duda —Wilkins decidió desviar la atención de aquella volcánica muchacha—, Maud, ¿qué sabes tú de la muerte de los Szárodny?

Ella se atusó el pelo con una mano, sin volver a subirse el camisón.

—No eran gente simpática, aunque mi padre les apreciaba muchísimo —respondió.

—¿Tampoco a ti te parecían simpáticos?

Maud hizo un gesto ambiguo.

—No me importaba nada de ellos —contestó.

—Entonces, no te sentiste afligida cuando murieron.

—Hombre, tanto como eso... Lo lamenté, claro, pero se me pasó enseguida.

—¿Conociste a las chicas?

—Un poco.

—¿Qué opinión tienes de ellas?

—Eran muy orgullosas y poco amables. Bueno, no eran descorteses, pero tampoco querían dar pie a mayores relaciones... con hombres y mujeres, naturalmente.

—¿Y él? ¿Qué te parecía?

—Un hombre encantador, pero también... ¿cómo lo diría yo?, terriblemente... peligroso...

—¿En qué sentido, Maud?

La chica volvió a reír.

—Si hubiese querido, todas las mujeres del pueblo habrían caído en sus brazos.

—Vamos, lo que se dice un conquistador...

—Sí, pero de los que se dejan conquistar, porque atraen a las mujeres naturalmente, sin mover un dedo para conseguir sus... favores.

—Hay tipos con suerte —sonrió Wilkins.

—Usted también pertenece a esa especie —dijo ella.

—¿Yo? Vamos, muchacha; soy un tipo más bien corriente...

—Podríamos preguntárselo a Henrietta Marven, ¿no le parece? Wilkins se sentó en la cama.

—¿Por qué lo dices? —inquirió.

Maud volvió a hacer ostentación de sus encantos físicos.

—¿Vale más que yo? —preguntó.

—Maud, nunca comento nada de lo que haya podido suceder entre otra mujer y yo —respondió el joven.

—Discreto, como galante caballero. Eso le hace todavía más interesante —dijo ella.

—Claro, porque sabes que no diré nada de tu visita...

—Hubo una vez un sujeto que anduvo por ahí alardeando de lo que habíamos hecho los dos. Mi padre le propinó una tremenda paliza... después de que yo le diese dos buenas bofetadas para defender mi honor... «mancillado».

Había malicia en la voz de la chica, advirtió Wilkins.

—Pero el hombre no mentía —dijo.

—No, claro que no. Sin embargo, debió haber mantenido el pico cerrado.

—Y, claro, tú volviste a ser una chica virtuosa y honesta. ¿No te atacó nunca un vampiro, como a Sylvia Shull?

—¿El vampiro? ¿Sylvia? —dijo Maud despectivamente—. Esa es una zorra asquerosa... No sé por qué lo hizo, pero estoy segura de que se inventó el cuento del ataque del vampiro. Aunque puede que ella supiera también algo.

—Algo, ¿de qué?

—Se rumoreaba que los Szárodny tenían escondida una gran fortuna, un tesoro que habían conseguido salvar de la voracidad nazi y que guardaban en Keyton Hall... Más de uno cree que los mataron por ese tesoro.

—¿Tú también?

—Si no fuese por eso, ¿por qué tenían que matar a cuatro personas? No se habían hecho especialmente simpáticos en el pueblo, pero tampoco resultaban odiosos.

—Queda lo del vampirismo...

—Un cuento, una fábula que se inventó Sylvia, ya lo verá. Pero

estamos hablando de cosas que no tienen interés...

Súbitamente, Maud se arrojó sobre el joven. Wilkins sintió en su rostro el contacto de dos senos pesadamente turgentes, terriblemente provocativos. Una oleada de ardor físico empezó a envolverle, mientras ella buscaba su boca vorazmente.

Wilkins se dio cuenta de que iba a flaquear, de que acabaría cediendo a los ardores de Maud, pero, de repente, se oyó fuera un espantoso chillido.

Era un alarido que ponía los pelos de punta, un grito que no parecía salido de una garganta humana. Maud sufrió una terrible sacudida y, moviéndose con indescriptible rapidez, se puso en pie y abandonó la habitación cuando todavía flotaban en el aire los ecos de aquel espeluznante sonido.

Wilkins se quedó solo, casi sin darse cuenta. Cuando quiso reaccionar, Maud había desaparecido ya, lo que, en el fondo, no dejó de procurarle un alivio.

Fuera sonaron algunos gritos, que procedían de otras personas. Wilkins encendió la luz.

Los MacGregor aparecieron en el corredor. Wilkins les oyó comentar lo ocurrido.

—Otra vez esa misteriosa mujer del vestido rojo y amarillo...

Wilkins conocía el incidente. Lamentó no haberse levantado a tiempo para ver el espectáculo de la mujer que corría por el medio de la calle, gritando venganza contra sus asesinos.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Un momento, ya voy —dijo en voz alta.

Saltó de la cama y se puso una bala apresuradamente. Al abrir, vio a Hebe en el umbral.

—¿Has oído, Ralph?

Wilkins asintió.

—Me ha despertado el grito, pero no he visto nada. ¿Y tú?

—Alancé a verla cuando ya desaparecía al final de la calle, pero no pude captar demasiados detalles. Sólo el pelo negro, abundante, la túnica roja y amarilla... pero fue una visión que duró escasamente un par de segundos...

El vozarrón de MacGregor resonó irritadamente en el corredor.

—Alguien tiene interés en gastar bromas pesadas, que no divierten a nadie. Si encuentro al tipo que se divierte a nuestra

costa, le sentaré la mano de modo que no lo olvidará en todos los días de su vida...

Recordando lo que le había contado Maud, Wilkins no tuvo dudas de que MacGregor lo haría así, en el caso de que encontrase al supuesto bromista.

—Pero no son bromas; tres personas han muerto ya —dijo Hebe. Wilkins la empujó suavemente hacia su lado.

—Anda a dormir —aconsejó—. Han muerto tres personas, es cierto, pero en estas circunstancias semejantes, nunca faltan los tipos con humor macabro. No hagas caso y procura olvidarlo.

—Será difícil —se quejó ella.

—Inténtalo y lo conseguirás.

La tranquilidad había vuelto al pueblo. Wilkins se metió en la cama nuevamente.

Pero la visita de Maud y el incidente posterior, le habían desvelado y tardó mucho en conciliar el sueño. Por dicha razón, despertó a la mañana siguiente más tarde de lo normal.

Hebe aguardaba impaciente en el comedor.

—Tardabas demasiado y tuve que desayunar sola —manifestó, cuando el joven se sentaba frente a ella.

—Lo siento, me dormí muy tarde... ¿Has sabido algo más?

—No. Sabremos algo cuando hayamos hablado con Sylvia Shull.

—Antes me gustaría conversar con otras personas, Hebe.

—¿Con quién, Ralph? —se extrañó ella.

Wilkins empezó a poner mantequilla en una tostada.

—Ben MacTraug —respondió.

—¿Qué tiene que decirte ese individuo?

—Lo sabremos cuando hayamos hablado con él. Quizá, de este modo, consiga averiguar el inesperado cambio de actitud de su hermana Henrietta.

Hebe sonrió maliciosamente.

—¿La has defraudado?

—Sabe algo más de lo que aparenta sobre este asunto y se puso furiosa cuando se lo mencioné. Simplemente, no era un tema de su agrado y casi me tiró una botella a la cabeza.

—Entonces, algo tiene que ver con esas muertes...

—Hebe, hay puntos muy oscuros en el incendio de tu casa. Se creía que los Szárodny poseían un gran tesoro. Hay quien piensa que los asesinaron para robárselo.

Hebe puso cara de sorpresa.

—No sabía nada... ¿Cómo te has enterado? —preguntó.

—Investigando —respondió él evasivamente. Desazonado, se sintió tentado de contarle la verdad sobre el millón de libras, pero Rosten le había dicho que era un asunto confidencial. Tendría que callar hasta que el agente del contraespionaje le autorizase a revelar el secreto del espía alemán y de su millón de libras esterlinas.

Pero si el espía era uno de los habitantes de Rawhile...

La mano de Hebe, sacudiendo su brazo, le hizo volver a la realidad.

—Despierta —exclamó la muchacha—. Estás soñando en voz alta...

—¿Yo? —se sorprendió Wilkins—. ¿He dicho algo inconveniente?

—No te preocupes; sólo farfullabas sin sentido... aunque un millón de libras si tiene mucho sentido, cuando se es su dueño.

—¿He mencionado esa cantidad?

—Es lo único que he podido entender —dijo ella.

—Bueno... quizá es que el tesoro de los Szárodny valía esa cantidad.

—Yo no lo creo, pero tampoco debemos descartar esa hipótesis. Bueno, ¿cuándo vamos a ver al hermano de Henrietta?

—En cuanto termine de desayunar. Dame cinco minutos más, por favor.

—No te preocupes; tenemos todo el tiempo del mundo.

—Eso lo dirás por ti; yo no dispongo de tanto tiempo, Hebe.

—¿Por qué no?

—Tengo que trabajar, no lo olvides.

—El trabajo, esa maldición bíblica —dijo ella irónica mente.

—Claro, como tú puedes vivir sin dar golpe...

—¿Que yo...? —Hebe pareció encrespase, pero se dominó muy pronto—. Dejémoslo, Ralph; ya lo discutiremos en otro momento.

—Sí, aunque antes me gustaría discutir otra cosa.

—¿De qué se trata?

—El sótano de tu casa. El lugar donde, presumiblemente, estaba

la bomba que subía el agua del arroyo.

Ella entornó los ojos.

—Quedaría destruido también...

—Es posible, pero en más de una ocasión he tenido que investigar las ruinas de un incendio. No es mi especialidad, aunque, a veces, he de suplir a un colega... Y algo entiendo sobre el tema.

—Entonces, te habrás formado una opinión sobre lo que pudo haber sucedido en el sótano.

—Sí. El solar donde estuvo la casa parece completamente liso, aunque con tierra que ha sido acarreada por el viento y los agentes atmosféricos, y en la cual ha crecido ya plantas y matojos. Pero, en general, el suelo aparece completamente liso, y al nivel del terreno circundante. El sótano, es de suponer, había sido excavado en el subsuelo y reforzado después con paredes de mampostería. ¿Dónde está la entrada de ese sótano?

Ella se quedó parada.

—Es cierto, no hemos visto...

—Para acceder a ese sótano, habría una puerta, natural mente. O tal vez sólo una trampilla en el suelo, y no situada precisamente en las habitaciones distinguidas, el salón, el comedor... ¿Recuerdas cómo se bajaba al sótano?

Hebe se mordió los labios, como si se concentrara en encontrar una respuesta, después de bucear en sus recuerdos.

—No era mi sitio preferido para jugar... Creo que había una puerta en la cocina... Una trampilla, no, desde luego, porque eso habría quedado grabado indeleblemente en mi imaginación... Luego una escalera...

—Es lo mismo. Con puerta o con trampilla, tenía que haber un hueco en el suelo y no hemos visto nada.

—Podríamos volver para intentar encontrarlo —sugirió ella.

Wilkins asintió y se limpió los labios.

—Después de hablar con Ben MacTraugh —contestó.

—Pero no te olvides que también tenemos que hablar con la víctima del vampiro.

—Cada cosa a su tiempo, Hebe, no te preocupes. ¿Vamos?

Salieron a la calle. Todo parecía normal en el pueblo.

La gente parecía no haberse impresionado demasiado por el incidente ocurrido durante la noche. O quizá ocultaban sus

sentimientos bajo una máscara de indiferencia.

Momentos después, llegaban al taller de Ben. Wilkins se sorprendió al ver cerrado el gran portón que servía para acceder al interior de aquella parte del edificio.

—Habrá salido a reparar algún coche —apuntó Hebe.

—En todo caso le dejaremos una nota...

Wilkins reparó que una de las hojas no estaba cerrada del todo y tiró de ella con una mano. Apenas lo había hecho, se quedó rígido, absolutamente inmóvil, como convertido en una estatua instantáneamente.

Hebe lo vio y se sintió muy extrañada.

—¿Qué pasa, Ralph? —exclamó.

Al mismo tiempo, daba un paso hacia adelante. Wilkins lanzó un grito perentorio:

—¡No te asomes!

Era ya tarde. Hebe vio el cuerpo que pendía de una cuerda pasada en torno a su cuello y no pudo evitar un chillido de espanto.

Wilkins cerró de un portazo.

—Es Ben, no cabe duda —dijo.

Capítulo XI

—Si esto sigue así, volveré a Londres con el pelo completamente blanco —se lamentó Hebe más tarde, ambos sentados nuevamente en el comedor de la posada y después de haber tomado unas reconfortantes tazas de té al que habían añadido unas gotas de buen whisky.

—Es para sentirse muy viejo, en efecto —contestó Wilkins—. Esto le pone a uno encima un montón de años...

El alcalde llegó en aquel momento.

—Es horrible, horrible... Aunque esta vez no se trata de un asesinato —dijo.

Wilkins respingó.

—¿Cómo? Le vimos colgado de una viga...

—Se ahorcó él. Hemos encontrado una nota en la que dice estar devorado por los remordimientos y no quiere seguir vivo un minuto más.

Las cejas del joven se arquearon.

—¿Eso escribió Ben?

Drummond hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Es su letra, no hay duda —respondió.

—Remordimientos, ¿de qué, alcalde? —preguntó Hebe.

—¿No se lo figura usted, señorita Grayson?

—Entonces, se confirma que Ben fue uno de los que participaron en el incendio de Keyton Hall —terció Wilkins.

—Ya no hay dudas posibles. En fin, si esto es un suicidio, las otras muertes no lo fueron y he pedido a Scotland Yard que envíen un investigador. De lo contrario, Rawhile se convertirá en un matadero.

—Ya «es» un matadero, alcalde —dijo Hebe incisivamente—.

Empezó a serlo cuando cuatro personas inocentes murieron, bárbaramente asesinadas por un grupo de hombres poseídos por la locura de robar algo que no les pertenecía. Si entonces se hubiese castigado a los culpables, no pasarían ahora estas cosas tan horribles... y quizá Ben no se habría suicidado siquiera.

Wilkins hizo un gesto con la mano.

—Alcalde, permítame un consejo —manifestó.

—¿Si?

—Haga examinar la nota manuscrita dejada por Ben.

Drummond parpadeó.

—¿Usted cree que...?

—Es algo elemental, alcalde.

—Yo conocía bien su letra, señor Wilkins.

—Y quizá también el asesino.

Hubo un momento de silencio. Luego, Drummond dijo:

—De todas formas, redactar una nota, con la letra de otra persona y hacerlo además que sea difícil de distinguir que se trata de una imitación, debe costar mucho tiempo. Si Ben murió asesinado, después de colgarlo, el asesino no estaría para perder tiempo...

—Pudo escribirla antes, tomándose el tiempo necesario.

Ben tenía un taller y pasaba facturas manuscritas: yo lo sé muy bien, porque tuve que pagarle la reparación de mi coche. Si alguien quiso matar a Ben y hacer pasar su muerte por suicidio, créame, alcalde, tuvo que preparar adecuadamente la escenografía.

—Sí, es posible..., aunque tampoco debemos descartar por completo la tesis del suicidio.

—De ningún modo, naturalmente, pero para que se sienta más tranquilo, haga comparar la letra del último mensaje de Ben con otros escritos que pueda tener en su taller; por ejemplo, los libros de cuentas.

Drummond se puso en pie.

—Lo haré tan pronto me sea posible —prometió—. Gracias por todo, señor Wilkins. Señorita Grayson...

Los dos jóvenes se quedaron a solas.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Hebe.

Wilkins miró a lo lejos con aire ausente.

—Me gustaría dar un paseo hasta Keyton Hall..., aunque no con

las manos vacías —respondió.

—¿Qué es lo que piensas llevar? —preguntó ella, muy intrigada.

Por un momento, y sin saber por qué, Wilkins pensó en la ardiente y voluptuosa Maud, y se felicitó de la oportuna interrupción que había evitado lo que podía resultar el principio de algo agradable sólo en la apariencia, pero perjudicial en el fondo. Aunque no estaba seguro de que, en mejor ocasión, Maud no volviese a la carga...

—Una pala, un rastrillo y algo que nos permita cortar las malas hierbas que no podamos arrancar con las manos —dijo al cabo—. Más guantes para protegerlas.

—Podemos encontrarlo en la ferretería del pueblo —indicó ella.

—Entonces, vamos y no perdamos más tiempo.

Al mismo tiempo, Wilkins echaba a andar. Hebe se emparejó con él.

—¿Puedo saber para qué necesitas esas herramientas de jardinería? —inquirió.

—Quiero encornar la entrada al sótano de tu casa —contestó él resueltamente.

Lentamente, con la mirada fija en el suelo, Hebe recorrió el perímetro del lugar donde había estado edificada su casa. Al cabo de unos momentos, se detuvo en un punto determinado y golpeó el suelo con el pie.

—Aquí —dijo—. Y, un tanto insegura, agregó—: Creo.

—No tienes una certeza absoluta —sonrió él.

—Compréndelo, hacía años que no venía aquí... Además, ahora ya no está la casa; entonces, yo podía orientarme por las habitaciones, pero ahora esto se ve absolutamente liso, lleno de matojos...

—Bueno, limpiaremos el suelo y la entrada aparecerá, puedes tenerlo por seguro.

Había unos cuantos matojos en aquel lugar y Wilkins arrancó parte con las manos y cortó el otro con la ayuda de una gran podadera. A continuación, empicó la pala, rascando la tierra más bien que profundizando en el suelo, a fin de despejar un trozo de las dimensiones aproximadas de una entrada a un subterráneo.

Al cabo de media hora de intenso trabajo, Wilkins dejó al descubierto algo muy notable.

—¿Qué te parece?

Hebe se puso en cuclillas y pasó la mano por aquel trozo de suelo absolutamente liso, de cemento, en el que se veían las líneas del contorno, de forma aproximadamente cuadrada y de un metro y medio de lado.

—No acabo de entenderlo —dijo—. ¿Quién pudo poner aquí esta losa de cemento?

—¿Cómo era la entrada al sótano? —preguntó Wilkins.

—Bueno... una puerta... La escalera empezaba inmediatamente y... A la derecha había un interruptor...

Wilkins dio unos cuantos golpes en la losa con el mango de la pala. El sonido a hueco, no demasiado intenso, sin embargo, era claramente perceptible.

—Sí, esto es la entrada, pero, ¿cómo retiramos la losa?

—Debe ser muy pesada —opinó Hebe—. Si, al menos, tuviera una anilla...

—Con una anilla solamente no haríamos nada, aunque facilitaría las cosas, indudablemente. Habría que montar una cabria, con un montón... pero no resultaría difícil, desde luego.

—¿Qué te parece romperla a golpes? —sugirió la muchacha.

—Debe tener al menos diez o doce centímetro de espesor —calculó—. Lo mejor sería un pequeño cartucho de explosivo, pero eso podría alarmar a la población. Hay dos soluciones: un martillo neumático, demasiado costoso, o bien una buena barra de hierro y un pico... y mucha paciencia. Es lo mejor, creo.

—Hoy ya no podrá ser —manifestó Hebe—. ¿Lo dejamos para mañana?

Wilkins suspiró.

—Puesto que no hay otro remedio...

—¿Buscan algo? —sonó de pronto una voz en las inmediaciones.

Wilkins y la joven se volvieron de inmediato. Apoyado en su cayado, Barry Cheering les miraba con expresión sardónica.

—Les vi desde lejos y me entró la curiosidad por saber qué hacían —añadió el pastor—. Tendrán que dispensarme, pero en mi

oficio, los motivos de distracción no son muchos.

—No se preocupe —respondió Hebe—. Estábamos buscando la entrada al sótano de mi casa.

—¿Hay algo allá bajo? —preguntó Cheering.

—Eso es lo que queremos averiguar —dijo Wilkins.

—¿Para qué?

Hebe se atiesó.

—Temo que no le importa a usted, señor —contestó rígidamente.

Cheering se enderezó también.

—Dispense, señorita; no quise molestarla —se excusó.

—Si encontramos la entrada y podemos bajar, suponiendo que sea factible, sabremos lo que hay —dijo Wilkins—, Mientras tanto, no podemos contestar a su pregunta, Barry.

—Esa losa, desde luego, es la entrada —manifestó el pastor—. Alguien la puso después del incendio y luego la cubrió con tierra.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Hebe, muy sorprendida.

Cheering le guiñó un ojo.

—Lo vi —contestó.

—¿Conoce al que puso la losa? —inquirió Wilkins.

—No. Yo estaba muy lejos y el tipo llevaba puestas unas gafas de color. Vi también que llevaba un rifle... o quizá una escopeta, no lo sé ciertamente. Por si acaso, no quise acercarme demasiado, ustedes comprenderán los motivos.

—Esa losa debe pesar unos doscientos kilos, si no más —dijo Wilkins—. ¿Cómo pudo ponerla el individuo?

—Trajo una camioneta con grúa, como las que se usan para el remolque de los coches averiados. Así lo hizo con toda facilidad...

—Entonces, ¡fue Ben MacTraugh! —exclamó Hebe.

—Es posible, aunque tal vez pudo prestar la grúa a algún conocido...

—¿Quién? —preguntó Wilkins instantáneamente.

—No lo sé. A veces, alguien de confianza y que sabía manejarla, desde luego, se la pedía y Ben accedía a prestársela. Repito que había bastante distancia para ver las facciones al sujeto y que el arma me disuadió de hacerme visible.

—Una precaución enteramente lógica —convino el joven—, Entonces, ese tipo colocó la losa y después...

—Después se marchó y eso es todo lo que sé.

Wilkins y la muchacha cambiaron una mirada.

—Habrá que reventarla —dijo él.

Hebe asintió.

—Con los materiales apropiados —añadió. Se volvió hacia el pastor—. Gracias por sus informes, señor Cheering, y le ruego dispense mi actitud de hace unos momentos...

El pastor se tocó con un dedo el ala de su sombrero.

—No tiene importancia, señorita —sonrió—. Con su permiso... Señor Wilkins...

Cheering se marchó. Wilkins se puso en cuclillas y examinó la losa con gran atención.

—La grúa de Ben estará en el taller, pero habrá que pedirle permiso a alguien para utilizarla —dijo—. Sin embargo, ¿cómo demonios pudo manejarla sin anillas para enganchar los cables de sustentación?

—¿Y si las quitó después y tapó los huecos con cemento?

—Demasiado rebuscado, ¿no crees?

—También es demasiado rebuscado tapar la entrada y dejar el suelo de forma que nadie se dé cuenta de lo que hay debajo de la tierra y de las matas. Indudablemente, quiso ocultar algo y para mucho tiempo, pero sólo lo sabremos cuando hayamos conseguido llegar allá abajo.

Wilkins continuaba en la misma postura, con aire pensativo.

—Tendremos que romper uno de los costados y meter un par de ganchos como sea, así la haremos girar por un lado y la levantaremos, y eso nos permitirá luego entrar en el subterráneo.

—Mañana, supongo.

—Sí, desde luego. Pero tendré que pedir permiso para utilizar la grúa...

—¿A quién?

—La verdad, no lo sé. Ignoro si Ben era casado; en caso contrario, tendría que hablar con su hermana.

—No se portó amablemente la última vez —le recordó ella.

—Hablaré con ella nuevamente —insistió Wilkins, a la vez que se enderezaba—. Hebe, creo que es hora de regresar —indicó.

—Sí, desde luego.

Habían llegado en el automóvil de la muchacha, que estaba a

corta distancia. Wilkins se dispuso a guardar las herramientas en el maletero. Cuando levantaba la tapa, sonó una detonación.

Estupefacto, vio una nubecilla de tierra y polvo que brotaba del suelo, a un palmo de sus pies.

Hebe estaba ya tras el volante y lanzó un chillido de susto al oír el estampido. Wilkins corrió a guarecerse al otro lado del vehículo y asomó la cabeza precavidamente por un costado.

El silencio volvió tras el disparo. Inesperadamente, Wilkins vio asomar la cabeza y los hombros de un individuo que remontaba la pendiente sin prisas.

Era Drake, con su fusil al hombro. El sujeto pareció muy sorprendido de verles en aquel lugar.

—Hola —saludó con naturalidad.

Wilkins apretó los labios.

—¿A quién disparaba usted, señor Drake?

—A nadie... Bueno, sí, vi una liebre y...

—Esa liebre no se guareció precisamente entre mis pies —dijo el joven con acrimonia—. Ha estado a punto de meterme una bala en el cuerpo.

—Lo siento, no les vi a ustedes...

—¿Vio una liebre y no pudo ver un coche con dos personas? —gritó Hebe furiosa.

Drake pareció sentirse confundido.

—Lo lamento, señorita. Si hice el disparo, no fue con mala intención hacia los dos, créame. Insisto en que vi una liebre...

Wilkins se volvió hacia la muchacha.

—Hebe, somos nosotros los que debemos ir al oculista —dijo irónicamente—. El señor Drake goza de una vista excepcional, no cabe duda.

—Pero no ve al asesino —añadió ella con mordaz acento.

—Hago lo que puedo... —se defendió el sujeto.

—¿Le contrataron para encontrar al asesino o para divertirse cazando? —preguntó Hebe.

—Señorita, es usted injusta conmigo —dijo Drake, dolido— Le aseguro que...

—Será mejor que dejemos la discusión —cortó Wilkins—. Hebe,

volvamos a Rawhile.

El joven se dispuso a entrar en el automóvil. Entonces, Drake levantó una mano.

—Aguarden un momento, por favor. ¿Alguno de ustedes conoce a un tal Robert Neighburns?

Sorprendido, Wilkins se volvió hacia Hebe. Ella hizo un signo negativo.

—No, no le conocemos —dijo Wilkins al cabo—. ¿Quién es ese tal Neighburns?

—Un tipo de Londres... Dijo que era constructor o algo por el estilo y que andaba buscando a un hombre llamado John Evans... En Rawhile desde luego, no hay ningún John Evans...

—No conocemos al uno ni al otro —dijo Hebe.

Drake emitió una sonrisa de circunstancias.

—Lamento lo ocurrido —se disculpó—. Hasta la vista.

El sujeto se marchó. Wilkins quedó junto a la portezuela del coche, contemplándolo hasta que se hubo perdido de vista en el bosquecillo cercano.

—Ese tipo no me gusta en absoluto —murmuró—. Posiblemente, no tiró a matar; podría haberlo hecho sin dificultad, pero sí quiso darnos un buen susto. Al menos, me lo dio a mí.

—Están pasando cosas muy raras en el pueblo —dijo ella.

—Sí, y lo peor de todo son los asesinatos que se han cometido.

—¿Pudieron salvarse los Szárodny o fueron de veras sus espíritus los que están vengándose de sus asesinos?

Wilkins miró sorprendido a la muchacha.

—¿También crees en historias de aparecidos?

Ella agitó la cabeza.

—La verdad, ya no sé ni qué pensar...

—Estás un poco alterada —dijo Wilkins—. Si no te importa, conduciré yo.

—Sí, será lo más acertado —convino Hebe.

Apenas regresaron al pueblo, Wilkins se entrevistó con el dueño de la posada y preguntó si conocía a John Evans.

—No le he visto en mi vida —respondió MacGregor—. Pero no es usted el único que ha preguntado hoy por él. Hace poco, estuvo un tal Neighburns, quien anda buscándole... No sé cómo pudo creer que Evans estaría en Rawhile...

—¿Sabe para qué le buscaba?

—Le debía algo de dinero, según pude entender.

—Neighburns es constructor...

—Oh, no, no —corrigió MacGregor—. Está usted equivocado. A menos que yo haya oído mal... Dijo que era decorador... Tal vez hizo la decoración de la casa de ese tipo llamado Evans y éste resultó un estafador y le dio una dirección falsa...

—Es posible —sonrió Wilkins—. Otra cosa, señor MacGregor. ¿Sabe si Ben MacTraugh era casado?

—No, no era casado.

—Entonces, habré de hablar con su hermana para pedirle que me deje utilizar la grúa de su taller.

—Sí, claro... —MacGregor miró sorprendido al joven—. ¿Tiene averiado su coche?

Wilkins sonrió.

—Es para otra cosa —respondió, evasivo.

Capítulo XII

EN los ojos de Henrietta había aún huellas de un llanto reciente. Su rostro estaba sin color natural, limpio de maquillaje, aunque parecía bastante serena.

—Siento de veras lo ocurrido —dijo Wilkins—. ¿Cuándo es el funeral?

—Mañana a las diez. Después lo enterraremos.

—Asistiré a las dos ceremonias —prometió el joven—. ¿Puedo hacer algo en tu favor?

Henrietta contestó con un leve movimiento de cabeza.

—Gracias, Ralph.

Hubo un instante de silencio. Luego, ella añadió:

—No me has hecho ningún reproche por mi actitud.

—Estarías nerviosa... No tiene importancia —contestó Wilkins. No debía presionarla, se dijo posiblemente, Henrietta se ablandaría por sí misma y acabaría hablando. Convenía un poco de tiempo.

—Gracias —musitó ella.

—Henrietta, tengo que pedirte un favor.

—¿Si?

—Tu hermano tenía una camioneta con grúa. La utilizó para remolcar mi coche.

—Es cierto.

—Necesito usarla un par de horas. ¿Puedo...?

—¿Hoy?

Henrietta parecía sorprendida, dada la hora.

—Mañana. O si no, pasado —contestó él.

—Ven a pedirme la llave del taller cuando la necesites.

—De acuerdo.

Wilkins se sentía incómodo delante de aquella mujer, con la que

había sostenido un breve pero apasionado romance. Era indudable que Henrietta sabía más de lo que daba a entender, pero ahora, estaba seguro, no se encontraba en condiciones de hablar.

—Gracias. Repito que lo siento —se despidió.

Cuando regresó a la posada, era ya completamente de noche.

Caminó sin prisas a lo largo de la calle mayor, totalmente desierta en aquellos momentos. Mientras volvía a la posada, pensó en la hermosa mujer que había visto correr a lo largo de la calle, con los ropajes color fuego y gritando venganza contra sus asesinos.

De repente, se detuvo en seco.

Aquella mujer había hecho su aparición un par de veces. La lógica indicaba que tal aparición volvería a repetirse. Entonces, ¿por qué no intentar detenerla?

«¿Cómo diablos podría hacerlo?», se preguntó, hablando consigo mismo.

Chasqueó los dedos. La solución no podía ser más simple, aunque se dijo que podía costarle unas horas de sueño. Pero, en todo caso, merecía la pena, por lo que, sin más, se desvió de su camino y se dirigió a la ferretería. Estaba cerrada, pero consiguió que le abriesen, no sin que el dueño le mirase como si estuviera loco al oír su pedido. Sin embargo, se lo sirvió y Wilkins regresó a la posada, en donde, sin entrar en más detalles, informó a Hebe que había conseguido la grúa.

—Iremos después del entierro de Ben —añadió.

—Perfectamente —convino la muchacha.

Después de cenar, subieron a sus habitaciones respectivas. Wilkins se encerró en la suya con doble vuelta de llave. Maud MacGregor era una joven muy apetitosa, pero no sentía deseos de complicarse la vida, por el momento.

Aquella noche tenía algo más interesante que hacer y no quería dejar pasar la ocasión.

Reinaba un silencio absoluto. Apenas si había luz en la calle.

La puerta de la posada se abrió sigilosamente. Una cabeza asomó por el hueco y exploró la calle con gran cautela.

Wilkins salió y dio comienzo a su labor, que resultó muy breve. Luego se retiró a un rincón oscuro.

Encontró un cajón vacío y se sentó, con la espalda apoyada en la pared. No le importaba dormirse; si su plan funcionaba, el ruido le despertaría forzosamente.

Transcurrieron unos minutos. De repente, oyó pasos en las inmediaciones.

En aquel instante, Wilkins lamentó no tener un arma a mano. Inclinandose, tanteó el suelo y encontró un pedrusco, con el que se dispuso a defenderse si era atacado.

Una silueta apareció ante él, destacando con nitidez contra el fondo más iluminado de la calle. Wilkins había levantado la mano, pero la bajó de inmediato.

—Silencio, Hebe —dijo a media voz.

Ella se volvió sobresaltada.

—¡Ralph!

—Baja el tono, demonios —gruñó él malhumoradamente—. ¿Quieres despertar a toda la población?

Arrebujándose en la bata, Hebe entró en la calleja.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—¿Y tú?

—Te oí salir de la habitación...

—Me espiabas —acusó Wilkins.

—No, por favor. Estaba desvelada...

—Bueno, no importa. Sentías curiosidad, ¿eh?

—Sí. Me asomé, pero te vi desaparecer muy pronto.

—Lo cual te hizo saber que no iba a visitar a Henrietta.

Hebe se felicitó de que la oscuridad impidiera ver el rubor que había aflorado a su rostro.

—A veces... una no puede evitar los malos pensamientos... Discúlpame, Ralph.

—Henrietta puede que necesite consuelo, pero no de la clase que has imaginado —dijo él ácidamente.

—Está bien. Si estorbo...

—No, mujer; ya que has venido, quédate.

—Gracias, hombre magnánimo —dijo Hebe con ironía—, ¿Puede esta indigna sierva saber qué esperas en el callejón, a estas horas de la noche?

—Estoy aguardando a que el pez pique en el anzuelo.

—¿De pesca?

—No sabes lo certera que es la pregunta.

—¿Qué piensas pescar?

—Quizá la pieza no acuda hoy al cebo, pero si no viene hoy, vendrá mañana... o al otro... En fin, no tengo gran cosa que hacer y ya dormiré otro rato.

Wilkins se levantó bruscamente.

—Puedes ocupar mi asiento —añadió—. Es sólo un cajón, pero siempre es mejor que estar de pie.

Hebe no vaciló en aceptar la invitación, pero añadió:

—Hay sitio para los dos, Ralph.

Wilkins se sentó junto a la muchacha.

—Puede que perdamos el tiempo —dijo—. De todos modos, conociendo sus costumbres, no puede tardar mucho. Le daré una hora, a lo sumo; si no aparece, entonces, nos iremos a la cama.

—Separados, claro.

—Cada uno a la suya, desde luego.

—No le harías ascos a que yo fuese a dormir a tu cama, ¿verdad?

—¿Has dicho a dormir, mujer carente de pudor?

Ella soltó una risita.

—Era sólo una frase, pero no sería la primera mujer...

—Hebe, yo no te he preguntado cuántos hombres han ido a tu cama.

—¡Ninguno! —protestó ella vivamente.

Wilkins carraspeó.

—Ejem, ejem...

—¿No me crees? Y si fuese verdad, ¿qué dirías?

—Nada. Tienes derecho a... tus expansiones...

Hebe suspiró profundamente.

—La verdad es que hubo un hombre —confesó.

—Alto, guapo, atractivo...

—Casado, un tanto maduro y con un hijo en los fusileros reales.

—¡Atiza!

—Fui tonta. Supongo que a más de una le habrá pasado. Me enamoré de él locamente... Era mi profesor de matemáticas y tenía un aire de desgraciado que... Luego vi, pero era demasiado tarde, que era sólo una postura...

—No te lamentes; eso te dio experiencia.

—Pero me vengué de él.

—¿De veras? ¿Qué le hiciste?

Ella soltó una risita.

—Fue una buena jugada. Le invité a mi casa y conseguí que se desnudase. Luego le hice abrir una puerta. Creyó que daba a mi dormitorio, pero se encontró en la calle. Cerré con llave, corrí a la salida delantera, subí a mi coche y me marché a toda velocidad.

—Una buena jugada —rio él—. ¿Qué pasó después?

Hebe se encogió de hombros.

—No he vuelto a saber nada de él... Bueno, lo detuvieron por inmoralidad y le pusieron una fuerte multa... pero eso es todo lo que he sabido. Y creo que me curé de mi ingenuidad.

—Hasta la próxima.

—Tardará mucho, si llega.

De pronto, Hebe apoyó la cabeza en el hombro del joven.

—Tengo sueño —suspiró.

—Puedes dormir tranquila. No me aprovecharé de las circunstancias.

—Tú eres un caballero, Ralph.

—¿De veras lo piensas así?

—Bueno, puedes tener tus... flaquezas, pero no tratarías de aprovecharte de una dama en..., en inferioridad de condiciones...

—Por si acaso, será mejor que no te fíes.

—En estos momentos, al menos, confío plenamente en ti. En otra ocasión y otro lugar... Te tendría a raya con un bastón de diez metros de largo.

—Me tomas por un sátiro, Hebe.

—Eres muy atractivo. Has tenido una aventura con Henrietta; Maud te devora con la mirada.

—Gracias por la buena opinión que tienes de mí, aunque creo que exageras. Por lo menos, en lo que se refiere a Maud.

—Dejemos el tema, ¿quieres? —Hebe bostezó—. Parece que el pez no quiere picar, Ralph.

En aquel instante se oyó un aterrador alarido.

Era un grito horripilante, que hizo sentir miedo a la muchacha. Hebe se abrazó con fuerza a Wilkins.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?

El grito se repitió más intenso que antes. Wilkins escuchó con toda atención.

Aquella voz, aunque procedente sin duda de una garganta humana, era amplificada por medios mecánicos. Wilkins captó bien la intervención de un potente megáfono.

—Quieta, no te muevas —dijo, a la vez que se ponía en pie.

Una mujer aulló ferozmente, pidiendo venganza. Wilkins corrió a la salida del callejón.

—Ahí viene —exclamó—. Prepárate, Hebe.

La mujer, vestida con los ropajes rojos y amarillos, corría por el centro de la calle, lanzando espantosos alaridos. Súbitamente, cuando llegaba a la altura del callejón, tropezó con algo invisible y cayó de bruces al suelo.

Wilkins emitió un grito de júbilo.

—¡Ya te tengo!

Y corrió hacia la mujer, caída en el suelo, y que parecía más sorprendida que aturdida por el golpe.

Cuando llegaba junto a ella, la mujer se levantó, empuñando un cuchillo de aterrador aspecto. Wilkins no se dejó amedrentar y golpeó con todas sus fuerzas la muñeca armada.

El cuchillo saltó por los aires. Ella se tambaleó.

Los ojos de la mujer despedían llamaradas de odio. Súbitamente, Hebe lanzó un agudo chillido de advertencia:

—¡Ralph, cuidado!

El joven se volvió. A unos cincuenta pasos, acababan de encenderse dos faros de un vehículo, cuya silueta era apenas visible, a causa del deslumbramiento que le producía aquel fortísimo resplandor.

Durante un segundo, Wilkins creyó hallarse en presencia de un monstruo mitológico. Luego oyó el ruido de un motor que aceleraba a toda potencia.

El vehículo se le echó encima, como una fiera ansiosa de destrozarle con sus garras. Wilkins soltó a la mujer y retrocedió más que apresuradamente, mientras trataba de habituar sus pupilas a la escasa luz que había en la calle.

Un segundo después, pudo ver que se trataba de un furgón comercial, aunque sin rótulos ni inscripciones en los laterales.

Cuando estaba a su altura, el conductor, al que no podía ver con claridad, frenó un poco, pero sin detener su marcha.

El furgón aceleró de nuevo. Wilkins pudo ver la puerta posterior que se cerraba. Unos ropajes de color fuego revolotearon unos instantes antes de desaparecer de su vista.

Luego, el vehículo, acelerando con un tremendo estruendo, parecía el bramido de una fiera enloquecida entre las sombras de la noche.

Wilkins se inclinó y recogió el hilo de pescar atravesado en la calle que había roto el camión al escapar.

—Resistió el impacto de las piernas de la mujer, pero se rompió cuando el furgón pasó por aquí —dijo.

—Fue una buena idea —manifestó Hebe, admirada.

—No era mala, aunque no contaba con la aparición de un cómplice —declaró el joven—, Pero eso nos ha hecho saber una cosa; no hay tales fantasmas. Quienesquiera que sean, se trata de personas de carne y hueso.

—Pudiste comprobarlo con la mujer...

Wilkins volvió a inclinarse y recogió algo que le hizo sentir un escalofrío a la muchacha.

—Si me pilla bien, me envía al otro mundo —dijo.

El cuchillo tenía una hoja que medía casi treinta centímetros. Wilkins pensó que quizá se podía obtener algo por las huellas dactilares, pero costaría tiempo y, además, podía suceder que las de aquella mujer no estuviesen registradas en los archivos policiales.

De pronto se volvió hacia la muchacha.

—Hebe, ¿pudiste verle la cara? ¿Sabes si era alguna de las chicas Szárodny?

—Lo siento. No vi casi nada... El pelo le tapaba la cara, casi por completo...

Drummond llegó en aquel momento, junto a otras personas. Wilkins puso el cuchillo en sus manos.

—Estuve a punto de atrapar al fantasma, pero tenía ayudantes y se me escapó —dijo.

Drummond le miró con asombro. Wilkins explicó lo ocurrido sucintamente. El alcalde hizo un gesto de aprobación.

—Al menos, eso les impedirá volver a repetir la comedia en otra ocasión —dijo—. Pero si les encontramos...

—Yo los encontraré —sonó de pronto la voz de Drake—, Escaparon en un furgón comercial y no pueden esconderse con demasiada facilidad.

—¿Está seguro de que lo encontrará? —preguntó Wilkins irónicamente.

Drake se encogió de hombros.

—Tarde o temprano, daré con ellos —respondió con frialdad.

La gente hacía toda suerte de excitados comentarios. Al cabo de unos minutos, Drummond empezó a recomendar a los curiosos que regresaran a sus casas.

La gente se dispersó paulatinamente. Luego, Drummond se acercó al joven y asió su brazo.

—Quiero que sepa algo importante —murmuró.

Wilkins le miró inquisitivamente.

—Es sobre Ben MacTraugh —añadió el alcalde—. Usted tenía razón; no fue un suicidio. Alguien imitó su letra.

—Entonces, la nota que dejó...

—Rotundamente, una falsificación —calificó Drummond con voz firme.

Capítulo XIII

—TENGO que decirte algo —manifestó Henrietta, apenas hubo terminado la fúnebre ceremonia.

Aún estaban en el cementerio. Ella vestía enteramente de negro. El velo quedaba atrás y dejaba sus facciones al descubierto.

Hebe, discreta, se quedó un poco rezagada. Wilkins aguardó a que Henrietta volviese a hablar.

—Ben no quiso decírmelo nunca, pero sí declaró que había algo valioso en el sótano —continuó ella—. No sé que es, pero él dijo que convenía tenerlo protegido durante algún tiempo.

—¿No sientes curiosidad por saber qué es?

Henrietta abrió su bolso y sacó una llave que puso en manos del joven.

—Puedes ir al taller cuando gustes. La llave de contacto de la grúa, supongo, estará puesta —dijo.

—Gracias. Te la devolveré apenas haya terminado.

—No tengo ninguna prisa. Ralph, el otro día estaba nerviosa...

—No es necesario que te disculpes. Todos, en un momento u otro de nuestra vida, tenemos un instante de mal humor. Pero si te agradecería que me dijeras una cosa.

—¿Qué es, Ralph?

—¿Tomaste parte en el incendio de Keyton Hall?

—No, en absoluto.

La respuesta fue tajante, instantánea. Henrietta parecía sincera, se dijo él. Si era así, ¿por qué tenía miedo?

—Pero debo decir que no lo lamenté demasiado —dijo ella—, Y ahora, sus espíritus...

—La mujer a la que capturé anoche y pude retener durante unos segundos, no tenía nada de espectral. Era de carne y hueso, como tú

y como yo.

—Algunos espíritus tienen tanto poder, que se hacen corpóreos nuevamente.

Henrietta no dijo nada más y se marchó, dejando al joven con la boca abierta. Hebe se le acercó y le miró intrigada.

—Parece como si hubieras visto un fantasma...

—No, pero he oído algo que me hace dudar de la razón de esa mujer. Henrietta dice que algunos espíritus pueden retornar a sus cuerpos.

—¿Y hacerlos moverse después de muertos?

—Según ella, sí.

—Pero eso... ¡es absurdo, Ralph! Además, los Szárodny quedaron totalmente incinerados, reducidos literalmente a cenizas... No murieron y sus cuerpos quedaron intactos...

Wilkins meneó la cabeza.

—Cada vez lo entiendo menos —dijo. Hizo saltar la lleve en la palma de su mano—. Por fortuna, esto nos servirá para aclarar algunas cosas. Ben puso la losa, para proteger algo valioso que hay en el sótano, pero no le dijo a ella de qué se trataba.

—Nosotros lo averiguaremos, supongo.

—Creo que deberíamos posponerlo para mañana, a primera hora. La cosa puede costarnos más tiempo del que pensamos y es posible que nos pasemos allí unas cuantas horas. Además, conviene que vayamos preparados: bocadillos, algo de beber... y un par de linternas, naturalmente, puesto que vamos a entrar en un sitio sin luz.

—Casi me da miedo pensar en lo que puede haber allá abajo —murmuró Hebe aprensivamente.

—Si quieres, puedes quedarte en casa...

—Puedo pasar miedo, pero lo prefiero al nerviosismo que tendría esperando tu regreso. Iré contigo, Ralph.

El joven asintió. Aquello valioso que había en el sótano, ¿era tal vez el millón de libras del agente nazi?

De pronto, decidió que no estaría de más hablar un poco sobre el tema con el alcalde, aunque sin entrar a fondo, tanteándole simplemente y procurando captar sus reacciones.

—Te acompañaré a la posada —dijo—. Luego iré a preparar todo lo necesario para mañana.

La forma mejor de conversar con un hombre era hacerlo delante de unas buenas jarras de cerveza y Wilkins condujo al alcalde hasta el mostrador de la taberna contigua a la posada. Drummond aceptó la invitación, aunque no comprendía los motivos que tenía el joven para invitarle.

—Se lo diré enseguida, alcalde —habló Wilkins, después de unos buenos tragos—. Usted lleva años viviendo en Rawhile...

—Toda la vida —contestó Drummond orgullosamente—. Es un pueblo pequeño, pero muy agradable, aunque con la mancha que ya conoce y que no es necesario mencionar.

—Sí, fue una gran desgracia, aunque, personalmente, no creo que los espíritus de los Szárodny hayan vuelto a la tierra para vengarse. Desde luego, alguien tiene interés en matar a algunas personas y, precisamente, las que más se significaron en aquel horrible suceso, pero esas muertes se deben a seres de carne y hueso y no a fantasmas.

—Yo traté de hacer todo lo que pude, pero la gente parecía haber perdido el juicio..., bueno, unos cuantos, aunque menos de los que se suponen, ya que fue cosa de todo el pueblo, pero, de todos modos, más de lo que sería lógico desear. En realidad, sólo querían echarlos del pueblo...

—Las cosas se complicaron y los Szárodny murieron abrasados. Pero, ¿de verdad eran brujos y vampiros, como se dice por ahí?

Drummond se encogió de hombros.

—A mí no me hicieron nada en particular. Se dice... se rumorea... Se comenta que invitaron a alguna chica del pueblo a la casa y que hicieron con ella cosas desagradables, pero no se ha podido probar nada.

—Posiblemente, esas invitaciones se hacían con el deseo de entablar relaciones con las gentes del pueblo. Para integrarse en la comunidad, en suma, como se dice ahora.

—Sí, yo también pienso lo mismo —convino Drummond—. Pero luego las cosas se torcieron...

—Aunque quizá aquello ocurrió por otros motivos, si bien se puso el vampirismo como pretexto.

—¿Qué quiere decir usted, señor Wilkins? —preguntó Drummond, sorprendido.

—Pudieron existir otros motivos... económicos, por ejemplo.

—¿Quiere decir... robar a los Szárodny?

Wilkins se decidió a lanzarse de frente. «Tengo que coger el toro por los cuernos de una maldita vez o no conseguiré nada», pensó.

—Alcalde, ¿qué sabe usted del espía alemán? —preguntó.

—Ah, con que era eso —murmuró Drummond.

—Lo sabe, ¿verdad?

—Han venido varios agentes por aquí, husmeando por todas partes, pero nunca han conseguido nada. Ninguno de los hombres de Rawhile es un alemán disfrazado, puedo jurárselo.

—Usted conoce a todos muy bien —sonrió Wilkins.

—Figúrese. No, si ese hombre estuvo por aquí en alguna ocasión, no se dejó ver la cara o tal vez lo hizo como un inofensivo turista en vacaciones. En el buen tiempo, se ven muchas caras nuevas, pero cuando llega el otoño, emigran hacia el sur.

—Como los pájaros que pasan el invierno en países cálidos.

—Exactamente. Y, una cosa: lo de Reyton Hall no tuvo nada que ver con el millón de libras del alemán.

Wilkins puso cara de circunstancias.

—De modo que lo sabe...

Drummond soltó una gran carcajada.

—Cuando aquí queremos reírnos, hablamos del millón de libras del alemán —respondió—. Es un buen chiste, créame.

Wilkins se sentía confundido.

«Cuando vea a Rosten, le voy a decir unas cuantas cosas. Hay algo que no me gusta y es hacer el ridículo, y menos todavía por cuenta de otra persona», se dijo, mientras trataba de disimular la furia que sentía interiormente.

—Muy bien, alcalde, muchas gracias por todo. Le ruego me perdone las molestias...

Drummond se levantó a la vez que hacía un gesto magnánimo.

—No ha tenido importancia —dijo—. Siento haberle defraudado, pero las cosas son así y no hay que darle vueltas, porque no se pueden modificar.

—Sí, creo que tiene usted razón.

Wilkins quedó solo en la mesa, mientras trataba de poner en orden sus pensamientos. Maquinalmente, sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno en la boca.

Una mano le arrimó un fósforo encendido. Wilkins aspiró el

humo y luego levantó un poco los ojos.

—Yo podría decirte muchas cosas interesantes de ese pájaro de cuenta que es el alcalde —dijo Maud, provocativa, con un escote agrandado deliberadamente y la cadera adelantada hacia el joven.

—¿Y qué me costarían esos informes? —preguntó él.

—Si dejas abierta la puerta de tu alcoba a la noche, te diré el precio.

—Esta noche no puede ser, Maud.

—Entonces, mañana.

—A menos que nos interrumpa el fantasma...

Maud soltó una risita.

—Tuviste una buena idea —dijo.

—Se me escapó. Casi la tenía al alcance de la mano... Bueno, la verdad es que llegué a sujetarla... Maud, ¿dónde puede esconderse el camión?

Ella se encogió de hombros.

—Hay muchos lugares donde el bosque es muy espeso. Además, si lo cubren con ramajes...

—Sí, pero ¿por qué tienen que hacerlo? ¿Cuáles son los motivos que les impulsan a hacer creer a la gente que los fantasmas de los Szárodny vuelven a vengarse de quienes les asesinaron?

—¿Y si realmente no llegaron a morir y ahora quieren vengarse del mal trago que les hicieron pasar aquella noche?

—¿Tú crees eso, Maud?

—Es muy posible. Y, se lo digo de veras, algunos están muertos de miedo. Vamos, no les llega la camisa al cuello...

—Maud, ¿con quién podría hablar yo sobre ese asunto? Me refiero a alguien que se atreva a franquearse conmigo, que me cuente toda la verdad, sin omitir detalle, ¿comprendes?

Ella reflexionó unos instantes.

—Ya lo tengo —dijo al cabo—. Dustan Griggs. Es uno de los de la lista que hizo mi padre el otro día...

—Recuerdo el nombre. ¿Crees que querrá hablar?

—No le garantizo nada, pero si unto interés tiene, ¿por qué no le ofrece un par de cientos de libras?

Wilkins respingó.

—Es demasiado dinero para mi —replicó.

Maud señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Pídaselo a la dueña del Keyton Hall. Ella es rica —dijo.

—Está bien, ya lo comentaré con la señorita Grayson a la noche. ¿Qué debo de la cerveza?

—La incluiré en la cuenta de la posada —contestó Maud—. Pero recuerde que me ha dado su palabra. Mañana, sin falta, por la noche, y le contaré cosas verdaderamente sabrosas de nuestro digno alcalde.

Maud lanzó una risita y se alejó con gran contoneo de caderas. Wilkins entornó los ojos.

«Debes tener cuidado con ella. Es muy joven, pero posee la astucia de una persona mucho mayor. No te fíes, no bajas la guardia un solo instante», se recomendó a sí mismo.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie y fue al primer piso de la posada. Llamó a la puerta y aguardó unos segundos.

Hebe apareció con bata, con el pelo suelto y un cepillo en la mano derecha.

—¿Suced algo? —preguntó.

—Me han hablado de un individuo que puede dar resultado, quiero decir que, según mis informes, debe ser fácil de convencer para que cuente muchas cosas de la noche en que quemaron a los Szárdny.

—No entiendo, Ralph —dijo ella—. ¿Adónde quieres ir a parar?

Wilkins se miró un instante la punta de los pies.

—Bueno, me han dicho... Quizá el tipo no quiera hablar, pero si le damos doscientas libras...

—¡Caramba, eso es mucho dinero! —se asombró Hebe.

—Sí, pero yo pensé que siendo tú la dueña de Keyton Hall, podrías interesarte...

—Tendré que pensármelo, Ralph; no me gustaría tirar doscientas libras para no conseguir nada positivo.

—Es completamente lógico —admitió él—. De todos modos, yo podría poner un poco, digamos una cuarta parte... pero tal vez podamos conseguir esos informes por menos dinero... Si le ofrecemos doscientas libras desde el principio, principio nos pedirá más...

—Intentas decirme que conviene regatear —sonrió Hebe.

—Sí, es lo más sensato. Podemos empezar por una cifra muy baja y si no se decide, ir subiendo... y mezclando las ofertas con

amenazas... No físicas, claro, sino más bien psicológicas... Insinuar que los periódicos pueden reabrir el caso...

—De acuerdo, pero, creo, mañana teníamos que hacer otra cosa —le recordó ella.

—Si despachamos por la mañana, iremos a ver a ese tipo por la tarde. ¿Te parece bien?

—No hay objeción, Ralph. Y ahora, ¿puedo seguir arreglándome?

Wilkins la contempló críticamente de pies a cabeza.

—Poner potingues a esa cara es un ultraje a la naturaleza —dijo.

Hebe, halagada, sonrió.

—Eres un chico encantador. Nunca me habían dicho nada semejante. Pero, supongo, no te gustaría verme con el pelo desordenado, con greñas y sin arreglarme al menos un poco...

—Te espero a la hora de cenar —se despidió él.

No quería seguir hablando con Hebe porque temía que la conversación se desviase por otros derroteros y no sentía el menor deseo de recibir un desaire.

«Ya está bien así», pensó, mientras se encaminaba a su habitación para asearse un poco.

Capítulo XIV

WILKINS detuvo la camioneta grúa, aunque sin parar el motor, y movió un poco la mano.

—Ahora voy a maniobrar para situarla en la posición apropiada —dijo—. Tú me guiarás desde el suelo, ¿entendido?

—De acuerdo.

Hebe saltó al suelo y Wilkins se dispuso a dar la vuelta al vehículo. De repente, oyó un agudo grito de la muchacha.

—¡Ralph!

El joven se asomó por la ventanilla de la cabina.

—¿Qué pasa, Hebe?

Ella tendió la mano hacia un punto determinado.

—¡Mira! —indicó.

Wilkins no veía nada dada su posición. Puso el freno de mano y el motor en un punto neutral, saltó al suelo y avanzó unos pasos. De súbito, se detuvo como herido por el rayo.

—No me lo puedo creer —dijo.

—Estamos despiertos, no soñamos —contestó ella.

Durante unos segundos, sólo hubo silencio entre los dos. El ronroneo del motor era el único sonido que se percibía en aquel lugar.

Wilkins entornó los ojos para contemplar la pirámide gris, de más de un metro de altura, que se hallaba justo sobre la losa que daba acceso al sótano. Le parecía imposible, pero sus sentidos no le engañaban.

—Nos han hecho una buena jugarreta —dijo Hebe, rompiendo por fin el silencio.

Wilkins asintió. Volvió a la camioneta y paró el motor. Luego se acercó a aquel montículo de color gris y golpeó con los nudillos.

—Cemento —dijo.

—Sí, salta a la vista, pero han necesitado una gran cantidad y, además, una hormigonera.

—No. Simplemente, trajeron unos cuantos sacos, volcaron encima su contenido y luego les arrojaron agua para que fraguase. No necesitaban mezclarlo con una máquina.

—Lo mismo da. El caso es que hemos perdido el tiempo...

—Aguarda un momento, por favor. No te desanimes tan pronto.

Wilkins volvió a golpear con los nudillos diversos puntos de la pirámide gris. Luego, bruscamente, fue a la camioneta y regresó con una gruesa barra de hierro en las manos. Tomó impulso y descargó un tremendo golpe sobre el cemento.

Se oyó un fuerte crujido. Trozos de cemento saltaron por los aires. Wilkins siguió golpeando unas cuantas veces hasta que, de pronto, la barra cedió y penetró a fondo en el interior del diminuto montículo.

—Lo que me suponía —dijo—. La costra es muy gruesa, pero no todo el cemento llegó a fraguar, lo cual significa que se quedaron cortos al añadir agua.

—En ese caso, creo que podremos entrar en el sótano —sonrió la muchacha.

—Nos pondremos perdidos de polvo, pero eso se arregla con un buen baño. Hay un arroyo a menos de cincuenta pasos...

—Cuidado con las insinuaciones —advirtió Hebe—. No hemos traído equipo adecuado y, por ahora, no soy partidaria del desnudismo.

—Quizá falta de costumbre, ¿verdad?

—Soy una chica muy retrógrada —contestó ella desenvueltamente—. Y ya sabes lo que quiero decir, especie de sátiro.

Wilkins se echó a reír, mientras continuaba atacando la costra de cemento endurecido. Debajo, sólo había polvo y, cuando terminó, empezó a apartarlo con una pala.

Media hora más tarde, la losa quedaba nuevamente al descubierto. Entonces, Wilkins buscó otra barra, con punta, y empezó a golpear uno de los bordes de la losa.

Fue una labor dura, lenta, fatigosa.

—Este cemento sí está hecho a conciencia —dijo una vez,

cuando se tomaba un descanso.

Abrir un agujero en aquel punto le costó más de una hora. Al fin, consiguió un orificio que llegaba al interior del sótano.

A continuación, hizo retroceder la camioneta y bajó el gancho de la grúa.

—Ven aquí, Hebe —dijo.

Ella se acercó al mando de la grúa, movida por el motor del vehículo.

—Tú harás subir la losa cuando yo te lo indique, pero muy suavemente, ¿comprendes? En el momento en que haya alcanzado la altura suficiente, yo la sujetaré con este madero —señaló Wilkins—. ¿De acuerdo?

—Sí, como digas.

Wilkins accionó el motor y la losa, tras un par de crujidos, empezó a girar hacia arriba, sobre uno de sus bordes. Los contornos del agujero que permitían el acceso al sótano se hicieron visibles.

—Sigue así hasta que te lo ordene —dijo.

Hebe puso la mano en la palanca, mientras él se situaba junto a la entrada, con un grueso madero, en las manos. La potencia del motor era suficiente para que la losa cuadrada se levantase sin dificultad.

Un par de minutos más tarde, la losa había alcanzado ya una inclinación superior a los cuarenta y cinco grados. Entonces, Wilkins introdujo el madero, que haría el efecto de un poste de entibado y agitó la mano.

—¡Basta! —gritó.

El motor se paró. Wilkins sujetó bien el madero y comprobó que resistía perfectamente el peso de la losa. Quitó el gancho y agitó una mano.

—¡Ya podemos entrar, Hebe!

Ella corrió ansiosamente. Wilkins le entregó una de las dos linternas que habían llevado a prevención.

—Pero sólo usaremos una por el momento —advirtió—. ¿Lista?

—Cuando quieras, Ralph.

La escalera se veía claramente. Wilkins se agachó para iniciar el descenso, alumbrándose con la lámpara. Casi tuvo que bajar tumbado los primeros peldaños, pero muy pronto pudo ponerse erguido y continuar descendiendo ya sin mayores dificultades.

Momentos después, se hallaban en el sótano. Hebe, asombrada, miró a todas partes.

—¿Esto es todo lo que hay? —preguntó, defraudada.

El subterráneo aparecía vacío, a excepción de un gran bulto que se divisaba junto a una de las paredes. Estaba cubierto por una lona, sujeta con cuerdas, y Wilkins se aplicó de inmediato a la tarea de cortarlas. Un minuto después, tiraba de la lona y dejaba a la vista un extraño aparato, cuyo objeto tardó segundos en comprender.

—Ya sé que es esto —dijo—. Y no me extraña que el pobre Ben lo considerase un tesoro.

—¿Qué es, Ralph? —preguntó ella.

—La bomba que hacia subir el agua hasta el tanque del tejado —respondió Wilkins.

Hebe se sentía completamente desconcertada.

—No entiendo en absoluto —dijo, pasados unos instantes—. ¿Para qué podía querer Ben un chisme como éste? Wilkins se acercó al aparato y lo examinó durante unos momentos.

—Fíjate bien —indicó—. Es una bomba prácticamente nueva y está en un magnifico estado de conservación. Ben, sin duda, la engrasó para evitar que se oxidase. Luego la cubrió con la lona y después construyó la losa que cubría la entrada al sótano.

—Aun así, continúo sin entender...

—Está bien claro, mujer. Para un hombre como Ben, esta bomba representaba algo de mucho valor. No se la podía llevar ahora, porque habría podido hacerse sospechoso, y decidió guardarla durante un cierto tiempo. Pero este aparato cuesta bastantes cientos de libras y eso era mucho para Ben. No hay otro misterio ni ningún enigma fantástico en lo que hizo ese pobre hombre.

—En resumen, hemos perdido el tiempo...

—No, porque ahora ya sabemos lo que contiene el sótano y no es nada que tenga relación con fantasmas. Al menos, hemos aclarado un enigma.

—Algo es algo —dijo ella sarcásticamente—. Sólo espero que Griggs nos dé informes que valgan el dinero que hemos de entregarle.

—Eso lo sabremos a la noche —contestó Wilkins quien, interiormente, también se sentía decepcionado—.

Un sordo estruendo le interrumpió repentinamente. La luz que penetraba por el hueco abierto en la superficie se extinguió de forma súbita.

El suelo trepidó. Hebe lanzó un grito:

—¡Se ha caído la losa, Ralph!

Alumbrándose con la linterna, Wilkins corrió escaleras arriba, sólo para comprobar la veracidad de la exclamación de Hebe. A pesar de todo, aún entraba un delgado rayo de luz por el agujero practicado para meter el gancho, pero antes de que pudiera hacer nada, alguien lo tapó desde el exterior.

Wilkins lanzó un par de gritos, pero nadie le contestó. El último rayo de luz se extinguió y el silencio volvió al sótano.

Transcurridos unos momentos de estupor, Wilkins reaccionó y puso los hombros sobre la losa, para empujar hacia arriba. Sus esfuerzos, sin embargo, resultaron estériles.

—No puedo —dijo—. Debe de pesar más de doscientos kilos...

Un extraño ruido llegó desde el exterior. Wilkins miró instintivamente en aquella dirección.

—La camioneta —adivinó.

—Se la llevan... —dijo Hebe con voz temblorosa.

—No. Apostarla algo bueno a que la han arrojado al barranco. Si se quedase en el calvero, podrían verla desde lejos. Abajo costará mucho más y nadie se acercará a ver qué ha pasado aquí.

—Pero notarán nuestra ausencia...

—¿A quién le hemos dicho que veníamos a este lugar?

Hebe se calló. Wilkins hizo un par de intentonas más y acabó sentándose en uno de los peldaños de la escalera.

—Ralph... nos moriremos de hambre y sed... —dijo ella, temblando de pánico.

—Todavía estamos vivos —respondió el joven ceñudamente—. Alguien nos ha jugado una mala pasada, es cierto, pero no ha terminado a tiros con nosotros.

—¿Y por qué habría de matarnos a tiros? Este es un método más seguro...

—Pero muy lento. Un par de balas habrían acabado rápidamente con su problema.

—¿Qué problema, Ralph?

—Nosotros somos «su» problema, quienquiera que sea ese tipo.

Wilkins se levantó y volvió a descender al suelo del sótano. Luego, con la linterna, exploró detenidamente las paredes del subterráneo.

—No parece que haya otra salida. Llegué a pensar en un túnel hasta el arroyo... Pero el agua subiría sin duda por una tubería enterrada a pocos centímetros de la superficie.

Hebe pareció recobrarse un poco y se acercó a la escalera.

—Ralph, si dispusiéramos de una palanca, tal vez... ¿Y si probamos a empujar los dos al mismo tiempo?

—Será mejor no gastar energías —aconsejó él—. Déjame pensar en algo; tengo el presentimiento de que acabaremos por encontrar la solución.

—Que sea antes de que se agoten las pilas de las linternas. Ahora, al menos, tenemos luz. Pero quedarse aquí en tinieblas...

Wilkins remontó una vez más los peldaños. El último quedaba a escasos centímetros de la losa que ahora les cerraba el paso al exterior, y se comprendía fácilmente, ya que, en tiempos, no había tal losa, sino una puerta que permitía el acceso al subterráneo, por lo que el primer escalón debía mantener la distancia correcta al suelo de la planta baja del edificio.

De pronto, recordó que había visto algo en lo que no reparó antes, preocupado únicamente por la presencia de la bomba en el lugar. Descendió a la carrera, dio la vuelta a la máquina, se inclinó y levantando en alto un objeto que enseñó triunfalmente a la muchacha.

—¡Hebe, estamos salvados! —exclamó.

Ella le miró atónita.

—¿Tú crees? —dudó.

—Encanto, ¿cuánto pesa un automóvil?

—No lo sé, nunca me he preocupado... Ochocientos, mil kilos...

—La losa pesa unos doscientos. Cuando se pincha un neumático y hay que cambiarlo, ¿qué se utiliza para levantar el coche?

Hebe se puso una mano en la boca.

—¡Un gato!

—Exacto, preciosa —dijo él, exultante—. Ben debió de traerlo aquí para mover la bomba y luego lo olvidaría... o quizá estaba ya mucho antes, pero, en todo caso, no importa. Este simpático artefacto nos va a permitir burlarnos del tipo malintencionado que ha querido dejarnos en la estacada.

—¿Sólo malintencionado? ¡Ha querido asesinarlos! —protestó ella con gran vehemencia.

—Como sea, pero se llevará un gran chasco cuando nos vea aparecer en el pueblo —sonrió Wilkins.

Con el gato en las manos, subió las escaleras nuevamente y luego lo puso en el lugar más conveniente. Sin perder un segundo, empezó a dar vueltas a la manivela. Tas unos crujidos, la losa empezó a moverse hacia arriba.

Un chorro de luz, junto con unas bocanadas de aire fresco, penetraron por la abertura. Hebe palmoteó alborozadamente.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó—. Ralph, eres un genio. De buena gana, te daría un beso...

—No debieras haberlo dicho, Hebe.

—Es que me siento muy contenta, hombre.

—Te tomo la palabra. Me darás ese beso cuando estemos fuera, ¿entendido?

Ella lanzó una risita. La abertura se ensanchaba poco a poco, hasta que al final quedó el espacio suficiente para poder pasar arrastrándose, lo que hizo Hebe en primer lugar.

Wilkins salió a continuación y se sentó en el suelo, respirando a pleno pulmón, a la vez que se daba golpes en el pecho con ambas manos.

—¡Ah, qué dulce es el aire de la libertad! —dijo.

Hebe no contestó. Extrañado, Wilkins volvió la cabeza y la vio en pie inmóvil, de espaldas a él, con la mirada fija en un punto determinado.

Repentinamente, Hebe levantó las dos manos con un gesto inequívoco. Wilkins se puso en pie y entonces fue cuando divisó a Drake, con su fusil en las manos.

Respiró profundamente.

—Si piensa matarnos, no pierda el tiempo —dijo—. Al menos, no nos torture con amenazas...

De forma inesperada, Drake bajó el rifle y se echó a reír.

—Pero hombre, ¿cómo se le ocurre pensar una cosa semejante? —exclamó—. ¿Cómo es posible que un hombre tan sensato como usted piense que soy un asesino?

—A mí me ha dado un buen susto —dijo Hebe coléricamente—, Y no intente negar la evidencia, porque le vi apuntándome con su fusil.

Apretando los dientes, Wilkins se acercó al sujeto.

—¿Me permite? —rogó, cortés.

Y antes de que Drake pudiera impedirlo, le arrebató el fusil de las manos. Luego movió el cerrojo rápidamente, expulsó todos los cartuchos y, finalmente, lanzó el arma al barranco.

—Ahora estamos seguros —dijo.

Los ojos de Drake emitieron un brillo de furia. Sus puños se crisparon y, durante un instante, Wilkins temió un ataque del sujeto.

—Algún día me las pagará —dijo, a la vez que se encaminaba hacia el barranco—. Como se me haya estropeado el fusil...

Wilkins agarró el brazo de la muchacha. Desde el lugar en que se hallaban, podían ver la camioneta grúa volcada en el fondo del barranco.

—Hebe, temo que habremos de regresar a pie al pueblo —dijo.

—Con tal de alejarme de este lugar, caminaría un año seguido sin parar —contestó ella.

Capítulo XV

ESTABAN muy fatigados y, además, sucios, por lo que cada uno se fue a su habitación respectiva al regresar a la posada. Una hora más tarde, volvieron a reunirse.

—Tenemos que hablar con Griggs —recordó él.

—Conforme. Cuanto antes lo hagamos, será mejor —contestó Hebe—. Ya tengo dispuesto el dinero...

—Espero que sirva de alguna utilidad —deseó Wilkins.

Cuando salieron de la posada, era ya media tarde. La casa de Griggs se hallaba prácticamente en las afueras de Rawhile, pero en el pueblo las distancias eran muy cortas y no necesitaban el coche.

Minutos más tarde, se detenían ante la casa de aspecto más bien pobre.

Wilkins llamó a la puerta, pero nadie pareció reparar en los golpes que daba con los nudillos.

—Estará fuera —apuntó la muchacha.

Una voz sonó repentinamente al otro lado de la calle.

—¿Están buscando al señor Griggs?

Wilkins giró en redondo. Había una mujer de mediana edad al otro lado en la puerta de su casa, secándose las manos con un delantal.

—Así es, señora. Queremos hablar con él...

—Dustan no les oír, seguramente. Debe de estar en el huerto que hay en la parte trasera. Será mejor que den la vuelta y así podrán encontrarlo sin dificultad —aconsejó la mujer.

—Muchas gracias, señora —sonrió Wilkins.

Inmediatamente, emparejado con Hebe, echó a andar. Dieron la vuelta a la esquina, caminaron a lo largo de la fachada posterior y, al fin, se encontraron en el borde de un pequeño huerto, que no

medía más de cuarenta o cincuenta metros de largo, por la anchura de la casa.

Había, sin embargo, algunos manzanos bastante frondosos. Al pie de uno de ellos, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco y la cabeza doblada sobre el pecho, se veía a un hombre.

—No son horas de echar la siesta —criticó Hebe.

—Dormir, cuando uno tiene sueño, es lo mejor del mundo —respondió Wilkins.

—Ten precaución al despertarlo. Algunos abren los ojos de mal humor...

—Lo haré con cuidado, no te preocupes.

Wilkins avanzó unos cuantos pasos entre los bancales. Bruscamente se detuvo, cuando estaba a un par de metros del individuo.

—Hebe, no te acerques —dijo con voz tensa.

Ella presintió algo horrible y se puso una mano en el pecho.

—Ralph, ¿qué...?

El joven hizo una fuerte inspiración.

—Temo que Griggs ya no nos dirá lo que sabía —contestó—. Está muerto.

Hebe oyó aquellas palabras y sintió que todo le daba vueltas. Wilkins se precipitó hacia ella, justo para evitar que la muchacha cayera al suelo.

Estaba acostada en la cama, muy pálida y completamente desmadejada. La señora MacGregor le llevó una taza de té y la dejó sobre la mesita de noche, retirándose a continuación.

—Bebe té —aconsejó Wilkins—. Necesitas reponerte...

Ella le dirigió una mirada llena de aflicción.

—Ralph...

—Dime, habla sin miedo, por favor.

—He tomado una decisión —manifestó ella—. Lo siento, no puedo soportarlo más: tanta sangre, tantos crímenes... Es demasiado para mí, Ralph.

—Comprendo —murmuró Wilkins.

—Espero que no me reproches...

—En absoluto. Creo que es una decisión muy sensata. ¿Cuándo

te marcharás?

—Mañana, Ralph.

—Procura dormir —aconsejó—. Te despediré después del desayuno...

Hebe no contestó. Había cerrado los ojos y, aunque sabía que no podía estar dormida, Wilkins entendió que quería que darse a solas.

En silencio, cerró la puerta y volvió a su habitación, en donde empezó a desnudarse. Momentos después, encendía un cigarro, tendido en la cama, con la luz apagada.

Hebe tenía razón, pensó. Demasiada sangre, demasiados muertos... ¿Cuál era la verdadera causa de aquellos crímenes? ¿La venganza de los Szárodny? ¿El millón del agente nazi?

Respecto a la muerte de Griggs, nadie podía decir nada, nadie había visto el menor detalle sospechoso. Se suponía que el asesino había llegado por detrás, desde el campo abierto. Griggs llevaba ya varias horas muerto cuando descubrieron su cadáver, lo cual abonaba la teoría de que el asesino le había sorprendido en un momento de descanso en su tarea.

Se había acercado sigilosamente por detrás, sujetándole con una mano por el cuello, contra el manzano, no demasiado grueso, por otra parte, mientras que con la otra le clavaba un largo estilete en el corazón.

La herida había sangrado muy poco. Además, Griggs llevaba una camisa de color marrón rojizo, lo cual hacía que la mancha de sangre destacase apenas. Por eso, en un principio, les había parecido dormido.

Hebe, pensó luego en la joven, estaba deshecha. Sí, lo mejor que podía hacer era regresar a Londres.

«Pero yo me quedaré aquí hasta resolver este condenado enigma», se propuso.

Al cabo de un rato, empezó a sentir que llegaba el sueño. Acomodó el cuerpo en la cama y procuró olvidar todo, para dormir mejor.

Más tarde, sintió en los labios el contacto de otros cálidos y llenos de fragancia.

—Hebe, no me provoques...

Sonó una risita.

—No soy Hebe —dijo la mujer.

Wilkins se despabiló inmediatamente.

—Maud —gruñó.

La chica estaba sentada junto a él, en el borde de la cama.

—Quedamos en que vendría hoy —le recordó Maud, a la vez que alargaba la mano para encender la luz.

Wilkins se sentó en el lecho.

—Perdona, pero he tenido un día muy movido...

—Sí, ya lo sé. Pero yo diría que lo estás pasando muy bien.

—Eso es absurdo. La verdad es que no gano para sustos.

—Son los Szárodny. Cada noche es para ellos una noche de espíritus que provienen directamente del infierno...

—Maud, no digas tonterías —exclamó él malhumorado—. Costará, pero llegará a saberse todo y entonces se verá que hay una explicación lógica para cada caso.

—¿Y si no murieron abrasados?

—Supongamos que sea cierto. Admitamos que pudieran escapar..., ¿dónde se han metido todos estos años? ¿Qué han hecho durante este tiempo? ¿Por qué han esperado tanto para tomarse la venganza?

Maud se encogió de hombros.

—Habría que preguntarles a ellos, ¿no crees?

—Yo más bien pienso en otra cosa, Maud. Alguien se está haciendo pasar por Stephen Szárodny y sus sobrinas...

—Sus sobrinas... ¡Je, je! —dijo Maud burlonamente.

—Eso... ¿quiere decir algo?

Ella meneó la cabeza con aire reprobatorio.

—Ralph, a veces me maravilla que seas tan ingenuo —dijo—, ¿Cómo puedes creer que aquellas mujeres fueran las sobrinas de Szárodny?

—Todo el mundo lo decía...

—Y todos lo admitían, lo que no significaba que lo creyeran. También muchos dicen que eran brujos y vampiros, pero lo que pasaba en Keyton Hall tenía muy poco que ver con la brujería y el vampirismo, y mucho con el dinero por... servicios especiales.

—¿Qué clase de servicios?

Maud levantó los ojos al cielo.

—Eres tonto, Ralph. Ellas... bueno, cobraban por sus favores amorosos, por no decirlo de otra forma más cruda. En resumen,

Keyton Hall era un prostíbulo de altos vuelos.

—¿Seguro? —dudó el joven.

—Te diré más. Si uno lo pagaba bien, podía disponer de las tres al mismo tiempo.

—Los había sibaritas —dijo Wilkins, escandalizado. Miró de reojo a Maud—. ¿Cómo sabes tantas cosas? —inquirió.

Ella hizo un gesto ficticiamente displicente.

—Una oye y calla... y abajo se desatan mucho las lenguas y yo simulo que no me doy cuenta de lo que dicen...

—Y almacenas verdaderos tesoros de información. Pero el hecho de que en Keyton Hall se celebrasen orgias, no es suficiente para desear la muerte de cuatro personas.

—Ellos sólo querían que se marchasen y no lo iban a conseguir con buenas palabras, así que pegaron fuego a la casa.

Eran todos unos hipócritas; decían que era preciso sanear el pueblo, pero la realidad era que Szárodny no admitía allí a ninguno de los paletos de Rawhile. Sólo forasteros y con dinero abundante en los bolsillos.

—Entonces, lo hicieron por despecho, aunque ocultándolo bajo la capa de la acusación de brujería y vampirismo.

—Así sucedió, sobre todo, después de que Sylvia Shull declarase que había sido mordida por ellos.

—¿Era cierto?

—Yo creo que no. Para mí, Sylvia quería ser «invitada» a esas fiestas, pero, por las razones que fuesen, Szárodny se lo negó y entonces ella furiosa, se inventó la historia de la mordedura del vampiro. Eso fue el detonante que provocó la explosión.

—Te expresas muy bien —sonrió Wilkins—. Pero creo recordar que habías prometido decirme algo sobre Drummond.

—Ah, sí... Bueno, bajo su capa de hombre honesto y activo, es todo un pájaro de cuenta. A él sí le admitían en Keyton Hall. Sabía lo que pasaba y no levantó un dedo para impedirlo.

—No podía hacerlo legalmente, a menos que utilizasen menores de edad y no era ése el caso.

—Por supuesto, pero es que, además, cobraba por hacer la vista gorda.

—Necesitaba ingresos suplementarios, vamos.

—Drummond es de los que piensan que a nadie le amarga un

dulce, y los «clientes» de Szárodny pagaban verdaderas fortunas por su estancia en la casa. Eran tipos caprichosos, con mucho dinero, y allí se les ofrecía todo cuanto podían desear, para satisfacer incluso verdaderas aberraciones. Hay gente así, ¡qué le vamos a hacer! —dijo Maud filosóficamente.

Wilkins miró un instante a aquella muchacha, más vieja de lo que era físicamente y tremendamente astuta. Podía llegar a ser un mal enemigo si se la ofendía, pensó.

—Maud, ¿tú crees en la historia del alemán y su millón de libras? —preguntó bruscamente.

Ella entornó los ojos.

—Aquí lo toman por una fábula, pero en el fondo, yo creo que hay algo de realidad. Naturalmente, yo no había nacido entonces, pero tengo entendido que durante la guerra, y después, bastante tiempo, se vieron en Rawhile toda suerte de tipos, de lo más variado que uno pueda imaginarse. Después, las aguas volvieron a su cauce, toda leyenda tiene una base real.

—Pero no sabes quién pueda ser el espía.

—Hombre, se marcharía cuando vio perdida la partida... Ralph, ¿no te parece que ya hemos hablado bastante?

—Me pasaría la noche charlando contigo, preciosa.

—¡Caramba, eso sí que es hacer poco aprecio de mis encantos! —se enojó Maud—. Yo que vine aquí, creyendo que te volvería loco... y sólo quieres hablar, cuando se pueden hacer tantas cosas...

Maud se le arrojó encima, procurando que sus senos le acariciasen el rostro. Wilkins empezó a flaquear.

—Voy a ceder...

—Eso es lo que quiero —rio ella. Y buscó su boca ávidamente—. Basta de charla... —jadeó—. Acción, acción...

Esta vez, fue Wilkins el que le quitó el camisón. Maud quedó completamente desnuda. De pronto, se volvió y alargó la mano para apagar la luz.

—Ven, Ralph, ven... —pidió ardientemente.

Wilkins la abrazó con fuerza y las dos bocas se confundieron en un beso estallante de pasión. Pero, en el mismo instante, se oyó abajo un espantoso alarido.

Como en la ocasión anterior, Maud actuó rapidísimamente. En fracciones de segundo, encendió la luz, recogió el camisón y la bata

y salió disparada de la habitación, dejando al joven solo y sumido en un profundo desconcierto.

—Ella, otra vez... —gruñó, mientras se acercaba a la ventana.

El alarido se repitió, pero ahora brotaba de tres gargantas, apreció enormemente asombrado segundos más tarde.

En la calle, mal alumbrada, brillaron de repente unas luces rojas. Wilkins, pasmado, vio tres figuras que se movían con enorme rapidez. Cada una de las tres mujeres, llevaba en las manos un puñado de antorchas encendidas, que lanzaban contra las casas, sin dejar de correr.

Una de las antorchas rompió los cristales de una ventana situada en la planta baja y cayó en el interior, propagándose el fuego a las cortinas. Otra fue a parar al tejado de una casa. Varias más quedaron al pie de las puertas de madera de otras tantas casas.

Las mujeres corrían sin dejar de lanzar gritos estentóreos, anunciando la destrucción del pueblo y la muerte de sus habitantes, como venganza por lo ocurrido en Keyton Hall. A Wilkins le pareció una escena fantasmagórica, ideada por alguien con un macabro sentido del humor, pero también con unos tremendos deseos de venganza.

¿Y si no murieron?, se preguntó.

El espectáculo duró muy poco. Antes de que la gente del pueblo pudiera reaccionar, las mujeres desaparecieron, dejando tras de sí un singular rastro de fuego. En algunas casas, las llamas producían verdadera alarma. Un tejado de paja ardía en pompa.

En pocos minutos, se produjo una tremenda confusión. Wilkins se dijo que su deber era ayudar a los vecinos del pueblo y se vistió apresuradamente. En un tiempo muy breve, se encontró en la calle, ayudando a apagar los focos de incendio provocados por la insólita incursión de las tres mujeres vestidas con ropajes amarillentos y rojos.

Los comentarios eran para todos los gustos, pero, en general, reinaba una enorme excitación y se hablaba de realizar batidas por los bosques circundantes a fin de encontrar a las culpables y darles su merecido.

—¡Y esta vez, nos aseguraremos de que no pueden resucitar y

volveremos a quemarlas!

—gritó un individuo.

Drummond le miró coléricamente.

—Sería mejor que cerrases el pico, Mike Teal. Ya tomaste parte una vez en una salvajada y ahora no consentiré que lo repitas. Sean quienes sean esas mujeres, deben ser castigadas con arreglo a la ley y no al capricho de unos cuantos.

—¡Son unas asesinas! —aulló el sujeto—. Bueno, ellas, no; sus espíritus, pero yo sé cómo enviarlos al infierno para siempre...

Drummond cerró el puño y se dispuso a descargar un golpe, pero alguien le sujetó la mano.

—No lo haga, alcalde; ese idiota no merece que usted cometa una barbaridad —dijo Cheerong.

Drummond se pasó la mano por la frente.

—Sí, tienes razón, Barry —dijo—. Bien, lo mejor será que todos se vuelvan a sus casas. Mañana, a las diez, nos reuniremos, daremos batidas, pero sin salimos nunca de los límites legales.

—A menos que esos fantasmas nos ataquen... —dijo alguien.

—No hay tales fantasmas. Son seres de carne y hueso —exclamó Drummond rabiosamente.

Teal le escupió a los pies.

—Tú estabas de acuerdo con ellos. ¿Cómo te vamos a creer, si los defiendes?

Desdeñosamente, giró sobre sus talones y se metió por una calleja cercana, desapareciendo en la oscuridad. Drummond volvió los ojos hacia el joven y se encogió de hombros en silencio, como queriendo decirle que había personas con las que era imposible todo trato decente.

Bruscamente, Teal apareció de nuevo. Salió de la calleja, caminando rígidamente, con las manos algo separadas del cuerpo y los ojos muy abiertos.

La gente le miró extrañada. Wilkins se preguntó si el tipo volvía con ánimos de armar gresca.

De súbito, un hilo de líquido rojo brotó de la boca de Teal y resbaló por su barbilla. Un segundo después, se vino de bruces al suelo y todos pudieron ver el cuchillo que sobresalía de su espalda, clavado hasta el mango a la altura del corazón.

Un unánime grito de terror de decenas de gargantas. A poca

distancia del lugar donde se hallaba Wilkins, alguien profirió una extraña interjección:

—*Gott im Himmel!*

Capítulo XVI

EL coche estaba en la puerta de la posada, pero no había señales de que su dueña se decidiese a utilizarlo. Intrigado, Wilkins decidió subir a la habitación de Hebe.

Ella estaba vestida, muy pálida, pero aparecía tranquila y serena.

—Hola —sonrió al verle.

—Estaba aguardándote para despedirte —dijo él.

—He cambiado de opinión. Me quedo.

—Ah —murmuró el joven.

—Ayer me sentía muy deprimida, baja de moral. No pude evitarlo, Ralph.

—Suele suceder, en efecto. Ahora, parece, te encuentras mejor.

—Si, a pesar de lo que ha ocurrido esta noche.

—No fue agradable, Hebe.

—Me lo supongo. Vi algo desde la ventana, aunque no me atreví a bajar a la calle.

—Lo comprendo. Sabes ya que se ha producido otro asesinato.

Hebe hizo un signo afirmativo.

—También lo vi —repuso.

—Nadie sabe cómo fue, aunque se supone que el asesino aguardaba escondido en la calleja.

—Con mucha oportunidad, ciertamente.

—Teal tenía que pasar por allí para regresar a su casa.

—Entonces el asesino le conocía...

—Es lógico.

—Ralph, hay cosas que no comprendo —manifestó la muchacha—. ¿Por qué esos crímenes, al cabo de varios años? Si ellos se salvaron del incendio, ¿por qué han esperado tanto tiempo para

vengarse?

—¿Sabemos si escaparon del fuego?

—Una cosa es segura, Ralph: no lo han hecho unos espíritus infernales.

—De acuerdo. Y, es más, se están vengando de quienes mayor empeño pusieron en quemar su casa.

—Debían de tener razones poderosas para hacerlo, ¿no te parece? Aunque no se puede aprobar en absoluto su acción.

—Estaban despechados y también querían vengar un supuesto caso de vampirismo. Pero los motivos son mucho más turbios y, desde luego, no había brujería ni vampiros sorbiendo la sangre de sus víctimas.

¿Era cierto?, se preguntó Wilkins. ¿No había visto él a tres mujeres arrojarle ávidamente sobre el cuerpo todavía palpitante de Jonah Reutle y sorber su sangre con repugnante avidez?

La voz de la muchacha le apartó momentáneamente de sus reflexiones.

—Entonces, ¿qué fue, Ralph?

Wilkins sacudió la cabeza.

—En Keyton Hall se celebraban verdaderas orgías —contestó—. En realidad, tu casa era un prostíbulo de lujo... de muchísimo lujo, porque sólo acudían tipos con la cartera bien repleta. Si uno era caprichoso y tenía dinero suficiente, podía requerir al mismo tiempo los «servicios» de las trillizas.

Hebe se quedó con la boca abierta.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Los informes que tengo no ofrecen duda sobre el particular. Es más, incluso el alcalde, en cierto modo, era cómplice de Szárodny y sus encantadoras «sobrinas». Y los que pegaron fuego a tu casa, lo hicieron porque no eran «invitados» nunca a las fiestas que allí se daban. Claro que no podían ser invitados. Szárodny sólo quería gente adinerada; no vulgares patanes con un par de libras en el bolsillo.

—Me siento pasmada —declaró Hebe—. Nunca creí... ¡Pero hubo un caso de vampirismo, creo recordar!

—Ahí también intervino el despecho, aunque eso lo sabremos dentro de muy poco, cuando interroguemos a la interesada —dijo Wilkins—. Por lo visto, la señora Shull quería también tomar parte

en las fiestas de Keyton Hall, pero no lo consiguió nunca.

—¿Por qué, Ralph?

—¡Qué sé yo! Ansia de participar en unas reuniones «distinguidas», por dinero... Tendremos que preguntárselo a ella y de paso ver si conseguimos averiguar si aquellas muertes tuvieron algo que ver con el caso del espía alemán.

Hebe parpadeó, atónita.

—¿Qué es eso del espía alemán? —preguntó.

—No te lo he contado, ¿verdad? —sonrió Wilkins—. Realmente, me encomendaron el más absoluto secreto, pero he llegado a enterarme de que se trata de un secreto a voces y que lo sabe todo el mundo... Escucha, por favor.

Cuando el joven terminó, Hebe se sentía llena de asombro.

—Es una historia increíble, totalmente fantástica...

—No es increíble ni fantástica, sino real. Y, además, el agente nazi existe y está en Rawhile.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién es? —exclamó ella vivamente.

Wilkins entornó los ojos.

—Continuamente, hago esfuerzos por recordar quién estaba a mi lado cuando apareció Teal, con el cuchillo clavado a la espalda —dijo con lentitud—. Pero, hasta ahora, no he podido conseguir averiguarlo... El caso es que alguien, a muy pocos pasos de distancia, exclamó: *Gott im Himmel!* Y en alemán, quiere decir: «Dios del Cielo».

—Entonces, el alemán soltó esa exclamación de forma instintiva, olvidándose de que pasa por un vecino de Rawhile —dijo Hebe, mientras caminaba por el centro de la calle.

—No hay duda alguna. Su sorpresa debió de ser muy grande, cuando le hizo reaccionar de semejante manera. Si pudiera recordar quién era... —exclamó Wilkins, muy fastidiado por su falta de memoria.

—Acabarás por recordarlo, no te preocupes —aseguró ella—. Ahora, lo mejor será que nos concentremos en la señora Shull. ¿Qué piensas decirle, Ralph?

Wilkins señaló una casa que estaba a poca distancia.

—Enseguida tendrás ocasión de escucharme, pero si tú tienes

algo que decir, si se te ocurre alguna idea, no te calles, ¿De acuerdo?

—Totalmente —contestó la muchacha.

Segundos después, Wilkins batía la puerta con el llamador de hierro forjado en forma de mano que sujetaba una bola de metal. Dio un par de golpes y aguardó unos momentos. La puerta se abrió. Una mujer de unos treinta y cinco años, guapa, vistosa, pero, a juicio del joven, ya demasiado entrada en carnes, apareció en el umbral.

—¿Qué desean? —preguntó sin ninguna amabilidad. —Señora Shull, permítame... Me llamo Wilkins. Ella es la señorita Grayson, propietaria de Keyton Hall...

—De la casa que había allí hace algunos años y de las pocas tierras que hay alrededor del solar —puntualizó la muchacha.

Los ojos de Sylvia Shull, pequeños, recelosos, fueron de uno a otro sucesivamente. Al fin, se echó a un lado.

—Pasen —invitó secamente.

Wilkins dejó que Hebe entrase primero. La casa, apreció, era pequeña pero bien cuidada, con detalles de escaso gusto y exceso de objetos y muebles en la decoración. Wilkins notó algo extraño, indefinible, y no sabía a qué atribuir aquella sensación que le hacía sentirse profundamente intrigado.

Al fondo, había una puerta de arco, con unas cortinas espesas, con orla de borlas de color amarillo, recogida a uno de los lados por un grueso cordón de seda. Al otro lado de la puerta se veía un gran lecho, cubierto por una colcha de seda roja.

A la derecha de la cama se veía una especie de pebetero, como un gran candelabro de un solo pie, casi a la altura de una persona. También se veían numerosos cojines y un gran diván de terciopelo casi morado.

«Un ambiente casi oriental», pensó, sin poder concentrarse.

Sylvia se sentó en una silla, con las manos sobre el regazo, después de haber invitado a sus visitantes a que tomasen asiento.

—Pueden hablar —dijo sin un ápice de emoción en su voz.

—Se trata del incendio que destruyó Keyton Hall, con la pérdida de cuatro vidas humanas —manifestó Wilkins.

—Ah, era eso... —Sylvia se atusó los cabellos con un gesto maquinal—. Yo no tuve nada que ver con lo ocurrido.

Hebe saltó en su silla.

—¿Cómo que no tuvo nada que ver...? Usted, señora, acusó de brujería y vampirismo a los moradores de Keyton Hall. Incluso anduvo por ahí enseñando las huellas de unos colmillos en su garganta...

—Eso no lo puede negar —añadió Wilkins—. Lo dice todo el mundo.

Sylvia se mordió los labios.

—De acuerdo, pero no tengo por qué dar explicaciones a nadie... O, mejor, si... Fue una broma, pero algunos estúpidos se lo tomaron en serio...

—Esa broma costó la vida a cuatro personas —acusó Hebe.

—Lo siento. Yo no pensé que las cosas podían llegar a semejantes extremos. Pero, repito, sólo quise divertirme un poco...

—¿Divertirse o vengarse porque no la invitaban a participar en ciertas fiestas que se celebraban en la casa? —preguntó Wilkins incisivamente.

—¡Eso no es cierto...!

—Usted trató de que la invitasen, pero Szárodny se negó siempre. Para decirlo con pocas palabras, no la quería a usted para nada en Keyton Hall. Entonces, despechada, se inventó lo del vampirismo...

—El médico me curó las heridas de los colmillos —protestó Sylvia.

—Las que usted misma, sin duda, se causó, para que la gente diese crédito a su historia. Pero si fuese cierto que usted fue mordida por un vampiro, ahora sería también vampiro... y tendría que estar dormida en un ataúd, del que no podría salir hasta la noche.

—Bien, suponiendo que todo eso sea cierto, ¿qué diablos les importa a ustedes? Yo no tengo la culpa de que algunos individuos perdieran la cabeza. No tomé parte en el incendio y me considero absolutamente inocente de lo que pasó allí aquella noche.

—Legalmente, puede que sea inocente, pero moralmente, es tan culpable como los que quemaron la casa —terció Hebe críticamente—. Ralph, por favor, vámonos ya; no puedo seguir soportando esta escena un minuto más.

—Sí, será mejor que se marchen, malditos entrometidos —dijo

Sylvia con acento de furor que no podía ocultar—. Y déjenme en paz...

De pronto, Wilkins creyó adivinar los motivos de la recargada decoración de la casa y, aunque se propuso comprobarlo más tarde, decidió que no estaría de más tentar la suerte con una pregunta.

—Señora, ¿acaso temía usted perder su clientela?

El rostro de Sylvia se puso del color de la púrpura. Bruscamente, se puso en pie y, por un momento, Wilkins creyó incluso que se iba a lanzar sobre él para sacarle los ojos con las uñas.

—¡Márchense, márchense! —gritó descompuestamente, hecha una furia—. ¡Váyanse o no respondo de mí...!

—Sí, nos vamos, pero estoy seguro de que he dicho la verdad. Es más, estoy por pensar que incluso quería «mejorar» su clientela con los hombres que acudían a Keyton Hall. Había mucha competencia, ¿verdad?

Sylvia agarró una figurita de porcelana, pero se contuvo en el último instante. Wilkins se dijo que lo mejor era emprender una prudente retirada y cedió a las apremiantes de mandas de Hebe, que tiraba insistentemente de su brazo. Al fin, se encontraron en la calle, perseguidos por una serie de espantosas imprecaciones, de una procacidad como jamás Hebe habría creído escuchar en su vida.

—¡Qué lenguaje. Señor! —se horrorizó—. Ralph, ¿sabes que creo que tenías razón?

—Gracias, por saber apreciar mi perspicacia —dijo él jovialmente.

—Sí, muy perspicaz... pero algo te lo hizo ver y yo no sé qué es...

—La decoración, mujer.

—¿La decoración?

—Sí, Sylvia Shull tiene un gusto horrible, pero a muchas personas debe parecerle el máximo de elegancia y distinción. Me refiero a sus clientes, claro.

—De modo que recibe... a los hombres.

—Nadie me lo ha dicho, pero lo confirmaré. Y ella, estoy seguro, quería entrar a formar parte de la «troupe» de Keyton Hall, para ganar dinero y buscar también clientes que luego fueran para ella de forma exclusiva.

—Pero Szárodny no se lo permitió.

—Sospecho que allí se recibían a tipos que, aparte de su dinero, deseaban una discreción absoluta. Szárodny no podía confiar en una mujer de Rawhile, aparte de que no era de la clase que exigían sus acaudalados clientes. Como sea, se sintió despechada y se inventó la historia del vampirismo. Ya que no podía conseguir lo que deseaba, pensó en eliminar la posible competencia, haciendo que la gente expulsara a Szárodny y a sus sobrinas. Luego, el asunto derivó en tragedia...

—Sí, una horrible tragedia —convino Hebe con un suspiro—. Ralph, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

—Se me está ocurriendo una idea —respondió él.

—A ver, suéltala.

—Estuvimos en el sótano de tu casa, pero, prácticamente, pudimos ver muy poco. Lo único que queríamos en aquellos momentos era salir como fuese.

—Es cierto. ¿Debo pensar que quieres volver allí?

—Hay dos posibilidades —dijo Wilkins—, O los Szárodny murieron y alguien, un grupo de personas, se hace pasar por ellos, o pudieron escapar. Si esto último es cierto, entonces tiene que haber una vía de escape secreta que parte del sótano.

—¿Y si murieron realmente?

—Entonces, es preciso averiguar por qué cuatro personas, un hombre y tres mujeres, tratan de hacerse pasar por los espíritus de los que murieron en el incendio de Keyton Hall.

Habían ido con un par de linternas como único equipo. La losa continuaba todavía en la misma posición, sujeta por el gato, pero Wilkins, a precaución, colocó el puntal que ya había utilizado en la ocasión anterior.

La camioneta de Ben MacTraugh yacía volcada en el fondo del barranco. Desde el exterior, Wilkins contempló la oscura abertura que había en el suelo de lo que había sido en tiempos la planta baja de una elegante residencia campestre.

—Si escaparon, como supones, por un pasadizo secreto, ¿qué hicieron después? —preguntó Hebe.

—Esa es la pregunta que sólo ellos pueden responder. Y no están a la vista, lo cual significa que saben esconderse a la perfección.

—Sí, pero ¿dónde?

—Sospecho que nos va a costar mucho averiguarlo, si es que llegamos a conseguirlo algún día. Pero mejor será que no perdamos tiempo charlando. ¿Te atreves a bajar de nuevo?

Hebe sonrió maliciosamente.

—Esta vez, no nos pillarán de sorpresa —dijo.

—¿Cómo?

—El señor MacGregor sabe que estamos aquí. Si no regresamos para la hora de la cena, vendrá a buscarnos.

—Chica lista —dijo Wilkins, admirado.

—No me gusta tropezar dos veces con la misma piedra, Ralph.

—Trataremos de evitar que eso ocurra. Bien, vamos allá...

Resuelto, Wilkins se sentó en el suelo para adentrarse en el sótano de la casa. Hebe le siguió instantes más tarde.

Capítulo XVII

EL farol que Wilkins sostenía con la mano se movió en todas direcciones y el haz de rayos luminosos incidió en las paredes del sótano sucesivamente. De pronto, Wilkins se sintió acometido por una extraña desazón.

—Aquí sucede algo raro y no sé que es —dijo, pasados algunos minutos.

—¿Raro? Todo parece tranquilo...

—No, no me refiero a sucesos o acciones que se originen en estos momentos. Más bien quería decir que encuentro algo extraño en este sótano y no sé qué puede ser.

Hebe se acercó a una de las paredes y la golpeó con la mano.

—Piedra, sólida mampostería, nada de extraño —dijo.

—Sí, todo parece normal...

Repentinamente, Wilkins echó a correr hacia la escalera.

—¡No te muevas, Hebe! —gritó—. Volveré enseguida.

Ella, un tanto inquieta, lo vio salir al exterior, pero se sintió mucho más tranquila cuando regresó pasados escasa mente cinco minutos.

—¿Qué era, Ralph? —preguntó ansiosamente—. ¿Lo has averiguado?

Wilkins hizo una señal con la mano, imponiéndole silencio. Luego, empezó a andar, a través del sótano, en la parte correspondiente a la anchura. Hebe, terriblemente intrigada, vio que movía los labios como si contase algo.

El joven llegó a la pared opuesta y se volvió.

Sonreía triunfalmente.

—¡Ya lo he descubierto! —exclamó.

—Por el amor de Dios, dime qué eso me dará un ataque —

exclamó la muchacha.

Wilkins se echó a reír.

—El largo es idéntico. Pero me pareció que la anchura del sótano no correspondía con la de la casa. En consecuencia, conté arriba los pasos... y he llegado a la conclusión de que el sótano es nada menos que diez pasos más estrecho que los límites de la casa.

Ella tenía la boca abierta.

—Diez pasos...

—Los he dado bastante largos, casi de un metro. Por tanto, la diferencia es de ocho metros, como mínimo.

—No lo comprendo muy bien, aunque pudiera ser que construyeran el sótano menos ancho, ya desde un principio. Pero eso lo sabrá mejor mi padre...

—Puedes telefonearle a la noche, así saldremos de dudas. Mientras tanto...

Wilkins se interrumpió de pronto.

Un sonido extraño llegaba desde el exterior. Alguien silbaba una vieja y muy conocida melodía.

La mano de Wilkins se cerró fuertemente en torno al brazo de la muchacha.

—Silencio, Hebe —dijo en voz muy baja—. ¿Reconoces esa canción?

—Sí, pero... no tiene nada de extraordinario... Precisamente, ahora se ha hecho una película con ese tema como fondo... Cualquiera puede silbar *Lili Marlén*, Ralph.

—Fuera de aquí, cualquiera, en efecto. Pero en Rawhile, sólo puede hacerlo el espía alemán —dijo él excitadamente.

Muy despacio, sin hacer ruido, Wilkins llegó al borde del agujero y asomó la cabeza, en completo silencio. El hombre que silbaba *Lili Marlén* había cambiado de tonada y ahora interpretaba otra desconocida para el joven, pero de inspiración netamente germánica.

Wilkins sacó los hombros y miró a ambos lados. De pronto, lo vio, en pie, de espaldas, a seis u ocho metros de distancia.

Volviéndose hacia la muchacha, se puso un dedo en los labios para recomendarle silencio. Ella contestó con un callado gesto de

acquiescencia.

El joven acabó de salir al exterior. Dio tres o cuatro pasos y se detuvo a espaldas del individuo, que no se había dado cuenta de su presencia.

—Una bonita canción, Barry, pero me gusta más *Lili Marlén* —dijo—. ¿Qué es lo que silbaba ahora?

El pastor se estremeció, aunque continuó en la misma postura, sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

—Un viejo vals... No lo compuso Strauss y por eso es poco conocido, aunque si me gusta mucho —contestó.

—¿Le gustaba más *Horst Wessel*?

—No, demasiado retumbante, casi mística... *Lili Marlén* es mucho más melodiosa. A ustedes, los ingleses, les gustaba también muchísimo.

—Es cierto, se trata de una bonita melodía, Barry, ¿cuál es su verdadero nombre?

—¿Cómo lo ha adivinado, señor Wilkins? —inquirió el pastor.

—Anoche, cuando Teal fue asesinado, alguien, al verle aparecer, lanzó una exclamación digamos foránea: *Gort im Himmel!* Yo la escuché claramente pero había mucha agitación y no pude dar de momento con su autor. Luego le he oído silbar a usted y entonces he recordado...

El pastor continuaba en la misma postura.

—Y ahora, ¿qué hará usted, señor Wilkins? ¿Va a denunciarme al M16?

—Le están buscando, es cierto, y un buen amigo me habló del caso, porque sabía que yo iba a venir aquí. Confieso que en algunos momentos he llegado a creer que se trataba de una fantasía, pero los hechos parecen demostrar la realidad del caso.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta —insistió el pastor.

—Antes de responder, me gustaría conocer su versión de los hechos. Han pasado ya muchos años y, según estimo, no tiene usted nada que temer de la justicia británica. Aunque sí sospecho que le obligarán a entregar el dinero.

—¿Podrían hacerlo? Los jueces ingleses son muy estrictos. Si se demuestra que yo no hice nada y que no he empleado el dinero en causar daños al país, incluso podrían sentenciar que me pertenece.

—Todo es posible, pero antes es preciso saber lo que ha hecho

realmente, Barry —insistió el joven—. Porque no hay que olvidar una cosa: usted está ocupando el puesto de un hombre que se llamó Barry Cheering y es preciso saber qué fue de él. Podrían, incluso, sospechar que lo asesinó para usurpar su identidad...

—No, eso no es verdad. Barry Cheering no ha existido jamás —declaró el pastor.

De pronto, lanzó un gran suspiro y se acercó a una piedra situada al borde del talud, en la que se sentó, con el cayado entre las piernas.

—Vengan aquí —indicó. Por primera vez voy a contar mi historia. Luego... ustedes decidirán sobre lo que deben hacer conmigo.

—Vaya, se ha dado cuenta de que yo también estaba aquí —exclamó Hebe, muy sorprendida.

—Donde esté él, está usted —contestó Cheering con sorna—. Y, sospecho, así será en lo sucesivo.

—¿Es también profeta, Barry? —preguntó Wilkins jovialmente.

—El más tonto lo adivinaría sin dificultad... pero será mejor que empecemos de una vez.

Hebe se movió un poco, para arrodillarse en el suelo y sentarse sobre sus talones frente al pastor. Delante de sus ojos, pensó, tenía a un temible agente nazi, a un superviviente de la pasada guerra... un hombre que había elegido la vida tranquila y apacible de un pastor, tras haber corrido, sin duda, innumerables aventuras de riesgo y emoción.

Cheering sacó su pipa y se dispuso a encenderla. Durante unos segundos, no hubo otra cosa que silencio en aquel lugar.

—Mi verdadero nombre es Walter Schüring, apellido que se pronuncia prácticamente igual que el de Cheering, adaptado a la grafía inglesa —dijo el pastor al cabo de unos momentos—. Y, es cierto, desembarqué en la costa, muy cerca de Rawhile, con documentación falsa, por supuesto, y con el millón de libras en el bolsillo.

»El dinero quedó momentáneamente escondido. Luego yo recorrí el país, vestido de soldado, sin que nadie supiera descubrirme. Pero la operación no acabó por dar resultado. La invasión no se decidió y

quedamos descolgados, aislados de nuestro país.

»No sé qué fue de los otros. Cuando me di cuenta de que la cosa no funcionaba, pensé que si me atrapaban podía acabar en la horca, como espía. Además, el curso de la guerra estaba ya cambiando y no era difícil adivinar su final. Pero, por si fuese poco, un día me echó el guante una patrulla de la policía militar. ¿A que no saben qué me ocurrió? Les aseguro que no son capaces de imaginárselo.

—Si no nos lo cuenta, no lo sabremos nunca —sonrió Hebe.

Cheering soltó una risita.

—Me llevaron a un campamento donde recogían a toda clase de ovejas descarriadas: prófugos que no querían incorporarse al ejército, desertores, inadaptados... y cuando quise darme cuenta, estaba cruzando el Canal con las fuerzas de invasión del continente, como sargento de un batallón de choque. «Cometí» un par de actos heroicos, salvé al comandante de mi batallón, me dieron un par de medallas, a la Orden de Servicios Distinguidos... En fin, casi me convertí en un héroe británico.

—Y luego se licenció honrosamente —supuso Wilkins.

—Sí. Entonces, me acordé de Rawhile y pensé que era un sitio muy bonito para vivir. Volví aquí con las pagas de licenciamiento, compré unas cuantas ovejas... y hasta llegué a casarme, aunque no tuve hijos.

—Vaya, se casó y todo —resopló la muchacha.

—Mi mujer murió hace un par de años —dijo Cheering con melancolía—. No tardó mucho en adivinar la verdad, después de casados, pero me quería y jamás me traicionó.

—¿Ni siquiera sabiendo que usted era dueño de un millón de libras esterlinas? —preguntó Wilkins, asombrado.

—Verá... Si yo hubiese querido, habría podido marcharme de Rawhile con el dinero en los bolsillos, vivir fastuosamente, con lujos, mujeres, automóviles... pero eso, inevitablemente, hubiera acabado por despertar sospechas, donde quiera que hubiese ido, y al final habría dado con mis huesos en la cárcel. No me habrían ahorcado ya, porque la guerra se había acabado, pero tampoco me seducía la idea de pasar el resto de mis días en una cárcel. El millón de libras no era suficiente para pagar la libertad que he gozado durante todos estos años.

—Y dejó que el dinero continuase en el mismo sitio... Estará allí,

donde lo escondió, supongo.

—Ya no —contestó Cheering—. Imagino que va a costar mucho que me crean, pero la verdad es que ese dinero ya no existe. Lo dejé en una cueva, en los acantilados de la costa... Un día, pasados un par de años, fui a ver si estaba allí... Pensaba entregarlo anónimamente, para obras de beneficencia... pero el mar había invadido la cueva y se llevó los billetes.

—Un detalle sorprendente para una historia llena de interés —calificó Hebe.

—Mi amigo el agente MI6 no se lo creerá cuando se lo diga...

—¿Piensas contarle la verdad, Ralph? —preguntó la muchacha. Wilkins movió lentamente la cabeza.

—No —respondió—. Le diré que he fracasado. No quiero que el señor Cheering sufra molestias ni tenga problemas. La guerra acabó hace muchos años, antes de que nacióramos ninguno de los dos, y sería injusto reabrir viejas heridas. Por lo que respecta a nosotros dos, Barry puede estar tranquilo; no revelaremos jamás su secreto. ¿De acuerdo, Hebe?

Ella asintió.

—Completamente, Ralph —contestó.

—Debo darles las gracias —sonrió Cheering—. Ya no podrían hacerme nada, quizá, expulsarme del país...

—Se casó con una ciudadana británica. Usted ya tiene esa nacionalidad.

—Pero fue bajo un nombre falso...

—Se crearían muchos problemas y el MI6 no saldría muy bien parado. Yo creo que se lo pensarían mucho antes de dar publicidad al asunto, y si ellos no dirían nada, nosotros tampoco. Repito que guardaremos su secreto, Barry.

—Por supuesto, aunque debería hacernos un favor —dijo Hebe—. ¿Qué sabe de los Szárodny? ¿Murieron realmente?

¿Viven? Si viven, ¿dónde se esconden? ¿Por qué hacen todas esas cosas tan extrañas?

Cheering suspiró.

—Demasiadas preguntas, señorita. Si se esconden, y todo parece señalarlo así, deben tener un buen sitio, porque hasta ahora, nadie ha conseguido dar con ellos.

—Ni siquiera Drake.

—Ese es un fanfarrón. No estuvo en comandos ni cosa que se le parezca, sino en una unidad de suministros y, para colmo, no salió jamás del país. Pero le gusta hacerse el héroe y, además, cobra del municipio por recorrer la comarca en busca de los asesinos. Y como no los encontrará jamás, seguirá chupando del presupuesto comunal, hasta que alguien lo descubra y le arree una patada en las posaderas, con perdón, señorita Grayson.

—En resumen —dijo Wilkins—. Los Szárodny y sus en cantadoras «sobrinas», van a seguir asesinando a la gente, si antes alguien no pone remedio a sus tropelías.

—A menos que ocurra un milagro, esas son las perspectivas, porque, la verdad, no tengo la menor idea del lugar donde pueden esconderse —contestó Cheering.

—Yo había pensado en el sótano, pero es imposible; está vacío.

—Tiene que ser un escondite mejor, pero ahora, sabiendo que no están allá abajo, procuraré abrir bien los ojos. En el momento en que averigüe algo, se lo diré a ustedes inmediatamente.

Wilkins se puso en pie y tendió una mano a la muchacha.

—En tal caso, no nos queda más remedio que regresar a Rawhile.

Hebe dirigió una sonrisa al pastor.

—Cuente con nuestra eterna discreción, señor Cheering —dijo.

El hombre sonrió también.

—Gracias —dijo simplemente.

—¿CREES de veras que Barry nos ha contado la verdad?

Hebe le había hecho una pregunta y Wilkins tardó unos segundos en contestarla.

—Si —dijo al cabo—. A estas alturas, ya no tendría sentido mentir, sobre todo, sabiendo los problemas que podría crearse, si el asunto se divulgase. Schüring, mejor dicho, Cheering, tomó una sabia decisión hace muchos años, cuando se acabó la guerra. Muy pocos habrían podido resistir la tentación, con un millón de libras al alcance de la mano. Para mí, fue una decisión ideal.

—Un sabio que supo huir del mundanal ruido.

—Y ha gozado de la felicidad todos estos años, lo cual vale más que todos los tesoros del mundo. Tenía razón cuando dijo que el secreto se hubiera descubierto, tarde o temprano, si hubiese empezado a derrochar el dinero; lo menos que habrían hecho con él hubiera sido meterle en la cárcel para un buen montón de años, y los pasó casado felizmente y en libertad. ¿Qué darías tú a cambio de todo esto?

—Nada, es algo que no tiene valor —convino la muchacha—. Libertad y felicidad... no hay en el mundo dinero suficiente para comprarlas.

—Entonces, habremos de convenir que Barry tomó el mejor camino.

—Todo lo contrario a otras personas que andan por ahí cometiendo crímenes y aterrorizando a la gente.

—Daremos con ese cuarteto siniestro, te lo aseguro —dijo Wilkins firmemente, cuando ya entraban en la posada—. ¿Qué te parecería un trago de algo para reconfortar el cuerpo?

—Me parecería estupendo, Ralph —aceptó ella sonriendo.

Atravesaron el pequeño vestíbulo, que tenía comunicación con la taberna, y pasaron al local, en el que Maud estaba atendiendo a un cliente en aquellos momentos.

—No, señor; le digo que le han engañado. Keyton Hall no existe... y si no me cree, ahí precisamente llega su dueña —dijo la chica.

El desconocido se volvió. Hebe se sentía muy intrigada por lo que acababa de escuchar.

—Maud, ¿por qué me has mencionado? —preguntó.

—El señor Neighburns se lo dirá, señorita —contestó Maud.

El hombre se puso en pie.

—Me llamo Robert Neighburns —se presentó—. Si es usted la dueña de Keyton Hall, me gustaría hablar con usted unos minutos...

—No tengo inconveniente —accedió la muchacha—. Mi nombre es Hebe Grayson. El caballero que me acompaña es Ralph Wilkins, buen amigo y de toda confianza. Si tiene algo que preguntarme de Keyton Hall, puede hacerlo delante de él sin temor a indiscreciones.

Hubo un cortés intercambio de saludos. Luego, Neighburns les invitó a sentarse a su mesa.

—Les explicaré rápidamente lo que me sucede —dijo, después de que Maud hubiera servido unas bebidas—. Hace algún tiempo, un tipo llamado John Evans me encargó unos decorados, mostrándome una fotografía de cierta casa. Dijo que iba a realizar una película, pero que no podía utilizar el edificio original, porque sus dueños se negaban a concederle permiso. Sólo necesitaba unas tomas ante las fachadas principal y trasera, que es lo que yo reproduje en mis decorados. Además, me pidió los hiciera desmontables y por piezas, fáciles de armar y desarmar. Fue una tarea muy larga y bastante complicada, precisamente porque se buscaba la facilidad para el montaje y desmontaje, pero al fin la tuve concluida. Evans me había dado un anticipo a cuenta, pero luego no me pagó el resto... y, ¡caramba!, ese resto es un pico más que respetable y no me gustaría perderlo.

Aquellas palabras despertaron el interés de los dos jóvenes.

—Dice que le encargaron un decorado, exacta reproducción de Keyton Hall —exclamó la muchacha, asombrada.

—Sí, señorita...

—Y el tipo se llamaba John Evans, de Rawhile.

—Dijo que residía aquí temporalmente, mientras terminaba el guión de su película, un lugar tranquilo, donde no tendría apenas molestias y su labor se realizaría con toda tranquilidad. Pero resulta que John Evans no existe y, además, Keyton Hall, según acabo de enterarme, fue destruida por un incendio hace algunos años.

—Es cierto —corroboró Hebe—. Señor Neighburns, temo que ha sido víctima de un engaño monumental, aunque ignoro con qué objeto.

—Precisamente veníamos ahora del solar donde estuvo Keyton Hall —terció Wilkins—. Pero me gustaría hacerle una pregunta, señor Neighburns.

—Si, por supuesto —accedió el aludido.

—¿Entregó los decorados o se los llevó Evans en persona?

—Vino él a buscarlos en un furgón. Modestia aparte, hice una buena labor y el decorado casi podría decirse cabe en una maleta. Pero, repito, no me pagó y yo estoy dispuesto a cobrar la deuda como sea... o a llevarme los decorados, que quizá tenga ocasión de utilizar algún día en otra película —contestó Neighburns resueltamente.

—Sentimos mucho no poder ayudarle —manifestó el joven—. No conocemos a Evans...

Neighburns emitió una sonrisa de circunstancias, a la vez que se ponía en pie.

—Creo que he perdido el tiempo y el dinero —dijo—. De todos modos, pondré una denuncia cuando llegue a Londres. La policía acabará por dar con ese estafador y entonces nos veremos las caras.

—No lo dudo —sonrió Hebe—. Lamentamos mucho lo que le ha sucedido, pero, repito, no podemos hacer nada por usted.

El sujeto consultó su reloj.

—Temo que ya es un poco tarde y que habré de pasar la noche en Rawhile. A pesar de todo, celebro infinito haberles conocido.

Neighburns se marchó. Hebe se volvió hacia Wilkins.

—¿Qué te parece, Ralph?

El joven se acarició pensativamente el mentón.

—Yo tenía razón —dijo—. Vi la casa, pero entonces no podía imaginar que se trataba de un decorado. Y ellos, dígame lo que se diga, están vivos, porque unos espectros no matan a la gente con medios físicos, como cuchillos o una soga. Lo que, en cambio, no

puede decirse, es qué objeto tienen esos crímenes, fuera de la venganza por lo que les hicieron años atrás.

—Si al menos supiéramos dónde se esconden... Pero ¿es concebible que las tres mujeres acompañen a Szárodny en su venganza?

—Son trillizas, lo que quiere decir que deben de tener unos sentimientos muy parecidos, como sucede con los gemelos. Por otra parte, sospecho que Szárodny debía de ser un sujeto de una personalidad muy poderosa, terriblemente influyente... de tal modo, que ellas debían de estar sujetas a su voluntad poco menos que irremisiblemente. De todos modos, una cosa es segura: el enigma seguirá siéndolo, mientras no consigamos encontrarlos.

—Y no va a resultar fácil —suspiró ella.

Estaba desvelado y no podía conciliar el sueño. Continua mente, daba vueltas en la cama, mientras pensaba una y otra vez en aquel intrigante problema, cuya solución no acababa de encontrar, por más esfuerzos que hacía.

De pronto, oyó el ruido de una puerta que se abría.

—¿Adónde diablos irá esta loca ahora? —masculló Wilkins, a la vez que saltaba de la cama.

Eran más de las doce y no le agradó la idea de que Hebe saliera de la posada a una hora intempestiva y menos todavía, sin avisarle. Poniéndose en pie rápidamente, corrió a la puerta y la abrió.

Alguien descendía por la escalera. En un par de saltos, se acercó a la barandilla y pudo ver la figura de un hombre que abría la puerta exterior, para salir a la calle.

Aunque lo había visto muy poco, reconoció a Neighburns inmediatamente. Respiró aliviado, porque acababa de comprobar que Hebe no había cometido ninguna imprudencia. Decidió volverse a la cama y, se dijo, ahora quizá podría conciliar el sueño...

Al girar, vio una cosa blanca en el suelo. Intrigado, se agachó y recogió el papel, en el que había una nota escrita, que leyó por curiosidad.

Una especie de sacudida eléctrica recorrió su cuerpo segundos después.

Durante una brevísima fracción de tiempo permaneció inmóvil en el mismo sitio. Luego arrancó a correr y, sin más, se metió en el dormitorio de la muchacha.

Hebe despertó sobresaltada.

—No hagas ruido y vístete —dijo él en voz baja—. Yo también voy a vestirme. Nos reuniremos en el pasillo...

—Pero ¿qué sucede, Ralph? —preguntó ella, alarmada y desorientada, porque había sido sorprendida en lo mejor de su sueño.

—Neighburns ha sido atraído a una encerrona. Alguien le ha citado para que acuda a Keyton Hall.

Wilkins no dijo más. Lanzó el papel que había encontrado en el suelo y ella apenas si tuvo tiempo de atraparlo al vuelo. Hebe se sentó en la cama y leyó:

«Venga a Keyton Hall inmediatamente. Estoy dispuesto a cancelar la deuda.

»Muy atentamente.

»J. E.

Hebe se puso una mano en la mejilla.

—¡Dios mío, ese pobre hombre no sabe dónde se ha metido! —exclamó, sin poder contenerse.

Pero reaccionó muy pronto y saltando de la cama, empezó a vestirse precipitadamente. Cuando terminaba, vio que la puerta del dormitorio se abría nuevamente.

—Estoy lista, Ralph.

Hebe se pasó apresuradamente un cepillo por el pelo y echó a correr. Luego, los dos, con las manos juntas, deseen dieron por la escalera, atravesaron el vestíbulo y salieron al exterior.

La calle estaba desierta y en silencio.

—Iremos en el coche; así llegaremos más pronto —dijo él.

Hebe no puso ninguna objeción. Segundos después, Wilkins ponía el automóvil en movimiento.

—¿Cómo has sabido que Neighburns iba a dirigirse a Keyton Hall? —preguntó la muchacha.

—Oí un ruido y me pareció que eras tú, saliendo de tu habitación. Yo estaba desvelado y no podía dormir... Me enfadé mucho, pensando que cometías una imprudencia, sal té de la

cama... y entonces vi que era él. La nota debió caérsele sin que se diera cuenta y yo la recogí del suelo...

—Es extraño. ¿Cómo la recibió?

—No lo sé y tampoco importa demasiado. Tal vez él entró subrepticamente y la pasó por debajo de su puerta...

Hebe sintió un escalofrío.

—Ralph, ¿qué pretende hacer ese horrible individuo con Neighburns? ¿Va a cometer otro crimen?

—No lo sé, pero, se trate de lo que se trate, hemos de impedirlo a toda costa.

—Estamos desarmados...

—A él no le conviene admitir una pelea franca. Huirá, si ve que nos acercamos.

—A su escondite, sin duda.

Wilkins asintió.

—Pienso hacer todos los posibles por encontrarlo —dijo ceñudamente.

Neighburns detuvo el automóvil en las inmediaciones de Keyton Hall y estupefacto, contempló la casa que se levantaba en la explanada. Había luz en las ventanas de la planta baja y pensó que la dueña del edificio le había engañado.

—Mira que decirme que se quemó hace años...

Cerró el contacto, apagó las luces y se apeó del coche. Sentíase un tanto nervioso y encendió un cigarrillo para calmar sus nervios.

Presentía que iba a ser una entrevista poco agradable. Además, ¿por qué diablos no se dejaba ver Evans en el pueblo? ¿A qué o a quién temía?

—La verdad es que en este mundo hay tipos muy raros... —masculló entre dientes.

Aspiró un par de bocanadas de humo y echó a andar. Estaba a unos cuarenta metros de la casa y, de pronto, vio que se abría la puerta.

Un hombre apareció en el umbral y la silueta se recortó claramente contra el fondo iluminado.

—Acérquese, señor Neighburns, no tema —dijo el sujeto.

Neighburns dio unos pasos, pero, súbitamente aprensivo, se

detuvo y miró receloso al individuo.

—¿Está dispuesto a pagarme, señor Evans?

—Por supuesto, amigo mío. Venga, ya tengo el cheque preparado...

A Neighburns le pareció por un instante que él era la mosca y Evans la araña que le incitaba a acudir a su red. Pero había hecho un buen trabajo, en el que había empleado muchas horas, y era una cantidad de dinero que no quería perder. El deseo de cobrar lo que se le debía venció sus últimos temores y reanudó la marcha.

Instantes después, llegaba a la puerta. Evans se echó a un lado.

—Pase, pase, por favor...

¿Sonreían las arañas antes de devorar a su presa?, se preguntó Neighburns.

Dio un paso, luego otro...

Y, de repente, comprendió el engaño.

En el mismo momento, antes de que tuviera tiempo de reaccionar, se oyó un fuerte chirrido de frenos y un agudo grito:

—¡No, no entre ahí!

Capítulo XIX

ESTUPEFACTO. NEIGHBURNS vio que había caído en su propia trampa. No había tal casa, sino una simple fachada, y él la había construido con rara perfección. Fue en aquel instante cuando oyó el grito de aviso.

Evans lanzó un rugido de furia. Tenía algo en la mano y quiso atacar a Neighburns, pero éste pudo eludir el golpe, aunque tropezó con una piedra y cayó al suelo.

Wilkins y la muchacha habían saltado ya del coche y corrían hacia la explanada. De pronto, alguien surgió de la oscuridad con una antorcha encendida en las manos.

Era una mujer y apareció por uno de los lados del decorado. La antorcha cayó al pie y la tela que imitaba tan bien la fachada de Keyton Hall empezó a arder de inmediato.

Ella desapareció rápidamente en la oscuridad. Wilkins no quiso perseguirla; sabía que podía encontrarse en desventaja y además todo su interés estaba concentrado en ayudar a Neighburns.

Evans había desaparecido también. Wilkins atravesó la falsa puerta en un par de saltos y llegó al otro lado. Neighburns sollozaba de pánico.

—Quería matarme..., quería matarme...

El joven se inclinó y lo levantó por los sobacos.

—Vamos, Robert, no se quede parado —dijo—. Haga algo por sí mismo. Esto es sólo un decorado, pero ya arde y se nos puede caer encima.

El sujeto apenas si podía moverse. Wilkins tuvo que arrastrarlo hasta un lugar seguro. Neighburns, presa de un ataque de nervios, no era capaz de reaccionar.

Hebe, algo apartada, contemplaba atónita aquella exacta

reproducción de la fachada de Keyton Hall. Le parecía que estaba contemplando el incendio de su propia casa. Sólo faltaban cuatro personas, asomándose por las ventanas, chillando a través de las llamas...

Wilkins se acercó a ella y asió su brazo.

—Por fortuna, hemos llegado a tiempo —dijo.

Hebe suspiró profundamente.

—Estoy viendo cómo arde mi casa por segunda vez —murmuró.

—Es sólo un decorado, aunque el efecto es muy realista. No se puede negar que es todo un espectáculo —respondió él.

—Desde luego... ¿Cómo está Neighburns?

—Bien, aunque con un fuerte «shock», pero ya se le pasará. Por fortuna, hemos llegado a tiempo de salvarle la vida.

—¿Y... ellos?

—Han desaparecido.

—Regresarían a su escondite.

—Sin duda alguna.

Las llamas alcanzaban ya una altura impresionante. De súbito, todo el decorado se vino abajo, con gran estrépito de las maderas que constituían el armazón, consumidas en su mayor parte.

Neighburns vino en aquel momento, sacudiéndose las ropas.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Hebe solícitamente.

—Si... He pasado un *miedo* horroroso... Debo de haber dado todo un espectáculo, supongo —dijo el decorador con una sonrisa de conejo.

—Nadie es dueño de sí mismo en determinadas circunstancias y no tiene por qué avergonzarse de ello —manifestó Wilkins—. Lo importante es que ha salvado la vida. Puede que pierda su dinero, pero ya lo recuperará por otra parte algún día.

—Eso espero... Oh, todavía no les he dado las gracias.

—No se preocupe; nos sentimos bien pagados sabiendo que le hemos librado de un grave apuro.

—Les estaré reconocido mientras viva, pero... me gustaría saber qué les hizo venir tan oportunamente.

—Usted perdió la nota en que le citaban aquí —dijo Wilkins.

—Soy un tipo descuidado en ocasiones. Pero tenía ganas de cobrar la deuda y no me paré a pensar que podía tratarse de una trampa.

—¿Cómo llegó esa nota a su poder? —preguntó Hebe.

—Me la entregó Maud, la chica de la posada. Dijo que había encontrado una carta en el casillero... Añadió que alguien la había dejado en un momento de descuido, cuando no había nadie en la recepción...

—Es posible que fuese así. Debió de ocurrir después de cenar, cuando no había nadie en el vestíbulo —supuso Wilkins.

—Y nadie le vio entrar en la posada —se admiró Hebe.

—A esas horas, la calle estaba desierta. En fin, señor Neighburns, ¿qué piensa hacer ahora?

—¿Qué pienso hacer? —repitió el decorador. Señaló su coche—. Ahora mismo salgo disparado y no pienso parar hasta mi casa, en Londres...

Metió la mano en el bolsillo, sacó unos cuantos billetes y se los entregó al joven.

—Hagan el favor de pagar la cuenta de mi hospedaje. Tengo allí solamente un poco de equipaje; ya me lo enviarán los *MacGregor* algún día —añadió.

Inmediatamente. Neighburns corrió hacia su automóvil, se puso tras el volante y salió disparado.

—Parece que le persiguiera el diablo —rio Hebe.

—Era un verdadero demonio el que estuvo a punto de matarle —dijo Wilkins pensativamente—. Pero ¿por qué ese decorado? ¿Qué objeto tenía reproducir la fachada de tu casa, si no parece tener mucha relación con la venganza de Szárodny?

—Sólo lo sabremos cuando lo detengan y explique por qué lo hizo —contestó ella, mientras contemplaba las brasas de la breve hoguera que había consumido el decorado en pocos minutos.

—Antes será preciso encontrarlo. Y no va a ser fácil —masculó el joven rabiosamente.

Por la mañana, se reunieron en el comedor, para tomar el desayuno. Hebe parecía un tanto ojerosa, pero resuelta y animada. Wilkins, en cambio, se sentía muy frustrado.

—Aún no podemos imaginarnos dónde se esconden...

—Ralph, no querría pecar de inmodesta, pero creo que tengo la solución —dijo ella.

—¿De veras?

—Sí Lo había olvidado. Anoche, después de retirarme a mi dormitorio recordé que debía llamar a mi padre. Hablé con él y me dijo algo muy interesante acerca del sótano, algo que tú llegaste a notar, pero sin comprender su significado.

—¿De qué se trata? —preguntó Wilkins ávidamente.

Hebe no tuvo tiempo a contarle. Un individuo se acercó a ellos cortésmente.

—Perdonen —dijo—. ¿Tengo el honor de hablar con miss Hebe Grayson?

La muchacha, sorprendida, alzó la cabeza.

—Sí, soy yo...

El sujeto de mediana edad, regordete y con las mejillas sonrosadas sacó una billetera.

—Permita que me presente, señorita. Inspector Hendley, de Scotland Yard.

—¡Por fin! —exclamó ella vivamente—. Ya era hora de que la policía tomase cartas en el asunto... Inspector, le presento al señor Wilkins, un excelente amigo mío, delante del cual puede hablar usted sin reparos, incluso en el caso de que piense arrestarme.

—Soy abogado y aunque no ejerzo, la defendería —sonrió el joven.

—No tengo nada contra la señorita —declaró Hendley—. ¿Me permiten sentarme y les explicaré sucintamente lo que sucede?

Hebe movió una mano.

—Por supuesto, inspector. Y si lo desea, puede desayunar también con nosotros...

—Gracias, pero lo hice en el camino. He salido muy temprano de Londres, después de recibir los informes de un par de mis hombres, que han estado días atrás en Rawhile y me han contado lo que sucede.

—No los hemos visto —declaró Wilkins, sorprendido.

—Tenían instrucciones de pasar desapercibidos. Pero la cosa ya no se puede demorar más.

—Está bien, hable, inspector —pidió la muchacha.

—Se trata de un caso que nos preocupa desde hace ya algunos años. Varias personas, hombres todos y muy acaudalados, desaparecieron misteriosamente, sin que hasta ahora se hayan

vuelto a tener noticias suyas. Tras muchas investigaciones, hemos llegado a la conclusión de que todos ellos, de una forma u otra, y en distintas épocas, pero relativamente próximas entre sí, vinieron a Rawhile. Sin embargo nadie les vio en el pueblo ni jamás se ha sabido que pusieran los pies no ya en la posada, sino ni siquiera en ningún otro lugar de Rawhile. Todos los indicios conducen a pensar que se dirigieron directamente a un lugar llamado Keyton Hall.

—Mi casa —exclamó ella vivamente.

—Eso tengo entendido —dijo Hendley—. Pero, después, ninguno volvió a Londres ni se tuvieron jamás noticias de su paradero. Simplemente desaparecieron como si jamás hubieran existido.

Hebe cambió una mirada con el joven. Wilkins hizo un gesto afirmativo.

—Son los que asistían a las fiestas que daba Szárodny y sus sobrinas —dijo él.

—¿Fiestas? —repitió Hendley.

—Orgías —puntualizó Hebe—. Y no quiero decir lo que allí sucedía, porque...

—Es una chica muy pudorosa, inspector —sonrió Wilkins.

—Creo que comprendo —dijo el policía—. Había tres mujeres muy hermosas...

—Trillizas y tan parecidas entre sí, como tres gotas de agua, para más señas.

—Eso debía de resultar terriblemente excitante para algunos —murmuró Hendley—. De modo que los atraían a Keyton Hall con el incentivo de disfrutar de los encantos de tres mujeres absolutamente iguales y carentes de moral.

—Lo cual, imagino, debía de proporcionarles saneados ingresos —dijo Wilkins.

—Sobre todo, si se piensa que ya no volvieron a sus casas.

Hebe se puso pálida.

—Entonces... los asesinaban después de las orgias...

—O durante las orgías —se estremeció el joven.

—¿Qué clase de horribles fiestas se daban en mi casa? —exclamó Hebe, horrorizada—. Ralph, ahora creo que fue una bendición que ardiese totalmente. No la reconstruiremos jamás, puedo asegurárselo.

—Una decisión muy acertada —calificó el joven—. Aunque ya

había dicho algo sobre el particular...

—Si pensábamos rectificar, no lo haremos —dijo ella.

Wilkins se volvió hacia el policía.

—Inspector, temo que no vamos a poder ayudarle demasiado...

Hebe extendió una mano bruscamente.

—Aguarda un momento, Ralph —dijo—. El inspector Hendley anda buscando a un posible asesino.

—Y a sus encantadoras pero sanguinarias cómplices —agregó el mencionado.

—Están escondidos en alguna parte. Aunque la gente haya llegado a creer que murieron, consiguieron salvarse y yo sé cómo lo hicieron.

—Hebe, por el amor de Dios, habla de una vez —pidió el joven—. No nos tengas sobre ascuas...

—Hablando de una casa que se quemó, es una frase muy apropiada —sonrió ella—. Bien, Ralph, antes decía que anoche estuve hablando con mi padre.

—Si, en efecto, eso es lo que has dicho.

—Y le conté algunas cosas... ¿Recuerdas que, aunque de modo algo impreciso, tomaste medidas del sótano?

Wilkins se atiesó.

—Quizá ahí esté la solución.

—Creo que sí. Mi padre dice que la planta del sótano es idéntica a la del edificio.

—Había una diferencia de ocho o nueve metros...

—Pero la pared es de piedra, donde debería haber hueco.

—Hebe, nosotros no tanteamos aquel lugar con algunos golpes. Vimos un muro y nos imaginamos que sería de mampostería, pero no se nos ocurrió pensar que podía ser un simple decorado. Hendley había sacado una pipa y fumaba apaciblemente, mientras escuchaba con atención el diálogo de ambos jóvenes, sin intervenir en ello. Wilkins se volvió de pronto hacia el policía.

—Inspector, creo que hemos dado con la solución del caso —dijo.

—Muy interesante —murmuró Hendley, sin soltar su pipa de los dientes.

En aquel momento, entró un hombre. Barry Cheering divisó a la pareja y se detuvo irresoluto al ver que tenían un acompañante.

Pero el joven le vio también y agitó su mano.

—Acérquese. Barry —llamó.

Cheering se quitó el sombrero. Miró un instante a Wilkins y a la muchacha y luego fijó su vista recelosamente en el policía.

—Barry, no tema —dijo el joven, a fin de tranquilizarle—. El señor Hendley es un inspector, del Yard. Hable sin miedo.

Cheering asintió con una ligera sonrisa.

—Sospecho que he encontrado el escondite de los Szárodny —dijo.

HUBO una discusión bastante viva, pero, al fin, ganaron Wilkins y Hebe. El inspector Hendley cedió en el horario: irían a Keyton Hall por la noche, aunque a primera hora, pero él, en cambio, distribuiría a sus hombres en un amplio círculo, para que los culpables no pudieran escapar.

El furgón no podría atravesar las barreras policiales que se habían montado a partir del ocaso. Y si se movía fuera de las carreteras no podría correr demasiado.

Eran cerca de las ocho cuando llegaron a las inmediaciones de Keyton Hall. Wilkins, impulsivo, marchaba en cabeza, con una potente linterna en la mano.

Las cenizas del incendio se habían apagado ya y, en parte, dispersado por el viento. La entrada al sótano aparecía abierta.

Cheering les acompañaba también. Entre los tres hombres, apartaron por completo la losa, todavía sujeta por los puntales, de modo que el descenso se hacía ahora sin dificultad. Wilkins, siempre en primer lugar, puso el pie en los escalones y empezó a bajar con gran cuidado.

Momentos después, se hallaban los cuatro en el sótano. Wilkins se acercó a la pared y la tocó con la mano.

—Decorado, perfectamente hecho —dijo.

—Quizá por Neighburns —apuntó Hebe.

—No. A Neighburns le encargaron solamente la fachada de la casa...

Wilkins calló repentinamente. Al otro lado de aquella pared de tela y madera sonaban unas voces.

Hendley llevó su mano a la pistola, pero la retiró inmediatamente, como avergonzado de un gesto impremeditado

Wilkins hizo un gesto con la mano.

—Apaguen las luces —ordenó.

La oscuridad se hizo en el acto. Wilkins sacó un cortaplumas del bolsillo y, con grandes precauciones, empezó a cortar un trozo de tela del decorado.

A los pocos momentos, un rayo de luz penetró a través del hueco, junto a unas voces humanas.

Wilkins agarró al pastor por un brazo.

—Usted lo conocía —susurró.

Cheering aplicó el ojo a la abertura. Instantes después, se volvió hacia el joven.

—Szárdodny, no hay duda.

Entonces, habían conseguido escapar, pensó Wilkins. El sótano les había servido para salvar la vida del fuego...

La voz de Szárdodny sonó con acento imperativo:

—Aquí ya hemos terminado, chicas. El negocio se acabó y ya venderemos el producto en alguna parte. Hemos de largarnos antes de que nos echen el guante. Si esos aldeanos nos pusieran la mano encima, lo pasaríamos muy mal.

—Iremos donde tú ordenes, Stephen —contestó una mujer.

Wilkins acercó el ojo al agujero que había abierto. Entonces presenció una escena realmente sorprendente.

Al otro lado de aquella falsa pared había un vasto espacio, en el que se veía un furgón de tipo comercial, aunque sin ninguna clase de inscripciones en los costados y en la doble puerta trasera. Szárdodny, ayudado por las mujeres, estaba sacando del furgón una serie de piezas hechas de una armazón de madera y tela pintada.

Wilkins comprendió que estaba viendo diferentes secciones que, unidas mediante hábiles empalmes, contruidos por Neighburns, formaban la fachada trasera de la casa que él había visto en cierta ocasión. Era preciso admitir que Neighburns era un hombre genial, ya que había sabido realizar lo que casi se podría llamar una obra de arte. En un mínimo de espacio, habían casi doscientos metros cuadrados de fachada, con, al menos, una puerta practicable.

Sin embargo, ciertos detalles le hicieron comprobar que se trataba de una vista posterior del edificio. La que había ardido era la fachada delantera. Pero ¿que objeto tenía ordenar la construcción de dos falsas fachadas de un edificio consumido por el fuego de

unos años antes?

El hombre y las tres mujeres se movían con rapidez. Wilkins pudo ver unas grandes maletas en el suelo, a poca distancia del furgón. Era evidente que, viéndose ya en una situación crítica, preparaban la huida.

Moviéndose un poco lateralmente, pudo ver algo situado sobre un trípode. Muy pronto supo que se trataba de una cámara de video. ¿Qué infernales escenas habían grabado los componentes de aquel depravado cuarteto?

De pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—Déjeme —susurró Hendley.

El joven se apartó. Hendley dio un paso hacia delante, pero lo hizo con cierto ímpetu y tropezó con la irregularidad del suelo.

El policía empezó a caer. Manoteó desesperadamente, queriendo agarrarse a algo, pero no encontró ningún asidero y cayó con la cabeza hacia la falsa pared.

Hebe emitió un leve grito. Con un fuerte ruido de tela desgarrada y maderas rotas, Hendley se precipitó al otro lado.

Chorros de luz penetraron en la otra parte del sótano. Szárodny y las tres mujeres, enormemente sorprendidos, se volvieron hacia el hombre que acababa de irrumpir en su escondite hasta entonces invulnerable.

Wilkins decidió entonces tomar la iniciativa. Con las manos, tirando fuertemente hacia los lados, agarró la abertura y pasó al otro lado, mientras Hendley trataba de liberarse de los estorbos que le impedían moverse con facilidad.

—Será mejor que se estén quietos —exclamó el joven—. Este hombre es policía y ha venido a detenerles.

Durante unos segundos, Szárodny y aquellas tres hermosas mujeres permanecieron inmóviles, petrificados por la sor presa. Hendley consiguió al fin ponerse en pie y enseñó su billetera.

—Scotland Yard —anunció—. Quedan detenidos por...

—¡Al diablo! —rugió Szárodny, a la vez que sacaba una pistola—. Ni usted ni nadie nos va a detener. Antes los mataremos a todos.

—Cosa que ya no le resulta extraña, ¿verdad? —dijo Hendley con sorprendente tranquilidad—. ¿Cuántos son los cadáveres que

tienen enterrados en el sótano? ¿Seis? ¿Diez, «señor Evans»?

Szárodny sonrió de un modo particularmente perverso.

—No exagere tanto, señor policía. Sólo son ocho.

—Los cuales, por cierto, les rindieron un buen botín. ¿Cuánto consiguieron de esos asesinatos?

—Unas ciento cincuenta mil libras. Pero no lamentaron morir.

Wilkins respingó.

—Usted bromea. Stephen —dijo.

Szárodny le dirigió una intensa mirada.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Ralph Wilkins. Ella es Hebe Grayson, dueña de Keyton Hall. El policía se llama Hendley, inspector del Yard. ¿Quiere saber algo más?

—Es suficiente —contestó el sujeto—. Debo admitir que fue un buen negocio, y en cuanto a lo de que no lamentaron morir, es cierto, porque no se enteraron. Morían en los momentos más placenteros...

—Y filmaban esas escenas —adivinó Wilkins, horrorizado.

—Hay gente muy caprichosa que paga principescamente cierta clase de películas. Bueno, grabaciones en video, pero, para el caso, da lo mismo. Son amantes de las emociones fuertes, siempre que las padezcan otros, naturalmente Y, como pueden comprender, tienen dinero para satisfacer esos caprichos.

—Había oído algo al respecto, pero no quería creerlo —dijo el joven— ¿Filmaron las escenas de las muertes de tantos vecinos de Rawhile?

Sonriendo satisfecho, Szárodny señaló la cámara situada sobre el trípode.

—Es un aparato muy especial. Podría grabar escenas con la sola luz de una vela, con tanta nitidez como si utilizasen potentes focos. Nos pagarán bien, créame, aunque por el momento, desaparecemos durante una temporada.

Szárodny movió la mano.

—Vamos, chicas, cargad todo en el furgón; nos iremos inmediatamente —añadió con acento imperativo—. Aquí ya hemos terminado. Durante un tiempo, permaneceremos discretamente ocultos; después, ya veremos dónde volvemos a reanudar nuestras... actividades.

—Parece ser que no es sólo el sentimiento de venganza lo que les impulsaron a cometer tantos crímenes con algunos vecinos del pueblo —dijo Wilkins.

—Tratamos de combinar las dos cosas: venganza, y negocio. Pero usted no puede quejarse, porque podía haberle matado cuando estaba grabando la escena de la muerte de Reutle y me limité a dejarle sin sentido. Tuvo suerte; estaba fuera del campo de la cámara y por eso sigue con vida.

—Es decir, mi muerte no le habría reportado ninguna utilidad.

—Exacto, amigo mío —contestó Szárodny—. Pero todo se nos estropeó cuando algunos vecinos demasiado curiosos supieron que hacíamos algo en lo que a ellos les habría gustado tomar parte. Naturalmente, no se lo íbamos a permitir...

—No tenían dinero suficiente.

—Aunque lo hubiesen tenido, tampoco les habríamos admitido. La desaparición de un vecino de Rawhile podría habernos dado muchas molestias, cosa que, como comprenderá, queríamos evitar a toda costa.

—Sin embargo, admitían en sus «fiestas» a Drummond, el alcalde...

—Oh, vamos, vamos, eran *celebraciones* más bien inocentes; no íbamos a destapar todas nuestras cartas delante de una persona cuya discreción no estaba asegurada, al menos, en ciertos aspectos del asunto. Pero, por supuesto, necesitábamos cierta benevolencia digamos oficial y el señor Drummond venía de cuando en cuando a pasar un buen rato con algunas de estas hermosas damas.

—¿Son de verdad sus sobrinas? —preguntó Hebe, adelantando el busto ávidamente.

Szárodny soltó una risa especial. A Hebe le pareció que era el mismo diablo quien reía.

—Son chicas muy especiales y sus nombres no les importan en absoluto —respondió.

En aquel instante, Wilkins se dio cuenta de un extraño detalle.

Las trillizas se movían mecánicamente, con mirada ausente, ajenas por completo a la conversación que se desarrollaba a pocos pasos de distancia. ¿Estaban drogadas?, se preguntó. Szárodny pareció adivinar sus pensamientos.

—Sí, me obedecen ciegamente —dijo.

—Por medio de drogas...

—¡No! —clamó el sujeto, como poseído por un satánico orgullo—. Están sujetas a mi voluntad, que es mil veces más poderosa de la de cualquier mortal. Ellas harán todo lo que yo les ordene, cuando quiera y en el lugar y el momento que se me antoje...

—¡Basta! —cortó Hendley—. Ya hemos oído bastante. Señor Szárodny, en nombre de la ley le requiero oficialmente para que suelte el arma y se entregue a la acción de la justicia.

El sujeto lanzó una estridente carcajada.

—¿Entregarme yo? Vamos, ni que estuviera loco... Chicas, ¿habéis terminado ya?

—Sí, señor —contestó una de las trillizas.

—Conduce tú, Eva —ordenó Szárodny—. *Pon el motor en marcha mientras yo me ocupo de* estos cuatro estúpidos curiosos.

Las mujeres treparon a la cabina. En el interior del sótano, el ruido del motor resonó atronadoramente.

La conductora se asomó por la ventanilla.

—¡Estamos listas, Stephen! —gritó.

En los ojos de Szárodny se vio una luz de infinita maldad. La pistola que sostenía en la mano se alzó lentamente.

Wilkins apretó los puños. Iban a morir y no podían hacer nada por evitarlo.

En aquel instante, algo voló por los aires y golpeó la mano armada haciendo saltar la pistola por los aires.

Cheering había arrojado su cayado de pastor con certera puntería, aprovechándose de que Szárodny, distraído con el joven, no le prestaba la menor atención. El asesino, sorprendido, se tambaleó.

Hendley parecía un tanto irresoluto. Wilkins decidió pasar a la acción y se abalanzó contra Szárodny.

El sujeto, sorprendido, retrocedió y su espalda chocó fuertemente contra el lateral del vehículo. Szárodny intentó contraatacar.

Wilkins continuó su ataque, poco efectivo por desordenado. Sin embargo, Szárodny se defendía con las fuerzas que le daba la desesperación de saberse perdido.

La conductora asomó la cabeza por la ventanilla nuevamente.

Vio lo que sucedía y lanzó un grito de aviso.

Szárodny intentó subir al estribo, pero Wilkins lo agarró por la ropa y tiró de él para apartarlo del vehículo. Luego consiguió colocarle un par de buenos golpes que le hicieron andar violentamente hacia atrás.

El asesino se tambaleó, evidentemente en desventaja. El furgón ya se ponía en movimiento hacia la oscura abertura que se veía al fondo del sótano.

Wilkins hizo un último esfuerzo y disparó su puño derecho. Alcanzado de lleno en el mentón, el asesino cayó de espaldas, justo delante de la rueda delantera izquierda del furgón.

La conductora ya no tenía tiempo de frenar. Se oyó un alarido desgarrador, seguido de un horripilante ruido de huesos rotos.

El vehículo aceleró. Hebe volvió la cabeza a un lado, para no contemplar aquella espeluznante escena. La rueda trasera pasó sobre el cráneo de Szárodny, cuyos movimientos cesaron en el acto.

Wilkins trató de subir al furgón, pero el hueco era demasiado angosto y no tenía suficiente espacio. Como si la conductora, al morir Szárodny, se hubiese liberado de su maléfica influencia, recobrando así la plena consciencia de sus actos y se diese cuenta de que debía huir, el vehículo adquirió velocidad y se lanzó por la pendiente que había en aquel lugar hacia el exterior.

Se oyó ruido de telas desgarradas y maderas rotas. Wilkins comprendió que el túnel había estado oculto por un «camuflaje» hábilmente realizado. Pero no quería que ellas escapasen y corrió detrás del vehículo.

El furgón llegó a la orilla del arroyo y lo atravesó sin dificultad, remontando luego una ligera pendiente, que acababa en una pequeña loma. Al llegar arriba, se oyó un fuerte grito:

—¡Ya os tengo, malditos!

La conductora aceleró violentamente. Un hombre, armado con un fusil, surgió inesperadamente.

Drake hizo fuego. El furgón se desvió con enorme brusquedad.

Sonaron chillidos de mujer. El vehículo se precipitó dando tumbos por el talud de acusada pendiente. De pronto, volcó y cayó dando vueltas con horrisono fragor de metales abollados. Al llegar abajo, se detuvo por una roca y, en el mismo instante, se alzó una tremenda llamarada.

Wilkins y los demás corrieron hacia el lugar donde ardía el vehículo. Entonces presenciaron algo verdaderamente espantoso.

Tres mujeres salieron de la cabina, literalmente convertidas en antorchas humanas, profiriendo gritos que no tenían nada de humanos.

Aquellas tres infelices corrían desatentadamente, chillando por el dolor que les causaban las llamas que las devoraban vivas. Wilkins y los demás se dieron cuenta de que ya nada podían hacer por las cómplices de Szárodny.

Momentos después, tres asesinas cayeron al suelo. Wilkins pensó que la pérdida del conocimiento precedente a la muerte, les había evitado demasiados sufrimientos.

«Una noche donde se han desatado los espíritus del infierno», se dijo.

Luego, lentamente, dio media vuelta y regresó sobre sus pasos. Hebe estaba en la salida del túnel y le miró con ansiedad.

—Han muerto —dijo él.

La muchacha no se pudo contener y le abrazó estrechamente.

—Jamás volveré a este lugar —declaró.

Wilkins, Hebe y Cheering estaban en el comedor de la posada. Hendley entró y se sentó a la misma mesa.

—Hemos encontrado ocho cadáveres. Avisaremos a las familias —dijo.

—Ustedes los buscaban porque habían desaparecido sin dejar rastro —habló el joven.

Hendley asintió.

—Sin embargo, no sospechábamos algo tan horrible... Por cierto, olvidaron una maleta con numerosas cintas de video grabadas y un cuaderno con direcciones de «compradores». Daremos un disgusto muy serio a esos depravados personajes, sin contar con la publicidad que se hará del caso y que, ciertamente, no les resultará demasiado favorable. Pero, en fin, eso no les importa ya a ustedes, supongo.

—Procuraremos olvidarlo —dijo la muchacha—. Pero ¿de veras obedecían ciegamente a Szárodny?

—Estaban muy influenciadas por él, no cabe duda. Sin embargo,

actuaban más conscientemente de que pueda parecer. En el fondo, eran tan desalmadas como él. Szárodny, no cabe duda, supo elegir a sus colaboradoras para un negocio que parece inspirado por el mismísimo Satanás.

Hendley se volvió hacia el pastor.

—Amigo, usted nos salvó la vida y siempre le estaré agradecido por ello —agregó—. Si un día necesita de mí en el Yard, no dude en pedirme lo que sea.

—Gracias, pero espero no necesitar ya nunca a la policía —sonrió Cheering.

—Por cierto —dijo el policía—. Wilkins, su amigo Rosten me ha llamado. Quiere saber algo sobre cierto asunto que le encomendó... Ignoro de qué se trata, sin duda, lo sabe...

El joven sonrió.

—Llámele y dígame que alguien les engañó. El hombre al que buscaban desapareció hace muchos años. El amigo Barry lo conocía bien, ¿verdad?

Cheering asintió gravemente.

—Muy bien —convino—. Aquel hombre ya no existe, inspector.

Hendley se encogió de hombros.

—Desconozco el caso pero así se lo diré a Rosten.

El policía se puso en pie.

—Quizá volvamos a vernos en Londres —se despidió.

—A última hora, Drake resultó ser buen cazador y mató tres pájaros de un tiro —comentó.

—Debo empezar a olvidar esos horribles sucesos —se estremeció Hebe—. Y cuanto antes, mejor...

Cheering se levantó.

—Ya tiene al lado quien puede ayudarle a olvidar —dijo maliciosamente.

Wilkins y la muchacha quedaron frente a frente.

—¿Qué opinas, Hebe? —preguntó él, cuando el pastor hubo salido del comedor.

Ella sonrió.

—A ti también te convendría olvidar —respondió.

—Olvidaré todo, excepto que te conocí precisamente por haber pasado un día por Rawhile —dijo.

—¿Señalarás ese día con piedra blanca?

—¿Por qué no? Aunque hemos sido testigos de cosas horribles, para nosotros puede ser la fecha del principio de una nueva época... juntos.

Tendió una mano a través de la mesa y se apoderó de la de Hebe.

—Si tú quieres —añadió.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, lo deseo con toda mi alma —respondió.

FIN